

SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE

*Corazón
de tinta*

SERIE TINTA Y CORAZÓN 1

Índice

[Corazón de tinta](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Nota de las autoras](#)

[¿Dónde puedes encontrarnos?](#)

[Tenemos un regalo para ti](#)

Corazón de tinta
De tinta y corazón, 1

SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE

© Sarah Valentine, 2025

© Rosie Promise, 2025

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

*Para los que siempre dicen «solo un capítulo más...»
Este libro es para ti, insomnio incluido.*

Prólogo

Amber

Mi madre tiene una habilidad casi sobrenatural para desestabilizarme. No importa cuánto tiempo pase desde la última vez que hablamos, siempre encuentra el momento perfecto para recordarme que, para ella, no soy más que un proyecto a medio hacer, que necesita pulirse a base de críticas y expectativas imposibles de cumplir.

A veces me pregunto cómo es posible que Charlotte, mi hermana mayor, encaje tan bien en ese molde. Parece que Victoria, mi madre, la hubiera diseñado en un laboratorio y perfeccionado cada detalle a su gusto. Mi hermana es todo lo que mi madre desea: impecable, decidida, con un prometido ideal y una carrera brillante como abogada corporativa. Ella es la hija que sonrío en las fotos familiares mientras yo, en el fondo, lucho por no parecer demasiado incómoda cuando una cámara me apunta con su objetivo.

Por eso, cuando me mudé a Edimburgo, sentí que finalmente podía respirar. Dejar las Highlands atrás fue como deshacerme de un apretado corsé que me había coartado durante toda la vida y no me hubiese permitido vivir mi propia vida.

Aquí, en cambio, entre las calles adoquinadas y los edificios de piedra, tengo un pequeño rincón que es solo mío y donde vivo a mi gusto. Mi piso en Dean Village es acogedor y está lleno de luz, aunque, muy a pesar mío, lo comparto con un compañero peculiar que convierte cada rincón de *nuestro* hogar en una galería improvisada de bocetos y lienzos a medio acabar. Ray es... bueno... es una persona complicada. Pero, al menos, no intenta controlar cada paso que doy y eso ya es un alivio.

Mi trabajo como diseñadora gráfica *freelance* me da libertad, aunque no la estabilidad que mi madre tanto valora. Según ella, *una profesión seria* es la única forma de ganarse el respeto de los demás. Pero aquí, rodeada de la atmósfera vibrante de Edimburgo y lejos del estricto juicio de mi madre, puedo perderme en proyectos creativos sin sentir que tengo que justificar mi existencia. O, al menos, eso es lo que podía hacer hasta hace diez minutos.

Capítulo 1

Amber

El pitido de la videollamada me saca de mi pequeña burbuja de tranquilidad. Durante un segundo, contemplo la posibilidad de no contestar y fingir que no estoy en casa o que estoy demasiado ocupada trabajando. Pero el nombre de mi madre parpadea en la pantalla, y sé que ignorarla solo retrasará lo inevitable. Así que, respiro hondo antes de hacer clic en el botón para aceptar la llamada y un instante después su rostro aparece de forma inmediata, perfectamente maquillado y enmarcado por su melena rubia platino. Mi madre tiene ese aire de superioridad de alguien que sabe exactamente quién es y lo que espera de los demás.

—Amber, cariño, ¡qué bien que contestas! —dice con ese tono dulce que siempre tiene un filo escondido.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. Muy ocupada con la boda de Charlotte, pero ya sabes cómo es tu hermana: todo tiene que ser perfecto.

Su sonrisa destella como un arma cargada. Charlotte, mi hermana mayor, siempre ha sido su orgullo. No porque sea especialmente brillante o creativa, sino porque encarna todo lo que mi valora en una persona: pulcritud, disciplina y, sobre todo, la habilidad de cumplir con las expectativas familiares sin pestañear.

—¿Y tú? —me pregunta, aunque su interés parece más una formalidad que real—. Pareces cansada. ¿Estás durmiendo lo suficiente?

—Sí, claro, mamá. Solo he tenido mucho trabajo.

—Ah, el diseño gráfico... —dice, como si fuera algo irrelevante o casi un pasatiempo.

Aguanto el impulso de cerrar la pantalla en ese mismo momento y acabar con la videollamada pero me aguanto las ganas. Pero esta situación es un guion que ya he vivido demasiadas veces y sé cómo termina. Mi madre tiene un talento único para convertir cualquier conversación en una evaluación de mi vida. Siempre encuentra algo que según su criterio debo mejorar y consigue, no sé muy bien cómo, hacerme sentir inferior.

—Espero que estés tomándote en serio tus prioridades, Amber.

—Sí, mamá —le respondo con la típica cantinela de hija obediente, que me he acostumbrado a repetir desde mi niñez.

No tengo fuerzas para discutir, así que prefiero quedarme callada, hasta que ella vuelve a hablar.

—En fin, hija, te llamaba para recordarte que la boda de Charlotte está a la vuelta de la esquina, en menos de dos meses la tendremos vestida de novia y caminando hacia el altar. Todo está prácticamente listo. Será un evento espectacular, por supuesto.

Cierro los ojos un segundo, intentando prepararme para lo que viene. Mi madre nunca hace

una declaración sin que poco después me regale un ataque directo.

—Espero que traigas a tu novio —. Y ahí está, un rechazazo directo a mi mandíbula.

Esas palabras caen como un rayo sobre mí y me parte en dos. Por un momento, tengo la esperanza de que no la he escuchado del todo bien y me estoy equivocando, pero al mirarla y ver su sonrisa, sé que no, la he entendido a la perfección.

—¿Perdona? —insisto con alguna esperanza de que haya sido yo la que se esté equivocando.

—Tu novio, Amber. Tienes uno, ¿verdad? —mi ilusión de haber escuchado mal está tocada y hundida —. No querrás ser la única que asista a la boda sin pareja, especialmente con toda la familia presente. Serías la solterona...

Me quedo sin palabras, algo poco habitual en mí. Me quedo en blanco mientras ella sigue hablando, dando por sentado que mi vida sentimental es tan perfecta como la de mi hermana mayor.

—Charlotte y Nathan son la pareja ideal. Todos en la familia están encantados con ellos dos. Me gustaría que tú también encontraras a alguien que te hiciera tan feliz como tu futuro cuñado le hace a tu hermana.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes.

—Eso no es una respuesta, cariño. Espero conocerlo en la boda.

El nudo en mi garganta crece y empiezo a tener la sensación de que me ahogo. Tomo aire y finalmente, sin saber realmente por qué, lo hago. No sé por qué lo hago, pero de manera inesperada las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Por supuesto, mamá. Vendrá conmigo.

Mi madre sonríe, satisfecha, mostrándome su nivea dentadura perfecta, enmarcada con un color de carmín del mismo color que su blusa.

—Sabía que no me defraudarías. Hasta pronto, cariño.

La pantalla del portátil se apaga y yo me quedo mirando mi reflejo en ella, paralizada. Acabo de mentirle descaradamente a mi madre y no ha sido con una mentira pequeña... Le he dicho que tengo un novio, me lo he inventado de la nada. Resoplo y me paso las manos por la cara intentando aliviar esta sensación de ahogo que me invade ahora mismo. Después echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en mis manos, intentando procesar lo que acaba de suceder. ¿Cómo voy a salir de esto?

—¿Problemas familiares?

La voz de Ray, mi compañero de piso, me sobresalta. Está apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con una cerveza en la mano y esa sonrisa que siempre me da la sensación de que está a punto de reírse.

—No estabas escuchando, ¿verdad?

—Solo un poco. Tu madre tiene una voz difícil de ignorar.

Le lanzo una mirada con la que intento atravesarlo, pero él no se inmuta. Ray siempre está relajado, parece que nada le afecta, algo que me saca de quicio, porque yo siempre tengo la sensación de que parece que esté a punto de darme un ataque de nervios. Es un contraste tan grande conmigo que me irrita, aunque también en el fondo hay algo en su actitud que resulta tranquilizadora.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —quiere saber arrugando el entrecejo.

—Nada —le respondo negando con la cabeza.

Él arquea una ceja, claramente divertido.

—¿Nada? Entonces, ¿por qué parece que estás a punto de tirarte por la ventana?

—Es complicado, Ray.

—Todo en tu vida parece complicado.

—Le he dicho a mi madre que tengo novio — le suelto y dejo escapar un suspiro antes de sentarme en la silla que tengo más cerca de mí, con la certeza de que si hay alguien que no va a juzgarme por esto, es él.

—Pero si tú no tienes novio, ¿no? ¿O me he perdido algo?

—No, no tengo novio... Ya lo sabrías, porque con lo cotilla que eres... ¿Quién podría ocultarte algo así? —le contesto negando con la cabeza.

Él se queda en silencio un segundo, procesando lo que le acabo de decir. Luego se cruza de brazos, apoyándose contra la encimera con una sonrisa que no presagia nada bueno.

—Interesante.

—No es interesante, ¡es un desastre!

—Depende de cómo lo mires. Podrías inventarte uno.

—Eso ya lo he hecho.

—Ah. Entonces lo que necesitas es alguien que lo haga creíble —me dice con un tono casual, que me pone aún más nerviosa.

—Ray, no —le digo diciéndole que no con el dedo índice de mi mano derecha.

—¿Qué? Pero si no he dicho nada —añade encogiéndose de hombros.

—Puedo ver lo que estás pensando.

—¿Puedes?

Se inclina un poco hacia mí, y su expresión es tan insolente que quiero lanzarle algo.

—Podría ser yo —dice finalmente moviendo las cejas de manera cómica. Al escuchar lo que acaba de decir, mi cerebro, incrédulo, casi se detiene en ese momento.

—¿Qué?

—Tu novio. Podría hacerme pasar por él.

Me río, aunque el sonido de mi risa suena más a nervios que a diversión.

—No es gracioso.

—No estaba intentando ser gracioso. Piénsalo. Tengo experiencia en ser encantador, sé cómo causar una buena impresión y, además, ya vivimos juntos —me suelta casi de carrerilla y acaba encogiéndose de hombros con gesto inocente.

—Es una locura.

—Quizá. Pero es mejor que llegar sola a la boda y enfrentarte a todo el juicio de tu familia, ¿no? Y que te llamen solterona...

—No me enfrentaré a nada —sentencio tratando de sonar convencida de lo que digo, aunque sé que no estoy muy lejos de lograrlo..

—Claro que no... Solo estás intentando que todo el mundo piense que tienes la vida perfecta.

Su comentario da en el clavo, y eso me enfada aún más.

—No tienes ni idea de cómo es mi familia.

—Tal vez no. Pero sí sé que no tienes muchas más opciones.

Su voz se suaviza y me mira de una forma, que le hace parecer más sincero de lo que suele ser.

—Mira, Amber, no tiene que ser tan complicado. Solo estoy diciendo que, si necesitas ayuda, aquí estoy.

Me quedo mirándole, intentando decidir si habla en serio o solo está disfrutando del caos en el que me encuentro ahora mismo. Pero hay algo en su expresión que parece real.

—Espero no arrepentirme de esto —murmuro finalmente.

Ray sonríe y, en ese momento, sé que mi vida está a punto de volverse mucho más complicada.

—Esto va a ser interesante.

Capítulo 2

Ray

La voz de Amber siempre tiene un matiz que me resulta difícil de describir. Es como si estuviera constantemente cargada de un peso que parece oprimirla, pero que ella nunca dejará que nadie vea del todo. Es algo que, lo reconozco, me intriga.

Cuando paso por la cocina y escucho la conversación que tiene con su madre, no puedo evitar quedarme apoyado en el marco de la puerta, observándola. No sé por qué lo hago. Quizá porque verla perder el control, aunque sea un poco, rompe esa rigidez que siempre parece dominarla y eso me gusta.

—Claro que tengo novio —dice, y mi ceja se arquea casi de forma automática.

No necesito ser un genio para saber que eso es mentira. La forma en que lo dice, el nerviosismo en su voz, incluso el ligero temblor de sus manos mientras sujeta el móvil, que mueve entre las manos, mientras mira la pantalla del portátil... Todo en ella me dice a gritos, que acaba de inventárselo.

Cuando la llamada termina, se queda mirando la pantalla del ordenador como si esperara que este le diera la respuesta que necesita. A pesar de que no dice nada, su frustración es palpable.

—¿Problemas familiares? —pregunto, entrando en la cocina con la calma de alguien que no tiene nada que perder.

Ella levanta la vista, sorprendida al verme. Está claro que no esperaba tener compañía.

—No estabas escuchando, ¿verdad?

—No demasiado. Aunque, siendo honesto, tu madre tiene un volumen de voz difícil de ignorar.

Su expresión es una mezcla de enfado y agotamiento, pero no puedo evitar sonreír. Amber es tan seria y contenida, que cualquier oportunidad de sacarla de ese molde me parece un reto irresistible.

—No es asunto tuyo, Ray.

—¿Seguro? Porque parecía interesante.

Abre la boca, probablemente para soltarme algún comentario cortante, pero al final solo suspira y se deja caer en una de las sillas. La veo llevarse las manos a la cara y, por un momento, me siento casi culpable por disfrutar tanto de su incomodidad.

—Le he dicho a mi madre que tengo novio —admite con voz apagada.

—Pero si tú no tienes novio, ¿no? ¿O me he perdido algo?

Ella me lanza una mirada que deja claro lo que piensa de mi pregunta, pero no responde.

—Ya veo. Te has inventado un novio. Una estrategia arriesgada.

—No me lo recuerdes.

La observo en silencio mientras intenta encontrarle sentido a su propio desastre. Me apoyo contra la encimera, cruzándome de brazos, y dejo que mi mente juegue con una idea. Amber y su novio ficticio. Hay algo casi irónico en todo esto, teniendo en cuenta lo perfectamente planificada que parece su vida.

—Podría ser yo —le suelto de repente.

Las palabras salen de mi boca antes de que realmente las piense, pero cuando lo hago, lo encuentro muy divertido. Amber, en cambio, parece al borde de un colapso nervioso.

—¿Qué?

—Tu novio. Podría hacerme pasar por él.

—Eso es ridículo.

—¿Es ridículo o simplemente no te lo esperabas?

Ella me mira fijamente, como si intentara descifrar si estoy hablando en serio o simplemente disfrutando de la situación. La respuesta, por supuesto, es ambas cosas.

—Ray, esto no es un juego.

—Nunca he dicho que lo sea.

Camino hasta sentarme frente a ella, apoyando los codos en la mesa. Su expresión me dice que está evaluando cada palabra que le he dicho, buscando algún indicio de que esté bromeando.

—Piensa en ello —le digo con calma, como si estuviéramos discutiendo algo completamente racional—. Me presento como tu novio, sonrío, digo las cosas adecuadas y, lo más importante, consigo que tu madre deje de darte la lata durante al menos un día.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es. Soy bueno en esto. Estoy segurísimo de que le encantaría a tu madre.

—Tú no la conoces —resopla negando con la cabeza.

—Mejor aún. No tendrá prejuicios contra mí... Al principio.

Su mirada se endurece un poco, pero también noto algo más: duda. Quizá incluso consideración.

—¿Por qué querrías hacerte pasar por mi novio?

—¿Y por qué no?

Ella frunce el ceño, claramente insatisfecha con mi respuesta, pero yo solo sonrío. Amber es el tipo de persona que analiza todo al milímetro, mientras que yo prefiero lanzarme y ver qué sucede.

—Mira, no estoy diciendo que sea perfecto, pero es mejor que nada, ¿no?

—Esto es una locura.

—Tal vez. Pero, sinceramente, creo que te vendría bien un poco de locura en tu vida.

No estoy seguro de si es el cansancio o la desesperación lo que la hace asentir finalmente, pero cuando lo hace, me invade una pequeña punzada de satisfacción.

—Espero no arrepentirme de esto.

Mi sonrisa se ensancha.

—Eso depende de ti. Pero te prometo que será interesante.

Amber es una contradicción con piernas. Por un lado, parece tener una necesidad insaciable de control y de planificar cada detalle de su vida. Pero por otro, hay algo en ella que pide a gritos romper con todo eso, algo que la hace estar aquí, en Edimburgo, lejos de su familia y su *perfecta* hermana mayor.

La mayoría de las veces, parece que está conteniendo el aliento, como si tuviera miedo de que cualquier cosa que haga o diga pudiera desmoronarlo todo. Pero hay momentos, pequeños destellos, en los que la veo relajarse, y es en esos instantes cuando me doy cuenta de lo mucho

que se esfuerza por mantener una imagen perfecta de ella.

Me divierte, no voy a mentir. Quizá porque somos tan distintos, verla en ese estado de tensión constante me hace apreciar aún más mi propia despreocupación. Pero también hay algo más. Algo que me hace seguir ahí, ofreciéndome a ser su novio ficticio sin pensármelo dos veces.

—Si vamos a hacer esto, necesitamos establecer límites —dice Amber, cruzando los brazos.

Estamos en la sala de estar, un espacio que refleja nuestra extraña convivencia. Por un lado, su lado del sofá es minimalista, con cojines perfectamente colocados y una pequeña manta doblada en un extremo. Por otro, mi caos se extiende como una plaga: bocetos apilados en la mesa de centro, un lienzo apoyado contra la pared y un par de pinceles que probablemente deberían estar en agua para no echarse a perder.

—Límites, claro —respondo, aunque no puedo evitar sonreír.

—Estoy hablando en serio, Ray. Esto tiene que parecer creíble, así que no puedes tomártelo como una excusa para hacer lo que te dé la gana.

—¿Cuándo he hecho lo que me da la gana?

Ella me lanza una mirada que podría atravesar acero.

—Ray...

—Vale, vale. Límites. Continúa —le animo a continuar.

Amber toma aire y empieza a enumerar sus reglas como si estuviera redactando un contrato. Nada de improvisaciones, nada de tocarla innecesariamente, nada de comentarios fuera de lugar delante de su familia... La escucho con atención, aunque la interrumpo de vez en cuando con algún comentario que ella ignora deliberadamente.

—¿Y si tu madre me pregunta cómo nos conocimos?

—Decimos la verdad. Que somos compañeros de piso.

—¿Y cómo acabamos juntos?

—No necesitamos entrar en detalles.

—Amber, las parejas reales tienen detalles. Es parte del encanto.

Ella suspira, y puedo ver que este tema la pone nerviosa, por lo que tengo que hacer un gran esfuerzo por no reírme.

—Está bien, lo inventaré yo. Pero necesitas al menos saberlo para que no parezca falso.

—Ray...

—Tranquila. Soy un profesional en esto.

Ella me observa como si estuviera evaluando cada palabra que digo, buscando algún signo de que no me estoy tomando esto en serio.

—¿Por qué estás tan dispuesto a hacer esto?

—Porque va a ser divertido —le digo guiñándole un ojo.

Amber sacude la cabeza, como si no pudiera entender cómo alguien puede ser tan despreocupado como yo lo soy. Pero no dice nada más, por lo que me recuesto en el sofá, sonriendo para mí mismo.

Esto va a ser interesante.

Amber, todavía recelosa, asiente. Mientras me mira con desconfianza, pero también con resignación, y eso me hace sentir una pequeña chispa de emoción. Esto, aunque ella no lo vea todavía, será divertido.

—Espero que no te arrepientas —le digo, y su expresión me dice que probablemente ya lo está haciendo.

Capítulo 3

Amber

El sonido de los pasos de Ray detrás de mí es constante y firme, como si tuviera una habilidad innata para hacerse notar incluso cuando no dice nada. Desde que acepté esta locura de hacernos pasar por novios, todo parece más complicado. La convivencia, que antes era una especie de tregua implícita, se ha convertido en un desafío diario. Su mera presencia en casa, que antes siempre era relajada y segura, parece amplificada ahora que hemos entrado en esta dinámica absurda de practicar que somos pareja.

No sé en qué momento pensé que esto podría funcionar.

—Si vamos a fingir, hay que hacerlo bien —me dice desde la puerta del salón, con esa sonrisa ladeada, que siempre parece estar a punto de transformarse en una risa burlona.

Ray tiene una facilidad irritante para hacer que cualquier situación parezca menos grave de lo que realmente es. Se deja caer en el sofá, extendiendo un brazo sobre el respaldo mientras me observa. Me siento expuesta bajo su mirada, porque tengo la sensación de que puede leer cada uno de los pensamientos que trato de ocultarle.

—Ya estamos conviviendo. Eso debería ser suficiente, ¿no?

—No, porque tus reglas ridículas hacen que parezcamos compañeros de piso con un pacto de no agresión y no una pareja —me suelta con convicción.

Alzo las cejas y cruzo los brazos, intentando no perder la paciencia tras escucharle.

—No son ridículas. Son necesarias.

—¿De verdad crees que en la boda nadie va a notar lo tensos que estamos? —pregunta, inclinándose hacia adelante, con un tono bajo pero desafiante—. Si no te relajas, esto va a ser un desastre.

Sus palabras se me clavan en medio del pecho con la precisión de un dardo. No lo admito, pero sé que tiene razón. Mis intentos por controlar cada aspecto de esta farsa están fallando antes de empezar.

—¿Qué propones entonces? —le pregunto cruzándome de brazos y mirándole fijamente.

Su sonrisa se ensancha como si acabara de ganar una partida tras escucharme.

—Practicar.

—¿Practicar qué?

—Ser pareja. Gestos, miradas, el tipo de cosas que hacemos instintivamente cuando estamos con alguien de verdad.

Mi incomodidad debe ser evidente, porque su sonrisa cambia y se suaviza un poco.

—No te voy a morder, ¿eh?

—¿Eso incluye las bromas fuera de lugar?

—No prometo nada.

Suspira y se pone de pie, acercándose a mí con esa forma suya de moverse con confianza, pero a la vez con un toque de desinterés. Antes de que pueda protestar, extiende la mano hacia mí.

—Dame la mano —me dice acercando la suya totalmente tatuada.

—¿Qué? —le pregunto desconcertada y sin saber a qué viene ahora su demanda.

—Venga, confía en mí. Es solo un ensayo.

Dudo, pero finalmente dejo que me tome de la mano. Su piel es cálida y sus dedos firmes pero cuidadosos al entrelazarlos con los míos. La sensación es extraña y, a la vez, íntima, de una manera que no esperaba.

—¿Ves? No es tan difícil.

—Esto es ridículo —le suelto negando con la cabeza.

—No lo será cuando lo hagamos delante de tu madre.

Levanto la mirada hacia él, lista para replicar, pero me detengo al notar la manera en la que me está mirando. Su expresión es serena, casi seria y, por un momento, olvido lo que iba a decir.

—Así que esto es lo que hacemos ahora. ¿Cogernos de la mano? —intento sonar irónica, pero mi voz sale más suave de lo que me gustaría.

—De momento. Ya veremos si subimos el nivel.

—Ni lo sueñes.

Su risa, baja y suave, me envuelve como un eco en el salón. Me suelta la mano y se aleja, pero su mirada permanece fija en mí durante unos segundos más, como si quisiera asegurarse de que no voy a huir en cualquier momento.

Más tarde, mientras intento concentrarme en un diseño para un cliente, le escucho en la cocina, canturreando algo mientras lava pinceles. Es uno de esos momentos en los que todo parece normal, casi rutinario, pero no sé por qué me engaño, porque la normalidad dejó de existir desde que acepté que fuera mi novio falso.

No dejo de pensar en cómo reaccionará mi madre cuando lo conozca. Victoria Crawford es la definición de juicio personificado. Todo en Ray será un problema para ella: su actitud, su manera de hablar, y sobre todo, sus tatuajes, que cubren prácticamente todo su cuerpo según él mismo me ha dicho en mil y una ocasiones.

La primera vez que vi a Ray sin camiseta, fue imposible no fijarme en los detalles de su cuerpo. Sus brazos son un mapa caótico de tinta, un collage de colores y formas que se extiende también por todo su pecho. No hay un patrón claro, pero tampoco parece aleatorio. Cada diseño tiene un significado que él guarda para sí mismo y, aunque nunca se lo he preguntado directamente, a veces me descubro imaginando las historias detrás de cada uno de los trazos que decoran su cuerpo.

Para mi madre, alguien que usa su cuerpo como un lienzo nunca será *presentable* para ella. Me pregunto si Ray lo sabe, si intuye lo mucho que me está exponiendo al caos al aceptar su propuesta.

Cuando finalmente sale de la cocina, se deja caer en el sofá con una botella de agua.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo?

—Pareces... no sé, ... distraída.

—No todos podemos ser tan despreocupados como tú.

—Tal vez deberías intentarlo.

No le respondo. En lugar de eso, cierro mi portátil y me pongo de pie.

—Voy a dar un paseo.

—Voy contigo —me responde al instante.

—No hace falta.

—Si somos pareja, necesitamos practicar en público.

Su tono no deja lugar a discusiones, así que cedo. Caminamos por las calles de Dean Village en silencio al principio, pero pronto su voz rompe la tranquilidad.

—¿Qué va a decir tu madre de mí?

—Lo peor, probablemente —le digo con una sonrisa y encogiéndome de hombros.

—¿Y eso no te molesta?

—Estoy acostumbrada.

Ray me lanza una mirada rápida antes de apartar la vista. Parece que quiere decir algo, pero se lo guarda. Poco después, llegamos a un pequeño parque cercano en el que no hay demasiada gente. Así que, me giro hacia él, decidida a acabar con esto cuanto antes.

—¿Qué más necesitas practicar?

—No sé, algo más realista.

—¿Como qué?

Da un paso hacia mí, reduciendo la distancia que hay entre nosotros y su mano roza la mía, pero esta vez no la toma.

—¿Qué pasa si beso a mi novia?

Mis ojos se abren un poco más de lo que debería, pero no me aparto. Su tono no es burlón. Es un susurro cargado con algo de picardía y su proximidad hace que me cueste respirar con normalidad.

—Ray, ... e-e-esto no es parte del trato —le aclaro después de tragar saliva.

—Tranquila. Era solo una pregunta.

Pero no lo es. No cuando su cara está tan cerca de la mía que puedo ver los pequeños destellos dorados en sus ojos. Mi cuerpo se tensa, pero no digo nada. Y entonces lo entiendo. No está bromeando, ni jugando. Está esperando a que yo decida. Y esa es la parte más aterradora. Ray no se mueve, y yo tampoco. El aire entre nosotros parece cargado de electricidad y, por un momento, tengo la sensación de que la poca gente que había en el parque haya desaparecido o haya crecido una burbuja que nos aísla del resto a nuestro alrededor o se hayan convertido en invisibles.

Capítulo 4

Ray

La cercanía tiene un efecto extraño en Amber. Lo noto en su postura, en cómo sus hombros se tensan ligeramente, como si intentara convencerse de que puede mantener el control. Pero lo que más me llama la atención es su respiración: más corta y rápida, como si estuviera tratando de contener algo. Sin embargo, no se aparta de mí. Sus ojos me sostienen la mirada con desafío, pero también con un toque de vulnerabilidad que me descoloca. Estoy lo bastante cerca para notar el leve temblor de su mano, pero también para ver que no es desinterés lo que la mantiene en su sitio. Es otra cosa, que no sé qué es, pero que me provoca y me mantiene con ganas de descubrir qué es.

—Ray, esto no es parte del trato.

Su voz es firme, pero hay un matiz en ella que me hace pensar que está más asustada de lo que quiere admitir. No de mí, sino de lo que pueda significar este momento.

—Tranquila —murmuro, dejando que una sonrisa ligera curve mis labios—. Es solo un ensayo.

Pero no lo es y ambos lo sabemos. No cuando mis manos están tan cerca de las suyas, ni cuando el aire entre nosotros parece haber desaparecido. Pero es que hay algo en ella, que siempre me ha llamado la atención, más allá de su evidente belleza. Quizá sea la forma en que intenta mantener el control sobre todo, o ese esfuerzo constante por no dejarse llevar. Me despierta algo primitivo, algo que normalmente mantengo a raya, porque sé que no está preparada para sobrellevarlo.

Cuando me separo finalmente de su lado, puedo notar el alivio en su gesto, pero también algo que parece una pequeña chispa de decepción. No digo nada, solo me doy la vuelta y camino unos pasos antes de detenerme, todavía con la sensación de que tengo su mirada fija en mi espalda.

—Si vamos a hacer esto bien, tendrás que confiar en mí —le digo con convicción y mi voz suena más seria de lo que esperaba, pero no me arrepiento. Cuando vuelvo a girarme hacia ella, noto cómo se cruza de brazos, como si eso pudiera protegerla de todo lo que está sintiendo en este momento.

—Confiar en ti —repite, casi como si estuviera probando cómo suena el concepto en sus labios.

—Es un buen comienzo, ¿no?

No responde, solo se limita a bajar la mirada un instante antes de volver a encontrarse con la mía. Sé que esto no ha terminado, pero también sé que empujarla más ahora mismo no servirá de nada. Así que simplemente sonrío y le hago un gesto con la cabeza hacia la salida del parque.

—Vamos. Tengo hambre —pongo como excusa.

Amber es, con diferencia, la persona con más autocontrol que conozco. Todo en ella parece calculado, desde la forma en que organiza sus proyectos de trabajo hasta cómo evita cualquier situación que pueda hacerla parecer vulnerable. Pero hay grietas en su armadura, y cuanto más tiempo paso con ella, más me fascina la idea de descubrirlas todas.

Cuando llegamos al apartamento, me dejo caer en el sofá mientras ella se va a su habitación, probablemente para refugiarse tras la barrera de su portátil. Es su mecanismo de defensa, y lo respeto... hasta cierto punto.

—¿Qué voy a hacer? —me pregunto en voz baja mientras miro el techo.

No estoy seguro de qué es exactamente lo que me motiva a seguir adelante con todo esto. Amber siempre me ha parecido atractiva, eso es innegable, pero hay algo más. Algo en cómo intenta mantener la compostura incluso cuando sé que está a punto de perderla. Es como un reto, uno que me resulta imposible de hacer como si no existiera.

Cuando finalmente ella sale de su habitación y viene al salón, lleva su portátil bajo el brazo y una expresión neutra en la cara. Se sienta en la otra punta del sofá, lo suficientemente lejos como para mantener su espacio, pero no tanto como para parecer que está huyendo de mí.

—¿Todo bien? —le pregunto, ladeando la cabeza para mirarla.

—Sí. Solo tengo trabajo —me dice sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador, que ya vuelve a tener abierto sobre las piernas.

—¿Siempre trabajas tanto?

—¿Siempre te metes donde no te llaman?

Al escucharla, no puedo evitar reírme. Amber tiene una habilidad especial para lanzar comentarios mordaces, pero hay algo en su tono que sugiere que no está tan molesta como pretende.

—Solo intento conocerte mejor. Ya sabes, cosas de pareja —le suelto encogiéndome de hombros y aguantándome la risa.

Ella me lanza una mirada rápida, pero no dice nada. En lugar de eso, se concentra en su portátil y comienza a teclear, ignorándome por completo.

Me inclino hacia adelante y apoyo los codos en las rodillas mientras la observo trabajar. Su concentración es admirable, pero también me causa mucha curiosidad.

—¿Qué estás haciendo?

—Un diseño para un cliente.

—¿Puedo verlo?

—No.

—Venga, Amber. Somos pareja, ¿no? Compartir cosas es parte del trato.

Ella suspira y cierra el portátil y chasquea la lengua.

—Si no tienes nada útil que decir, mejor déjame trabajar —me suelta tratando de parecer seria.

—¿Y si quiero ayudarte a relajarte?

—No necesito relajarme.

—Esa es la mentira más grande que te he oído decir hoy.

Se queda en silencio, probablemente intentando decidir si vale la pena discutir conmigo o no. Finalmente, deja el portátil a un lado y se cruza de brazos, mirándome con esa mezcla de irritación y curiosidad, que empieza a ser habitual entre nosotros.

—¿Y cómo planeas ayudarme a relajarme?

—Eso depende de ti.

Mi respuesta es intencionadamente pícara, pero lo suficientemente abierta como para que

ella la interprete como quiera.

A lo largo de los días, sigo buscando pequeñas oportunidades para provocarla. Un comentario aquí, un gesto allá... Nada demasiado obvio, pero lo suficiente para mantenerla alerta. Disfruto viendo cómo lucha por mantener la compostura o cómo sus ojos se entrecierran ligeramente cuando digo algo que sabe que tiene un doble sentido. Pero también hay momentos en los que me descubro mirándola durante demasiado tiempo, perdiéndome en los detalles de su cara o en la forma en que juega distraídamente con un mechón de su pelo cuando cree que nadie la ve. Esos son los momentos que me desconciertan. Porque, por mucho que disfrute provocándola, también hay algo en ella que despierta un lado más protector en mí, uno que no suelo mostrar ante nada ni nadie.

Una noche, mientras estamos en el salón practicando lo que ella llama *gestos naturales de pareja*, decido llevar las cosas un poco más lejos. Estamos sentados uno al lado del otro en el sofá y con las manos tan cerca que casi se tocan.

—Amber —le digo en voz baja, inclinándome ligeramente hacia ella.

Al escucharme, levanta la mirada, claramente desconcertada por mi tono.

—¿Qué pasa?

—Si vamos a hacer esto bien, ¿qué pasaría si beso a mi novia?

La pregunta la pilla completamente desprevenida. Lo veo en cómo sus ojos se abren un poco más de lo normal y en cómo sus labios se separan ligeramente, como si estuviera buscando una respuesta que no logra encontrar. En ese momento, me inclino un poco más hacia ella, reduciendo aún más la distancia entre nosotros. Su respiración es casi imperceptible, pero estoy seguro de que su corazón está latiendo tan rápido como el mío.

—Ray...

—Tranquila. Es solo una pregunta.

Pero no lo es. No cuando estoy tan cerca de ella que puedo ver cada pequeña sombra que sus pestañas proyectan sobre sus mejillas. No cuando su mirada, aunque insegura, no se aparta de la mía.

Y en este momento, lo único que quiero es saber hasta dónde está dispuesta a llegar.

Capítulo 5

Amber

El coche avanza por la carretera serpenteante mientras intento centrarme en el paisaje que se despliega a ambos lados. Los campos verdes se extienden hasta donde me alcanza la vista, bordeados por muros de piedra que parecen haber estado ahí desde siempre. Sin embargo, por mucho que me esfuerce, no consigo relajarme.

Ray conduce con una mano en el volante y la otra descansando sobre su muslo de manera despreocupada. Su perfil, bañado por la luz tenue de la tarde, parece ajeno al torbellino de pensamientos que ocupa mi cabeza. Me sorprende que pueda estar tan tranquilo, como si este viaje fuera cualquier cosa menos el inicio de una misión casi suicida: presentarlo como mi novio ante mi familia.

—¿Estás bien? —me pregunta, sin apartar la mirada de la carretera.

—Sí.

Mi respuesta es rápida, casi automática, pero él arquea una ceja, claramente escéptico.

—¿Esa es tu forma de decir que estás a punto de entrar en pánico?

—No estoy a punto de entrar en pánico —respondo con un tono más cortante de lo necesario.

Ray sonrío, con una de esas sonrisas que no sé si me irritan o me desconciertan más.

—Llevas todo el trayecto apretando las manos como si estuvieras rezando por tu vida.

Miro mis manos y, efectivamente, están entrelazadas en mi regazo y con los nudillos blancos por la tensión. Rápidamente las dejo caer a los lados, como si eso pudiera borrar la evidencia.

—Estoy bien —insisto, más para convencerme a mí misma que a él.

—Claro que sí —dice, alargando las palabras con un tono que deja claro que no me cree ni por un segundo.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, solo roto por el leve murmullo del motor. Me revuelvo en mi asiento, incómoda con la idea de pasar el resto del viaje con esta tensión.

—Deberíamos ensayar —le digo finalmente, intentando llenar el vacío que se ha instalado dentro del habitáculo del coche.

Ray me lanza una mirada rápida antes de volver a centrarse en la carretera.

—¿Ensayar qué?

—No lo sé. Cómo comportarnos como pareja, supongo.

Él deja escapar una carcajada suave que me irrita más de lo que debería.

—Vivimos juntos. Y ya hemos practicado, ¿no?

—Eso no significa que sepamos fingir ser pareja.

—Fingir ser pareja no es tan complicado como crees.

Lo miro con incredulidad.

—Ah, ¿no?

—No. Basta con que me mires como si te gustara tenerme cerca.

—¿Y eso cómo se supone que se hace?

—Empieza por no mirarme como si quisieras arrancarme la cabeza cada vez que abro la boca.

Pongo los ojos en blanco, pero sé que tiene razón. Me cuesta relajarme cuando está cerca y no es solo porque me saque de quicio con su actitud despreocupada. Hay algo en él, en su manera de moverse y de hablar, que me pone nerviosa de una forma que no entiendo del todo.

—Vale, probemos algo —suelta de repente.

—¿Qué?

—Coge mi mano.

Lo miro como si acabara de pedirme que saltara por la ventana.

—¿Por qué iba a hacer eso? Además, ya hemos ensayado eso de cogernos de la mano...

—Lo sé, pero las parejas se cogen de la mano con naturalidad y nosotros parecemos cualquier cosa menos naturales. Así que debemos practicar.

Vacilo durante unos segundos antes de ceder, pero finalmente alargo la mano con cautela, como si estuviera acercándome a un animal salvaje, y dejo que mis dedos rocen los suyos. Su mano es cálida y fuerte, y cuando la envuelve alrededor de la mía, siento una corriente inesperada recorriéndome el cuerpo.

—¿Ves? No es tan difícil —dice con una sonrisa tranquila.

—Esto es ridículo.

—No lo será cuando lo hagamos delante de tu madre.

La mención de mi madre hace que mi nerviosismo aumente. Me la imagino observándonos con ese gesto de superioridad tan suyo y que lo disecciona todo, buscando fallos incluso en las cosas que no tienen ninguno.

—Tu madre, ¿es tan aterradora como parece?

—Peor.

Ray suelta un silbido bajo, pero no parece intimidado. Al contrario, parece intrigado.

—Cuéntame más.

Dudo. Hablar de mi madre no es algo que me guste hacer, pero sé que necesita conocer el contexto si quiere sobrevivir al fin de semana.

—Victoria Crawford es... exigente. Para ella, nada es suficiente. Ni mi trabajo, ni mi vida en Edimburgo, ni siquiera yo. Siempre he sido el proyecto que no termina de salir bien.

No sé por qué le estoy contando esto, pero las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—¿Y Charlotte?

—Mi hermana es perfecta. O, al menos, eso es lo que mi madre quiere que creamos todos.

—¿Y tú no lo crees?

Lo miro, sorprendida por su pregunta. Hay algo en su tono y en cómo me observa, que me hace pensar que realmente quiere saber la respuesta.

—Creo que Charlotte ha pasado toda su vida intentando ser lo que mi madre quiere que sea. Y no sé si eso la hace perfecta o solo infeliz.

Ray asiente lentamente, como si estuviera procesando mis palabras.

—Parece complicado.

—Lo es.

Otro silencio se instala entre nosotros, pero esta vez no es incómodo. De alguna manera, hablar de mi familia ha aliviado parte de la tensión que sentía al principio del viaje.

—¿Y tú? —pregunto, más por curiosidad que por otra cosa—. ¿Cómo es tu familia?

Al escucharme, se queda callado durante un momento y, por un instante, pienso que no me va a responder. Pero entonces suelta un suspiro bajo y se encoge de hombros.

—No es algo de lo que hable mucho.

—¿Por qué no?

—Porque no hay mucho que contar... Mi padre era un cabrón y mi madre hizo lo que pudo para sacarme adelante.

Sus palabras son directas, pero hay un peso detrás de ellas que me hace sentir culpable por haber preguntado.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte. Es lo que es.

La forma en que lo dice, con tanta aceptación, me desconcierta. No puedo imaginarme comportándome de manera tan estoica como lo hace él frente a algo así.

—¿Y cómo acabaste siendo tatuador?

Ray sonrío y el cambio en su expresión es casi palpable.

—Siempre me gustó el arte. Dibujar, pintar... era lo único que conseguía calmarme cuando las cosas iban mal.

—¿Y los tatuajes?

—Son una forma de contar historias. Cada uno de ellos tiene un significado, una razón para existir. Me gusta pensar que estoy ayudando a la gente a llevar consigo algo que les importa o algo que les define.

Nunca había pensado en los tatuajes de esa manera, pero al escucharle hablar de ellos, es imposible no verlo como una forma de arte.

—Eso suena... increíble.

Él me lanza una mirada rápida, como si mis palabras le hubieran sorprendido.

—Gracias.

El resto del viaje transcurre en un silencio más cómodo, pero mi mente sigue dándole vueltas a todo lo que me ha contado. Por primera vez, empiezo a verlo de una manera diferente, no solo como mi despreocupado compañero de piso, sino como alguien que ha pasado por cosas que no puedo imaginar.

Cuando finalmente llegamos al castillo, mi corazón está acelerado, no por el lugar ni por lo que me espera dentro, sino por la sensación inesperada de que estoy empezando a bajar la guardia con Ray. Y eso, más que cualquier juicio de mi madre, es lo que realmente me aterra.

Capítulo 6

Ray

El castillo aparece al final de un largo camino flanqueado por árboles altos y perfectamente alineados. La vista es impresionante, incluso para alguien como yo, que no se suele maravillar con este tipo de cosas. Las torres de piedra parecen tener siglos de historia, y las ventanas, con sus marcos oscuros y sus cristales relucientes, parecen mirarnos con una mezcla de solemnidad y juicio.

—Es... grande —comento para romper el silencio que se ha instalado entre nosotros.

Amber me lanza una mirada rápida, claramente nerviosa.

—Es un castillo escocés, Ray. No una casa de campo.

Su tono es cortante, pero no puedo evitar sonreír. Está tan tensa que parece que podría partirse si alguien la empujara un poco. Pero la verdad es que me encanta verla luchando por mantener la compostura, aunque no pienso decírselo.

—Es impresionante. Lo digo en serio —insisto.

Ella no responde, pero sus dedos tamborilean en su muslo, una señal clara de que está a punto de explotar.

Al llegar a la entrada, un hombre vestido con un uniforme impecable sale a recibirnos. Tiene la mirada fría y profesional de alguien acostumbrado a lidiar con visitas importantes.

—Señorita Crawford —dice, inclinando ligeramente la cabeza—. Bienvenida.

—Gracias, James —responde Amber con una formalidad que no le había escuchado antes.

—¿Y usted es...? —pregunta el hombre, dirigiéndose a mí con una educación medida, aunque no exenta de curiosidad.

—Ray Shutterland —respondo con una sonrisa relajada, extendiendo la mano para estrechar la suya.

James duda un segundo antes de aceptar el apretón, y puedo notar cómo me evalúa. Lo ignoro, porque estoy acostumbrado a ese tipo de miradas. Cuando tienes tatuajes visibles por la mayoría de las partes de tu cuerpo y una actitud despreocupada, la gente siempre se siente con derecho a juzgarte.

—Es mi novio —añade Amber rápidamente, como si eso pudiera aliviar la tensión.

—Entendido. Permítanme acompañarlos —asiente James apretando los labios.

El interior del castillo es aún más impresionante que el exterior. Cada detalle, desde las alfombras hasta los candelabros, parecen ser la muestra de la riqueza y la tradición que posee el lugar. Es todo lo contrario a lo que estoy acostumbrado, pero no dejo que eso me incomode.

—Esto es muy Downton Abbey —susurro cerca de Amber, disfrutando del leve rubor que sube a sus mejillas.

—Cállate —murmura entre dientes, sin apartar la mirada del camino.

Llegamos a un salón amplio, lleno de luz y decorado con retratos de lo que supongo que son antepasados de los Crawford. El ambiente está impregnado de un aire casi teatral, como si todo estuviera diseñado para impresionar a cualquiera que pusiera un pie aquí.

—Amber, querida, ¡por fin!

Una chica rubia, con un vestido que parece haber salido directamente de una revista de moda de alta costura, se levanta de un sofá y camina hacia nosotros con los brazos extendidos. Supongo que es la famosa hermana perfecta.

—Charlotte —responde Amber con una sonrisa que parece más forzada que natural.

La hermana me estudia con una rapidez casi imperceptible antes de extender su mano hacia mí.

—Tú debes de ser Ray. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que cosas buenas —respondo, estrechando su mano con una sonrisa.

—Por supuesto. Mi hermanita no para de hablar de lo feliz que la haces.

Su tono es impecable, pero hay algo en su mirada que me dice que está analizando cada detalle de mí.

Más tarde, durante la cena, la mesa es un hervidero de comentarios y miradas. Los Crawford parecen haber perfeccionado el arte de mantener las apariencias mientras se lanzan puyas unos a otros disfrazadas de cumplidos.

Amber está sentada a mi lado, rígida como un tablón, y yo hago lo posible por relajarme y disfrutar del espectáculo. No soy de los que se dejan intimidar fácilmente, y esta familia, con sus sonrisas calculadas y sus comentarios indirectos, no va a ser la excepción.

—Entonces, Ray —dice una mujer mayor al otro lado de la mesa. Por su forma de hablar y la manera en que sostiene su copa de vino, supongo que debe la famosa tía Margaret, porque, aunque Amber me ha presentado a los asistentes antes de la cena, son tantos nombres y caras desconocidas para mí, que me resulta imposible de recordarlos todos—. ¿Qué estudios tienes?

El silencio que sigue a su pregunta es casi palpable. Incluso Amber parece contener la respiración.

—Estudié Bellas Artes —respondo con calma, sabiendo perfectamente el efecto que tendrán mis palabras en la audiencia que está alrededor de la mesa.

Como esperaba, Margaret arquea una ceja y se lleva la copa a los labios antes de responder.

—Qué... interesante. Debe de ser una carrera muy... creativa.

—Lo es. Me ayuda a contar historias de una manera única.

—Qué poético.

La sonrisa de Margaret es algo fría, pero yo sigo sonriendo como si no me diera cuenta. Amber, por su parte, parece querer desaparecer bajo la mesa.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta otra mujer, claramente intrigada.

—Vivimos juntos —responde Amber rápidamente.

—Fue más bien cosa del destino —añado, disfrutando del leve estremecimiento que noto que recorre a Amber de arriba abajo—. Dos almas perdidas que se encontraron en el momento oportuno.

La mesa estalla en risas educadas, pero puedo sentir las miradas de evaluación que me lanzan, pero no me importa. Esto es un juego, y estoy más que dispuesto a jugar.

Cuando la cena está a punto de terminar, la tía Margaret lanza otra pregunta, esta vez dirigida directamente a Amber.

—Querida, nunca nos habías hablado de Ray. ¿Por qué lo habías mantenido en secreto?

Amber tartamudea, buscando una respuesta, pero yo intervengo antes de que pueda decir algo.

—No era un secreto —digo, tomando su mano bajo la mesa y apretándola suavemente—. Sólo queríamos asegurarnos de que era real antes de compartirlo con todos vosotros.

Mi respuesta provoca un murmullo alrededor de la mesa, y aprovecho el momento para inclinarme hacia Amber y besar suavemente su mano, manteniendo la mirada fija en la de Margaret.

—Estamos más enamorados de lo que imaginan —añado, dejando caer las palabras con seriedad y con la intención clara de que les impacten.

El silencio que sigue es casi cómico. Puedo sentir a Amber tensándose junto a mí, probablemente al borde de tener un colapso generalizado, pero no aparto la mano de la suya. La tía Margaret parece desconcertada, pero no dice nada. Y yo, por primera vez en toda la noche, siento que tengo ventaja.

Cuando finalmente salimos del comedor, Amber me arrastra hacia un pasillo desierto, lejos de las miradas inquisitivas de su familia.

—¿Qué demonios ha sido eso? —me susurra, claramente furiosa.

—¿A qué te refieres?

—¡A besarme la mano! ¡A decir que estamos enamorados! —resopla.

—¿No es eso lo que hacen las parejas? —respondo con una sonrisa que sé que la irritará aún más.

Amber me mira como si quisiera golpearme, pero hay algo en su expresión que me hace pensar que no está tan molesta como pretende.

—Ray...

—Tranquila. Lo he hecho por nosotros. Y, además, creo que hemos ganado esta ronda —le digo guiñándole un ojo.

Ella suspira, claramente agotada, pero no dice nada más. Mientras la sigo por el pasillo, no puedo evitar sonreír. Esto va a ser más divertido de lo que esperaba.

Capítulo 7

Amber

La mesa del comedor principal está dispuesta con una elegancia que raya con la ostentación. Los candelabros de cristal reflejan la luz cálida de las velas, mientras la vajilla de porcelana parece haber salido de un museo. Mi madre, como siempre, no deja cabos sueltos. Todo en esta cena está pensado para impresionar a todos los invitados, desde los centros de mesa hasta el vino seleccionado.

Ray, por otro lado, parece completamente inmune al despliegue de lujo y ostentación que le rodea. Se ha adaptado al ambiente con una facilidad que me desconcierta. Lleva puesto un traje oscuro que le queda tan bien que casi no puedo mirarle directamente sin miedo a quedarme embobada mientras lo hago. Su actitud relajada, casi insolente, contrasta con la rigidez de los Crawford. Se inclina ligeramente en su silla, como si estuviera en su casa, y ofrece una sonrisa ladeada a cada comentario mordaz disfrazado de cumplido que surge de la mesa.

Por mi parte, siento que tengo un nudo en el estómago que no me deja comer. Cada vez que levanto la mirada, encuentro a alguien observándonos: mi madre, Charlotte, la tía Margaret... Cada uno con su propio juicio silencioso. Y luego está él, con su mirada fija en mí en momentos que no deberían ser tan significativos como parecen.

—Ray, cuéntanos más sobre tu trabajo —dice Charlotte con su sonrisa impecable, que siempre me ha parecido que tiene un propósito oculto.

Ray deja su copa de vino sobre la mesa con calma, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Soy tatuador —responde, directo, sin adornos.

El murmullo que sigue es tan leve como un soplo, pero lo suficientemente audible para que todos lo notemos. Mis dedos se tensan alrededor del cuchillo y el tenedor, anticipando la siguiente ronda de preguntas disfrazadas de curiosidad.

—¡Qué interesante! —exclama la tía Margaret, aunque su tono es más inquisitivo que entusiasta—. ¿Y cómo decidiste dedicarte a algo tan... particular?

Ray sonríe, como si estuviera disfrutando del interrogatorio.

—Siempre me ha gustado el arte. Dibujar, pintar... Los tatuajes fueron una evolución natural. Es una manera única de contar historias, ¿no cree?

—Desde luego, debe ser... único —responde la tía Margaret, claramente sin saber cómo manejar su propia curiosidad y desdén simultáneos.

Mi madre interviene en ese momento, con una sonrisa tan tensa como un cable a punto de romperse.

—Amber siempre ha tenido un gusto particular por lo... alternativo —dice y su mirada se encuentra con la mía durante un segundo, que se me hace demasiado largo.

Siento el calor subirme por el cuello, pero antes de que pueda responder, Ray toma mi mano sobre la mesa. El gesto es tan natural que me deja paralizada. Sus dedos son firmes y cálidos, y cuando los entrelaza con los míos, me doy cuenta de que no sé cómo reaccionar.

—Bueno, a mí me encanta que Amber tenga un gusto tan especial —dice, mirando a mi madre con una sonrisa tan deslumbrante que hasta yo me siento un poco intimidada—. Es una de las muchas cosas que me atrajo de ella.

El silencio que sigue es casi tan pesado como las miradas que me lanza mi familia. Intento mantener la compostura, pero siento que mi cara está tan roja que debe parecer que está en llamas. Ray, por su parte, da la sensación de estar disfrutando cada segundo de la tensión que se ha instalado en el salón.

Cuando finalmente la cena termina, me retiro con una excusa poco convincente sobre necesitar un poco de aire fresco. Subo las escaleras hacia el balcón, donde la brisa nocturna es un alivio para mi mente saturada. Me apoyo en la barandilla y respiro hondo, intentando calmar el torbellino que se ha instalado en mi pecho desde que llegamos al castillo. Sin embargo, no pasa demasiado tiempo antes de que escuche sus pasos. Reconozco ese ritmo relajado y esa forma de moverse, que parece decirle al mundo que nada puede tocarle.

—¿Huyendo de tu familia? —pregunta con ese tono casual que siempre parece un reto.

—Solo necesitaba un momento de tranquilidad.

Ray se apoya en la barandilla a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo, incluso a pesar de la brisa fresca que nos envuelve. Por un momento, ninguno dice nada. Simplemente miramos las sombras que las torres del castillo proyectan sobre el jardín iluminado por la luna.

—Tu madre es... intensa —comenta finalmente.

Suelto una risa amarga.

—Eso es quedarse corto.

—¿Siempre ha sido así contigo?

Le miro de reojo, sorprendida por el cambio en su tono. No hay burla en su voz, solo curiosidad. Sus ojos están fijos en mí y, por un instante, me siento vulnerable, como si pudiera ver más de lo que quiero mostrar.

—Siempre —admito, bajando la mirada hacia mis manos—. Para ella, nada de lo que hago es suficiente. Charlotte es la perfecta, la que siempre cumple con sus expectativas. Yo, en cambio, siempre he sido para ella el proyecto fallido.

Ray no me responde de inmediato. Cuando finalmente habla, su voz es baja, casi un susurro.

—Eres mucho más que eso.

Levanto la vista hacia él, sorprendida por la intensidad en su expresión. Hay algo en su mirada que me hace querer creerle, aunque una parte de mí sigue luchando contra esa idea.

—Esto parece demasiado real, ¿no crees? —dice de repente, inclinándose hacia mí.

Mi respiración se detiene. Su proximidad es abrumadora. Me quedo paralizada, incapaz de decidir si debo retroceder o dejar que cruce esa línea, que parece haber estado esperando desde que acepté su propuesta.

—Ray...

—Tranquila —me susurra con voz tan suave que apenas es audible—. Solo digo lo que estoy pensando.

Sus ojos no se apartan de los míos y, por un momento, el mundo parece detenerse. La brisa

nocturna, el murmullo lejano de las voces en el salón, todo desaparece. Solo estamos él y yo, atrapados en un momento, que no sé demasiado bien cómo sobrellevar.

Pero, como siempre, Ray toma la decisión por mí. Se aparta con una sonrisa, como si nada hubiera pasado, y se gira hacia la puerta.

—Me pregunto qué pensará tu madre de esto —me dice, y su tono vuelve a ser despreocupado, pero hay algo en su mirada que me deja entrever, que no ha terminado de provocarme.

Cuando se marcha, me quedo sola en el balcón, con el corazón latiendo desbocado y la sensación de que, por mucho que intente mantenerme firme, Ray siempre encuentra la forma de desarmarme.

Capítulo 8

Ray

El salón principal del castillo es todo un despliegue de ostentación. Arañas de cristal cuelgan del techo como si fueran constelaciones detenidas en el tiempo, iluminando la estancia con un resplandor cálido. Las paredes, decoradas con retratos de generaciones pasadas de los Crawford, parecen observar cada movimiento de los presentes con un juicio silencioso. Todo en este lugar grita riqueza, tradición y, también, rigidez. Amber encaja aquí de una manera que no esperaba, aunque ella misma no parezca verlo.

La orquesta comienza a tocar un vals, y el sonido se extiende por la sala como un eco hipnotizante. Estoy cerca de una de las columnas, observándolo todo con una calma fingida. Victoria Crawford, con su porte altivo, lanza miradas inquisitivas desde el otro extremo de la sala, evaluando cada detalle y cada gesto de los invitados. Tengo claro que me odia. Bueno, no exactamente a mí, sino a lo que represento: una amenaza para la perfección que ha construido alrededor de su familia.

Entonces la veo. Amber. De pie junto a Charlotte, con una copa de champán en la mano. Su vestido de un azul oscuro la envuelve de una manera que me deja sin aliento, resaltando sus curvas con una elegancia que parece sacada de una pintura. Pero lo que realmente llama mi atención es su expresión, que me transmite la sensación de como si estuviera intentando mantenerse firme en medio de una tormenta.

Ella no me ha visto todavía, y eso me da unos segundos más para observarla. Hay algo en cómo se ajusta el tirante de su vestido y en cómo sus dedos tamborilean contra la copa, que me fascina. Es un gesto pequeño, pero me revela mucho de ella: está nerviosa.

Finalmente, decido cruzar la sala. A cada paso, siento las miradas de los invitados clavándose en mí como agujas, pero no me importa. Nunca me ha importado lo que piense la gente y no estoy dispuesto a empezar a hacerlo ahora. Cuando llego a su lado, se gira hacia mí, y sus ojos se ensanchan ligeramente al verme.

—¿Bailamos? —le pregunto, extendiendo una mano hacia ella.

—¿Estás loco? —susurra, aunque su tono carece de verdadera resistencia.

—Totalmente. Pero ¿vas a dejarme colgado delante de toda esta gente?

Amber duda un segundo, mirando a su alrededor. Finalmente, deja la copa en una mesa cercana y coloca su mano en la mía. Su piel es suave, cálida, y el contacto con ella me provoca una descarga que me ha tomado totalmente por sorpresa.

La guío hacia el centro de la pista, donde varias parejas ya se han unido al compás de la música. Coloco una mano en su cintura, sintiendo la tela sedosa de su vestido bajo mis dedos,

mientras que ella apoya la suya en mi hombro con cierta rigidez. Cuando nuestras miradas se cruzan, hay algo en sus ojos que me hace sonreír.

—Relájate, Amber.

—No es tan fácil como parece.

—No te voy a dejar caer, ¿vale?

Ella asiente levemente, pero su cuerpo sigue tenso. Empiezo a moverme al ritmo de la música, guiándola con cuidado. Al principio, sus pasos son inseguros, pero poco a poco se adapta. La cercanía hace que sea difícil ignorar ciertos detalles: el suave aroma floral que desprende su piel, el calor que emana de su cuerpo y cómo su respiración se sincroniza con la mía.

—Eres mejor en esto de lo que pensaba— comenta, con un destello de sorpresa en su voz.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —le digo de forma pícaro.

—¿Como qué?

—Ya lo irás descubriendo.

Sonrío al ver el ligero rubor que sube por sus mejillas. Es un detalle sutil, pero para alguien como ella, que siempre intenta mantener el control, significa mucho. En cada giro y en cada paso, siento cómo su tensión disminuye y empieza a dejarse llevar. Y eso, de alguna manera, hace que todo esto parezca que es real. Cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, hay algo diferente en sus ojos. Es como si, por un momento, se hubiera olvidado de las apariencias y de la farsa. Y eso me desarma.

La música cambia ligeramente, volviéndose más lenta y yo aprovecho el momento para acercarla un poco más a mí, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que apenas hay un suspiro de espacio. Mi mano en su cintura se mueve ligeramente y siento cómo su respiración se acelera. Percibo cómo su cuerpo se ajusta al mío y cómo cada movimiento parece encajar de manera perfecta. Y entonces, lo noto. Una reacción involuntaria, pero imposible de ignorar. La cercanía y el contacto con ella se combinan en una sensación que me hace apretar la mandíbula. Respiro hondo, intentando controlar el bulto que se ha formado en mi entrepierna, pero es difícil cuando Amber está tan cerca, cuando su perfume me envuelve y su mirada me desafía de una manera que no esperaba.

—Ray, ¿estás bien? —pregunta en voz baja con gesto preocupado.

—Perfectamente —le respondo sonriente.

Miento o tal vez no. Porque, aunque la situación sea complicada, hay algo en este momento que me parece increíblemente correcto. La manera en que sus dedos se ajustan en mi hombro, cómo su cuerpo sigue el ritmo del mío y cómo sus ojos no pueden apartarse de los míos me parece lo mejor que he experimentado en mucho tiempo.

—Estás... demasiado cerca— murmura, aunque no hace ningún intento por alejarse.

—¿Eso es malo?

No responde. Solo me mira, y en sus ojos veo una mezcla de miedo, curiosidad y algo que, por primera vez, me hace pensar que tal vez no soy el único que está sintiendo esto.

La música llega a su clímax y aprovecho el momento para inclinarme ligeramente hacia ella. Mi boca está cerca de su oído y le susurro:

—Si esto fuera real, no dejaría de mirarte.

Su reacción es inmediata. Sus ojos se ensanchan y su cuerpo se tensa de nuevo, pero no se aleja. El momento es tan intenso que casi olvido dónde estamos y que hay decenas de ojos observándonos y esperando cualquier señal de debilidad.

Finalmente, la música se detiene y el hechizo se rompe. Amber se aparta ligeramente de mí,

evitando mi mirada mientras aplaude junto con el resto de los invitados. Pero yo sigo observándola, notando cómo evita mirarme directamente y cómo el rubor en sus mejillas parece haberse vuelto más intenso.

Mientras nos dirigimos fuera de la pista, ella lanza una mirada rápida hacia Victoria, que parece estar evaluando cada detalle desde su asiento. Me acerco a Amber, inclinándome para susurrar cerca de su oído una vez más:

—Creo que hemos pasado la prueba.

Ella me lanza una mirada, pero hay algo en su expresión que me dice que esto está lejos de terminar. Y, sinceramente, me muero de ganas de ver lo que sucede después.

Capítulo 9

Ray

El sonido de las voces resonando en el gran salón del castillo es un eco lejano mientras camino junto a Ray, quien parece tan relajado como si estuviera paseando por un parque cerca de casa en Edimburgo. Sus pasos firmes a mi lado son un recordatorio constante de la farsa que estamos llevando a cabo. Pero lo que me inquieta más que la mentira es lo bien que la interpreta.

—No estás relajada —me dice en voz baja, inclinándose lo justo para que solo yo lo escuche.

—Estoy bien. —Mi respuesta se escapa de mis labios más rápida de lo que me gustaría y él sonríe con esa mezcla de burla y ternura, que empiezo a conocer demasiado bien.

Ray no responde, pero puedo sentir su mirada fija en mí mientras avanzamos hacia el salón, donde está reunida el resto de mi familia. El murmullo de conversaciones educadas se interrumpe brevemente al vernos entrar. Mi madre, sentada junto a mi prima Eleanor, me lanza una de esas sonrisas que parecen sinceras, pero que siempre esconden un filo cortante.

—Amber, querida, qué bueno que has llegado —dice Victoria, alzando ligeramente la barbilla mientras nos evalúa con la mirada.

Ray, a mi lado, no parece afectado. Incluso parece disfrutar de la atención que ambos recibimos, como si estuviera acostumbrado a ser el centro de todas las miradas.

—Señora Crawford —dice con una sonrisa tranquila mientras inclina ligeramente la cabeza. Su tono es respetuoso, pero con ese toque de insolencia que parece natural en él.

—Llámeme Victoria —responde mi madre con una dulzura que solo yo sé que es una trampa disfrazada de cortesía.

Nos sentamos en un rincón del salón y, durante unos minutos, todo parece ir sorprendentemente bien. Pero entonces Eleanor, con esa habilidad suya para detectar cualquier debilidad, decide intervenir.

—Así que, Ray, eres tatuador, ¿verdad? —pregunta, alzando una ceja con una sonrisa llena de falsedad.

Ray asiente, como si no percibiera la tensión en el ambiente, aunque sé que lo hace. Es demasiado observador para no notarlo.

—Así es. Ayudo a las personas a expresar su historia de una manera única.

—Qué interesante. Aunque supongo que no es el tipo de profesión que uno espera ver en una familia como la nuestra.

Siento cómo la sangre se acumula en mis mejillas, pero antes de que pueda decir nada, Ray responde con una calma que me sorprende.

—Bueno, no todas las historias encajan en un molde, ¿no cree?

Eleanor sonríe, pero su mirada no se suaviza.

—Supongo que no. Aunque debe ser complicado dedicarse a algo así. ¿Es rentable?

Antes de que pueda intervenir para desviar la conversación, Ray se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras mantiene la mirada fija en Eleanor.

—Lo suficiente como para vivir bien. Pero creo que lo más importante es que disfruto de lo que hago. ¿Puede decir lo mismo?

El silencio que sigue a su comentario es casi audible. Eleanor parpadea, claramente sorprendida por su respuesta, pero no dice nada más. Por un momento, me siento aliviada, pero entonces escucho la voz de mi madre, baja pero perfectamente audible, hablando con alguien a su lado.

—Es curioso cómo Amber siempre elige... caminos inesperados. Supongo que es su forma de destacar.

La frase es como una daga que se clava directamente en mi pecho. Antes de que pueda reaccionar, Ray se endereza en su asiento y se gira hacia mi madre con una expresión que no había visto en él hasta ahora.

—Creo que Amber tiene un talento especial para elegir lo que realmente importa, aunque no siempre sea lo más convencional. Eso dice mucho de su carácter —dice Ray levantando la voz la suficiente como para que mi madre pueda oír con claridad lo que le dice.

El salón se queda en silencio. Mi madre lo observa con una mezcla de sorpresa y algo que podría ser respeto. O al menos, una versión muy diluida de ello. Me quedo mirando a Ray, desconcertada por su respuesta. No era su responsabilidad intervenir y, sin embargo, lo ha hecho con una intensidad que me ha dejado sin palabras.

—Gracias—murmuro cuando salimos del salón y encontramos un rincón más tranquilo en uno de los pasillos del castillo.

Él se detiene y me mira con una expresión seria, más de lo que estoy acostumbrada a ver en él.

—No necesitas agradecerme nada. No voy a quedarme callado mientras te atacan.

Sus palabras son directas, casi duras, pero hay algo en su tono que me desarma.

—No tenías que hacerlo.

—Claro que sí. Porque esto... —dice mientras toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos de una manera que parece demasiado natural—. No es solo una actuación para mí.

Mi corazón se acelera. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no salen de mi garganta. Ray se inclina ligeramente hacia mí, acercándose lo suficiente como para que su voz sea un susurro que solo yo pueda oír.

—Nunca he mentido sobre esto.

Me quedo paralizada, atrapada entre el peso de sus palabras y la intensidad de su mirada. Por un momento, todo el castillo desaparece, y lo único que existe es este pequeño espacio entre nosotros.

No sé qué significa esto, pero sí sé que nada volverá a ser igual después de hoy.

Capítulo 10

Amber

El viento azota con fuerza los ventanales del castillo, creando un sonido inquietante que reverbera por los pasillos. La tormenta ha llegado sin previo aviso, como suelen hacerlo en Escocia. En cuestión de minutos, el cielo pasó a ser una masa de nubes cargadas que descargan ahora toda su furia.

La atmósfera dentro del castillo es distinta. Cálida, sí, pero también tensa, como si el clima exterior se hubiera infiltrado entre los muros. Caminando por los pasillos, percibo las sombras de los candelabros oscilando al ritmo del fuego que arde en las chimeneas, añadiendo un toque de dramatismo que no necesito. Amber está en su habitación, o al menos eso creo. Tras la cena, dijo algo sobre necesitar un momento a solas y, aunque mi instinto fue seguirla, le di espacio. Ahora, después de pasar un rato en la sala de estar con el resto de su peculiar familia, siento que es el momento de comprobar cómo está.

Con una copa de vino en cada mano, me detengo frente a su puerta y llamo suavemente con los nudillos.

—¿Amber?

Un silencio breve, seguido por el sonido de pasos que se acercan hasta la puerta, ésta se abre lentamente, y allí está Amber. Me mira, envuelta en un jersey de lana que le cae sobre los muslos y con el pelo recogido de manera informal. Su expresión, al principio sorprendida, se suaviza al verme.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que podrías necesitar esto. —Le digo tendiéndole una de las copas de vino mientras alzo la mía en un gesto cómplice.

Ella duda, pero finalmente toma la copa y da un paso atrás, permitiéndome entrar en el dormitorio. La habitación está iluminada por la luz cálida de la chimenea, donde las llamas bailan con un ritmo hipnótico. El ambiente es acogedor, casi íntimo, y mi mente registra cada detalle: el leve aroma a madera quemada, la suave alfombra bajo mis botas y, sobre todo, la forma en que Amber evita mirarme directamente a los ojos.

—No tenías que molestarte en traerme vino —dice, caminando hacia la chimenea y sentándose en el borde del sofá.

—Lo sé. Pero quería hacerlo.

Me acerco y me siento en el sillón frente a ella. Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. Solo el sonido del crepitar del fuego llena el aire. Amber da un sorbo a su vino, y sus dedos juegan con el borde de la copa, como si necesitara algo que hacer con las manos.

—¿Siempre has sido así? —pregunto de repente.

Ella me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Así cómo?

—Tan... cerrada. Como si te costara dejar abrirte a alguien.

Sus ojos, normalmente llenos de ese brillo desafiante, se entrecierran ligeramente.

—No creo que me conozcas lo suficiente como para decir algo así.

—Quizá no —admito, recostándome en el sillón con una sonrisa—. Pero he vivido contigo el tiempo suficiente para darme cuenta.

Amber suspira y aparta la mirada de mí para posarla en el fuego. Su perfil, iluminado por la luz danzante, tiene una belleza tranquila que capta mi atención.

—Es más fácil no esperar demasiado de la gente —expresa finalmente con la voz más suave de lo habitual—. Así no te decepcionas.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras la observo.

—Eso suena... solitario.

Ella se encoge de hombros, como si no fuera algo importante.

—No siempre.

—Eso no es cierto.

La forma en que me mira como si no supiera si está molesta o sorprendida por mi insistencia, me hace querer seguir adelante, aunque una parte de mí sabe que estoy caminando por una ruta peligrosa.

—Amber, no eres tan indiferente a como pretendes que los demás crean. Lo veo en cómo te preocupas por tu trabajo, por tu hermana, incluso por lo que piensa tu madre, aunque finjas que no te importa.

Ella deja la copa de vino en la mesa y se cruza de brazos, como si quisiera protegerse de algo.

—¿Y tú? ¿Por qué te importa tanto lo que hago o dejo de hacer?

—Porque me importas tú.

La confesión, aunque no la tenía planeada, ha salido de entre mis labios con una facilidad que me sorprende. Y a ella también, a juzgar por la forma en que sus ojos se agrandan ligeramente al escucharme y antes de apartar la mirada de mí. Finalmente, se levanta y camina hacia la ventana. Apoya una mano en el marco y observa cómo la lluvia golpea el cristal.

—No sé cómo hacer esto, Ray.

—¿Hacer qué?

—Esto. Fingir, convivir, lidiar con mi familia... todo.

Me levanto y camino hacia ella, aunque me detengo a una distancia prudente.

—No tienes que hacerlo sola.

Ella se gira hacia mí y, por primera vez desde que entré en esta habitación, me mira directamente a los ojos y lo hace con una vulnerabilidad que no intenta esconder.

—A veces no sé si lo estás haciendo por mí o porque simplemente te divierte ver cómo intento mantener todo bajo control.

—Al principio era un poco de las dos cosas —admito con una sonrisa—. Pero ahora...

Dejo que las palabras queden suspendidas en el aire, porque no estoy seguro de cómo continuar mi frase sin atravesar una línea que no sé si estoy listo para cruzar.

Amber me observa con detenimiento, como si intentara descifrar algo que no alcanzo a entender. Entonces, casi sin pensarlo, doy un paso hacia ella. Y luego otro y la proximidad entre nosotros hace que todo cambie. Puedo ver cada pequeña sombra que sus pestañas proyectan sobre sus mejillas, el leve temblor de sus labios cuando toma aire y la forma en que su pecho

sube y baja de manera irregular.

—Ray... —su voz es apenas un susurro.

—Solo dime que me detenga.

Ella no dice nada, pero tampoco se aparta. Mis dedos rozan su mejilla y su piel es tan suave como imaginaba. Me inclino ligeramente, lo suficiente para que nuestras respiraciones se mezclen, pero no más.

Es en ese momento cuando lo siento: esa chispa que ha estado creciendo entre nosotros desde el principio. La tensión, la atracción, todo se condensa en este instante. Rozo sus labios con los míos, apenas un susurro de contacto, antes de detenerme. Mis ojos buscan los suyos, buscando una señal, cualquier indicio de lo que está sintiendo.

—Cuando me lo pidas, será real —murmuro en voz baja, pero cargada de intención.

Amber cierra los ojos, como si estuviera luchando consigo misma. Y yo espero, porque, aunque cada fibra de mi ser me grita que cruce esa línea, sé que esa decisión no puede ser solo mía.

El sonido del viento y la lluvia parece más lejano ahora, como si el mundo exterior hubiera desaparecido. Solo estamos ella y yo, atrapados en esta tormenta que hemos creado entre nosotros.

Capítulo 11

Amber

La voz de mi madre resuena en mi cabeza, incluso después de que haya salido del salón, dejando tras de sí un rastro de juicios disfrazados de preocupación maternal. Su manera de hablar de Ray, con ese tono cargado de desdén, me hace hervir la sangre. «No es el hombre adecuado para ti, Amber». Como si ella pudiera decidir por mí, como si mi vida fuera otra extensión de sus proyectos cuidadosamente planificados.

Subo las escaleras con pasos rápidos, intentando calmarme, pero la rabia burbujea justo debajo de mi piel. Cada vez que creo haber encontrado un poco de equilibrio, ella aparece para destruirlo todo. El castillo, con sus paredes imponentes y su aire de opulencia, me resulta claustrofóbico en este momento. Todo parece conspirar para recordarme que no pertenezco aquí, ni siquiera cuando finjo encajar.

Cuando llego a mi habitación, encuentro a Ray sentado en el borde de la cama, con la chaqueta del traje mal puesta en el respaldo de una silla. Está jugueteando con el botón de su camisa, pero alza la mirada al escuchar la puerta. Su expresión cambia al instante, pasando de relajada a alerta. Debe haber notado lo tensa que estoy, porque al verme, frunce el ceño.

—¿Estás bien? —me pregunta, con ese tono de voz que siempre parece un equilibrio perfecto entre preocupación y desinterés.

—No —respondo de manera más brusca de lo que pretendía, cerrando la puerta tras de mí. Camino hacia la ventana y miro hacia fuera, intentando encontrar en el paisaje una calma que no logro encontrar en ningún sitio.

—¿Qué ha pasado? —insiste, levantándose de la cama y acercándose un par de pasos hasta donde estoy.

Me giro hacia él, incapaz de contener la frustración.

—Ha pasado... mi madre. Ha pasado... que no puede evitar cuestionarlo todo. Ha pasado... que cree que sabe lo que es mejor para mí, incluso cuando no tiene ni idea de cómo es mi vida —le suelto atropelladamente y cada vez más enfadada.

Ray se queda en silencio durante un momento, observándome con esa mirada intensa que parece que me atravesase el cuerpo. Finalmente, se apoya contra la pared, cruzando los brazos sobre el pecho antes de hablarme.

—No puedes dejar que te afecte tanto. Ya sabes cómo es...

—Es muy fácil para ti decirlo, porque no eres tú a quién pone en el punto de mira. Aunque, pensándolo bien, en este caso sí lo hace. ¿Sabes lo que ha insinuado? Que no eres el hombre adecuado para mí. Como si tuviera alguna autoridad para decidirlo.

—¿Y qué más da lo que piense? —pregunta, encogiéndose de hombros. Su actitud despreocupada, que normalmente encuentro casi reconfortante, ahora solo consigue irritarme aún

más.

—Da igual porque no es tu vida la que está bajo vigilancia constante. Es la mía. Siempre lo ha sido. Y estoy harta, ¡hasta las narices!

Ray me observa en silencio, pero hay algo en su expresión que cambia, un destello en sus ojos que no sé demasiado bien cómo explicar. Cuando finalmente habla, su voz es baja pero firme.

—¿Crees que esto no me afecta? ¿Que todo esto es un juego para mí? —me pregunta mirándome directamente a los ojos.

Su pregunta me toma por sorpresa. Parpadeo, intentando procesar el cambio en el tono de su voz. Ahora mismo, está muy lejos de ser el hombre relajado y seguro de sí mismo que siempre parece tener el control. En este momento, es alguien totalmente diferente.

—¿No lo es? —respondo, cruzando los brazos sobre el pecho, adoptando una postura defensiva que no estoy segura de necesitar. Mi voz suena más fría de lo que pretendía, pero no retrocedo.

Ray se acerca un paso más a mí, cerrando así la distancia entre nosotros. No es amenazante, pero hay una intensidad en su mirada que me hace sentir expuesta.

—No, Amber. No lo es. Si lo fuera, habría buscado la manera de salir corriendo hace semanas. ¿Te has parado a pensar en lo que esto significa para mí? ¿En cómo yo también estoy poniendo todo en juego aquí?

Abro la boca para responder, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Nunca me había parado a mirarlo desde su perspectiva, y eso me hace sentir una punzada de culpa que en este momento me niego a admitir.

—Ray, yo...

—No —me interrumpe, sacudiendo la cabeza—. ¿De verdad crees que no me importa? Porque si es así, dímelo ahora mismo y me marchó. Pero te aseguro una cosa, Amber: esto significa más para mí de lo que quieres admitir.

Sus palabras caen como una piedra en el silencio que sigue y se impone entre él y yo. Me quedo mirándole, incapaz de apartar la mirada de sus ojos, que parecen desafiarme a decir algo, cualquier cosa. Pero no puedo. No cuando hay algo en su voz y en su postura, que me dice que lo que acaba de decir es completamente cierto.

Finalmente, se da la vuelta y camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo, pero no se gira.

—¿De verdad crees que esto es solo un juego para mí?

Y entonces se marcha, dejándome sola en la habitación, con el eco de sus palabras resonando en mi mente y un peso en el estómago, que no sé cómo digerir.

Capítulo 12

Ray

El castillo está en silencio cuando decido volver a la habitación. Las paredes, con sus tapices antiguos y retratos de antepasados de mirada severa, parecen empequeñecerme cuando paso ante ellos. Pienso en la discusión con Amber y en cómo sus palabras me han afectado más de lo que esperaba. No porque hayan sido injustas, sino porque tienen una forma extraña de señalar verdades que ni yo mismo quiero admitir.

Cuando entro en la habitación, ella está allí. Sentada junto a la chimenea, con las piernas cruzadas bajo la bata de satén que lleva. Sus ojos están clavados en las llamas, pero levanta la mirada en cuanto escucha la puerta cerrarse. No dice nada y yo tampoco. La tensión entre nosotros es palpable, como si llenara cada rincón del dormitorio.

Dejo mi chaqueta sobre el respaldo de una silla y me acerco al mueble bar para servirme un whisky. Amber sigue observándome, como si estuviera esperando que sea yo el primero en decir algo. Finalmente, decide hablar ella antes de que yo lo haga.

—No creías que tendrías que compartir habitación conmigo, ¿verdad?

Su tono tiene un deje de ironía, aunque creo que intenta ocultar su vulnerabilidad. Me giro hacia ella, sosteniendo el vaso en una mano.

—No tengo otra opción —respondo, encogiéndome de hombros—. Aunque tampoco es que me importe.

Amber ladea la cabeza, como si estuviera evaluando la sinceridad de mis palabras. Al final, deja escapar un suspiro y se reclina un poco más en el sillón.

—Esto no es fácil para ninguno de los dos, Ray. Lo sabes, ¿verdad?

Camino hacia la chimenea y me siento en la otra butaca, dejando el vaso sobre la mesa de centro que hay entre ambos. La observo, notando los pequeños detalles: el brillo tenue en sus ojos y cómo sus dedos juegan con el borde de la bata que lleva. Parece frágil en este momento, pero también fuerte, como si estuviera sosteniendo un peso que no sabe todavía cómo deshacerse de él.

—Lo sé —admito, inclinándome hacia delante y apoyando los codos en mis rodillas—. Pero también creo que a veces te esfuerzas demasiado en complicarlo.

Amber me lanza una mirada afilada, pero no replica. En lugar de eso, coge el vaso de vino que hay sobre la mesa y da un sorbo lento antes de hablar.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí, exactamente? ¿Qué sacas de todo esto?

Su pregunta me pilla desprevenido. Me quedo mirándola durante un momento, intentando

encontrar las palabras adecuadas para responderle. Pero, por alguna razón, esta vez no quiero recurrir a respuestas fáciles o evasivas.

—Al principio, pensé que era solo una forma de ayudarte. Algo temporal. Pero... —me detengo, eligiendo con cuidado lo que le voy a decir—. Pero ahora ya no estoy tan seguro.

Amber frunce el ceño, claramente confundida al escuchar lo que le acabo de soltar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esto —hago un gesto entre nosotros— significa más de lo que pensé que significaría. Y eso me asusta un poco...

Mis palabras quedan suspendidas en el aire. No estoy seguro de por qué he sido tan honesto, pero ya no hay vuelta atrás. Amber me observa con una mezcla de sorpresa y ... ni idea, no sé qué más... ¿miedo? ¿desconcierto? ¡Ni idea! Finalmente, deja el vaso en la mesa y se inclina hacia mí.

—A mí, también me asusta —admite en voz baja, como si tuviera miedo de que alguien más pudiera escucharla.

El momento es tan intenso que apenas me doy cuenta de cómo la distancia entre nosotros se reduce. Sus ojos buscan los míos, y hay algo en su expresión que me desarma por completo. Una mezcla de vulnerabilidad y deseo que nunca había visto antes, pero que me hace sentir atraído hacia ella como las abejas a la miel.

Me inclino hacia ella y apoyo una mano en el respaldo de su butaca. Nuestras caras están tan cerca que puedo sentir su respiración contra mi piel. Pero no la beso. No todavía. Espero, dejando que sea ella quien decida cruzar esa línea. Y lo hace. Con un movimiento casi imperceptible, cierra la distancia entre nosotros y sus labios rozan los míos. Es un contacto suave, una confesión, una entrega y, también, una rendición.

Cuando finalmente nos separamos, ambos tenemos la respiración agitada. Ella me mira con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que acaba de suceder. Pero no dice nada, y yo tampoco. En lugar de eso, deslizo una mano por su mejilla y acaricio su piel con una suavidad que no sabía que era capaz de mostrar.

—Nunca había querido algo como quiero esto —murmuro, sin apartar la mirada de sus ojos.

Ella cierra los ojos por un momento, como si estuviera procesando mis palabras. Cuando los abre de nuevo, hay una resolución en ellos que me toma por sorpresa. Amber se inclina hacia mí y apoya una mano en mi pecho, justo donde mi corazón late con fuerza.

—Entonces no lo arruines, Ray —susurra.

Y en ese momento, sé que no puedo hacerlo, porque por primera vez en mi vida, siento que he encontrado algo que realmente vale la pena proteger.

Capítulo 13

Amber

El sonido del viento golpeando suavemente contra las ventanas es lo primero que me despierta. La habitación está en penumbra y tardo unos segundos en recordar dónde estoy y por qué no estoy sola. Giro la cabeza sobre la almohada y allí está él. Ray. Con los ojos cerrados y el rostro relajado, parece una versión más joven de sí mismo a pesar de los tatuajes. Pero parece como si en el sueño dejara de lado esa actitud desafiante que siempre lleva consigo.

En este momento, no sé qué me invade más, si la euforia o el miedo. Ambas emociones se entrelazan en mi pecho, dejándome atrapada entre lo que ocurrió anoche y lo que eso podría significar. La habitación, con su ambiente cálido gracias a las gruesas cortinas que bloquean el frío de Escocia, parece un refugio del mundo exterior. Pero nada de lo que siento ahora mismo es reconfortante.

Me levanto con cuidado, intentando no hacer ruido mientras rodeo la cama para buscar mi ropa. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, un recordatorio de que estoy completamente despierta y que esto, sea lo que sea, ha pasado de ser una posibilidad a una realidad. Cuando me visto y salgo al pasillo, el aire del castillo es fresco, como si se hubiera quedado suspendido en el tiempo. Necesito espacio. Distancia. Algo que me permita organizar mis pensamientos antes de enfrentarme a él, porque sé que lo inevitable está por venir: esa conversación que no quiero tener, pero que sé que no puedo evitar.

En la cocina, me encuentro a la cocinera, moviéndose con su habitual eficiencia. No parece sorprendida de verme, aunque su mirada me analiza por un instante antes de ofrecerme una sonrisa cordial.

—Buenos días, señorita Amber. ¿Le preparo algo?

—Solo un café, por favor —respondo, intentando sonar más tranquila de lo que me siento en realidad.

Mientras espero, mis pensamientos vuelven una y otra vez a lo que pasó. A cómo todo cambió con una sola mirada, un roce, y a cómo dejé que las barreras, que tanto me habían costado construir, se derrumbaran como si nunca hubieran existido.

Ray aparece poco después y mi cuerpo reacciona antes de que pueda controlarlo. Su presencia llena la estancia. Lleva un jersey oscuro que le queda ligeramente ajustado al cuerpo y unos vaqueros, que acentúan su figura destacando el físico escultural y esculpido a base de horas de gimnasio que tiene.

—Buenos días —me dice con naturalidad, como si todo estuviera en calma.

—Hola —le respondo, esforzándome por mantener un tono neutro en mi voz.

Se sirve un café y se apoya contra la encimera, observándome con esa mirada que parece capaz de leer pensamientos que ni yo misma entiendo.

—¿Has dormido bien? —me pregunta finalmente, rompiendo el hielo, aunque la tensión entre nosotros podría cortarse con un cuchillo.

—Sí. ¿Tú?

—Como un bebé —me responde poniendo una sonrisa dulce que le hace parecer aún más guapo de lo que es.

Su respuesta me hace esbozar una sonrisa involuntaria, aunque no sé si es por el comentario o por la manera en que lo dice, con ese tono desenfadado que parece suavizar cualquier situación.

El desayuno transcurre de manera tranquila, casi demasiado normal. Hablamos de cosas sin importancia: el tiempo, los planes del día, cualquier cosa que mantenga la conversación lejos de lo que realmente importa y que ambos tenemos muy claro qué es. Pero cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento que algo que ninguno de los dos se atreve a nombrar flota entre nosotros.

Después, Ray desaparece, probablemente para trabajar en algún boceto de algún tatuaje para un cliente de su estudio de tatuajes o simplemente para evitar el ambiente cargado que se ha creado entre nosotros. Yo, en cambio, me quedo en la sala de estar, hojeando un libro, porque realmente no lo estoy leyendo, porque no soy capaz de concentrarme. Con tantos pensamientos ruidosos en la cabeza y tantos mirones a mi alrededor, me es imposible prestar atención a la historia que no estoy leyendo realmente.

Más tarde, cuando salgo al patio trasero, lo veo. Está sentado en un banco de madera, con un cuaderno de dibujo en el regazo y un lápiz en la mano. Su concentración es absoluta, como si el mundo entero hubiera dejado de existir para él. Es un momento tan íntimo que me siento como una intrusa, aunque él no sepa que estoy allí. Me mantengo a una distancia prudente de él y le observo mientras trabaja. Sus dedos se mueven con una destreza que me fascina, trazando líneas que poco a poco empiezan a formar algo que no alcanzo a distinguir. Su cabello, despeinado por el viento, le da un aire despreocupado que contrasta con la intensidad con la que se concentra en su tarea.

En ese momento, la confusión y la certeza chocan dentro de mí. Porque lo que siento al mirarle no tiene nada que ver con la farsa que hemos construido. Es real. Lo sé, porque no soy capaz de ignorar la manera en que mi corazón late más rápido o cómo mi respiración se vuelve más superficial mientras le miro. Y sé que, si me acerco hasta donde está, no será solo para hablar.

¿Qué hago si esto no es solo una farsa?

La pregunta, aunque no tiene respuesta, se queda conmigo mientras continúo observándole, incapaz de dar un paso más, pero tampoco de darme la vuelta y alejarme. Porque, por mucho que intente convencerme de lo contrario, algo ha cambiado entre Ray y yo. Y lo peor de todo es que no tengo muy claro que ese algo que ha cambiado entre nosotros, desee detenerlo.

Capítulo 14

Ray

El ambiente en el castillo parece haber cambiado desde anoche, o tal vez sea yo quien lo note diferente. Me muevo por los pasillos intentando mantener la calma, pero noto un peso en el pecho que no me abandona. Amber lleva evitándome desde esta mañana y, aunque podría pensar que lo hace, porque simplemente necesita espacio, no puedo ignorar lo evidente: se está alejando.

Bajo al comedor en busca de algo que hacer, pero lo único que encuentro es este silencio, que cada vez me resulta más insoportable, y que parece acompañarme a todas partes. La cocinera está limpiando una bandeja en la cocina y, al verme, me dedica una sonrisa que apenas logro devolverle. Todo en esta casa parece estar calculado y controlado, excepto lo que siento ahora mismo.

Esa conexión que había creído que tenía con Amber se está desdibujando con cada minuto que pasa sin que me mire a los ojos. Recuerdo cómo me miró anoche, lo hizo de una forma que no supe interpretar del todo, pero que me dejó sin aliento. No sé en qué momento pensé que todo esto de hacerme pasar por su novio sería sencillo. Ni tampoco sé cuándo dejé de verlo como una farsa.

Salgo al balcón trasero buscando aire fresco. El paisaje escocés se extiende ante mí, hermoso y salvaje, como si intentara recordarme lo pequeño que soy en comparación con él. Me apoyo en la barandilla de hierro forjado y noto el frío del metal bajo mis manos. El viento acaricia mi cara y parece que se lleva con él parte de toda la frustración que he acumulado durante estos días, aunque no toda.

Justo en este momento, desde donde estoy, la veo cruzar el patio. Lleva un vestido sencillo, más práctico que elegante, y un chal que le cubre los hombros. Parece estar hablando con alguien, tal vez con su hermana Charlotte, pero no puedo verlo demasiado bien desde este balcón. Lo que sí soy capaz de ver es cómo se gira para evitar mi mirada incluso desde esta distancia y entra en el castillo.

He sido muchas cosas en mi vida, pero cobarde no es una de ellas. Así que si algo tengo claro es que no puedo seguir permitiendo que esto quede en el aire, porque esta incertidumbre me está volviendo loco. Respiro hondo y decido que es hora de dar la cara a lo que sea que esté ocurriendo entre nosotros. Sin esperar demasiado, entro de nuevo en el castillo y voy a buscarla. Poco después, la encuentro en la biblioteca, sentada junto a una de las ventanas altas, con un libro abierto en su regazo.

—Amber —le susurro.

Al escucharme, levanta la mirada y tarda un segundo en responder, como si no esperara que fuera yo quien la buscara.

—¿Ray? ¿Qué haces aquí?

Cierro la puerta tras de mí y avanzo hacia ella, intentando mostrarme relajado para no delatar la ansiedad que me invade en este momento.

—Tenemos que hablar.

Ella frunce el ceño y cierra el libro, dejándolo a su lado.

—No me gustan nada las conversaciones que empiezan así...—me dice con gesto divertido.

—No estoy de broma, ¿eh? —le digo poniéndome serio y mirándola a los ojos.

—De acuerdo, disculpa. Me pongo seria, entonces —me dice borrando la sonrisa de sus labios— ¿De qué tenemos que hablar?

—De lo que está pasando —le suelto sin pensármelo dos veces.

Su silencio es casi más elocuente que cualquier respuesta que pudiera darme en este momento. Se levanta de su asiento y cruza los brazos frente al pecho y, por un instante, pienso que va a marcharse. Pero no lo hace.

—No está pasando nada. Solo fue una tontería... —me dice alzando una ceja.

—¿De verdad lo crees?

Mi pregunta la detiene. La veo ponerse tensa, pero no responde de inmediato. Aprovecho el momento para dar un paso más hacia ella, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Sé que lo que ocurrió anoche te asustó, pero no puedes decirme que no significó nada.

—No es eso —me responde con la voz más baja de lo habitual—. Es que... no debería haber pasado.

—¿Por qué no?

—Porque esto es un acuerdo. Una mentira que nos hemos contado a nosotros mismos y a todos los demás. No tiene sentido complicarlo más —me dice de manera algo atropellada y encogiéndose de hombros al acabar.

Su respuesta es como un puñetazo directo en el estómago que no esperaba, aunque no estoy dispuesto a permitir que esto termine aquí.

—Tal vez sea una mentira para todos los demás, pero no lo es para mí —le respondo sin un atisbo de duda.

Su mirada se encuentra con la mía y, por primera vez desde esta mañana, veo algo parecido al miedo en sus ojos. Pero no es miedo de mí, sino a lo que esto podría significar.

—Ray... —me interrumpe.

—No. Déjame terminar.

Me acerco otro paso hacia ella y levanto una mano, señalando hacia el balcón que da al exterior.

—Ven conmigo.

Ella duda, pero finalmente asiente y me sigue. Cruzamos los pasillos en silencio hasta que llegamos al lugar indicado. Allí el aire es fresco y está cargado con el aroma de la vegetación húmeda y el sonido distante del río completa el ambiente. Me apoyo en la fría barandilla de hierro y la miro mientras ella se cruza de brazos otra vez, como si intentara protegerse de lo que está por venir.

—Sé que esto no es fácil para ti —me paro para coger aire profundamente antes de continuar—. Pero tampoco lo es para mí. Además, estoy harto de fingir que todo esto no significa nada.

Ella gira la cabeza, evitando mi mirada, pero no se aleja de mi lado.

—No sé qué decirte —musita.

—No tienes que decirme nada. Solo quiero que me escuches.

Su silencio me da la oportunidad de continuar.

—No sé en qué momento todo esto ha dejado de ser un juego para mí, pero lo ha hecho. Y ahora no puedo fingir que no siento algo por ti, porque lo hago.

Mis palabras quedan suspendidas en el aire y, por un momento, temo que no las entienda, o peor, que no las quiera escuchar. Pero cuando finalmente levanta la mirada hacia mí, veo algo diferente en su expresión.

—Ray... esto es complicado.

—Lo sé.

—No estoy preparada para esto.

—Tal vez nunca lo estés —respondo con sinceridad—. Pero no pienso esconder lo que siento solo porque te da miedo.

El viento sopla con fuerza y, por un instante, parece que el tiempo se detiene. Amber me mira y, aunque no dice nada, sé que ha entendido cada palabra de lo que le acabo de decir. Mientras, sus dedos rozan la barandilla junto a los míos, siento que, aunque no tengamos todas las respuestas de lo que sucederá de ahora en adelante, acabamos de dar un paso en la dirección correcta.

—No puedo prometerte nada —susurra al fin y su voz está cargada de una vulnerabilidad que me desarma.

—No te estoy pidiendo promesas. Solo quiero que dejes de correr y de huir.

Ella asiente levemente y, aunque no sabemos lo que pasará de ahora en adelante, tengo muy claro que hemos cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás.

Amber se gira para marcharse, pero la agarro de la mano para detenerla y la miro fijamente a los ojos y le digo, con toda la sinceridad que puedo reunir:

—No puedo fingir que no siento algo por ti.

Capítulo 15

Amber

El aire frío de la mañana me acaricia la cara, mientras espero a Ray en el patio delantero del castillo. La niebla se eleva perezosa desde los campos que rodean el castillo, dibujando un paisaje tan etéreo, que por un momento me distrae del remolino de pensamientos que gira sin cesar dentro de mi cabeza. A pesar de que llevo un abrigo grueso, me froto las manos en un intento de entrar en calor, aunque creo que es más por la ansiedad que por el frío.

Acepté este paseo porque, después de nuestra charla, he sentido que necesitaba algo que rompiera el hielo entre nosotros. O, al menos, que nos diera un respiro. Algo que me recordara que todavía puedo tomar decisiones sin sentir que pierdo el control de todo.

El crujido de las piedras bajo unas botas me saca de mis pensamientos. Al girarme, lo veo acercarse. Lleva un abrigo oscuro y una bufanda que resalta el tono de su piel. Su expresión es tranquila, pero hay algo en la forma en que sus ojos se encuentran con los míos que hace que mi pulso se acelere.

—Pensaba que no vendrías... —le digo intentando sonar más relajada de lo que realmente estoy.

—No soy tan tonto como para rechazar una invitación tuya —responde con esa sonrisa ladeada que parece tener el poder de desarmarme de nuevo.

Le devuelvo una sonrisa tímida y hago un gesto hacia el sendero que se adentra en los terrenos del castillo para que me siga.

—¿Vamos?

Él asiente, y comenzamos a caminar en silencio. Los primeros pasos que damos parece que estén cargados de esa incomodidad inevitable que sigue a las conversaciones inconclusas. Pero a medida que avanzamos, el sonido de las ramas crujiendo bajo nuestros pies y el canto de los pájaros se convierten en una melodía que aligera esta tensión que parece que hay entre él y yo.

—Este lugar es increíble —dice de repente—. Aunque supongo que para ti es solo... tu casa.

Me río suavemente, negando con la cabeza al escucharle.

—No siempre. De niña este lugar me parecía mágico, pero con el tiempo fue perdiendo poco a poco su encanto. Supongo que cuando te sientes atrapada en un lugar, deja de ser especial.

—¿Te sentiste atrapada? —me pregunta girándose para mirarme con el entrecejo arrugado.

—Es complicado. —Me encojo de hombros, intentando restarle importancia—. Mi madre siempre tuvo expectativas muy altas para mí. Nunca me quedaron demasiadas oportunidades para ser yo misma.

Ray guarda silencio por un momento y cuando habla, lo hace con un tono más suave de lo

habitual.

—Te entiendo.

Le miro de reojo, sorprendida por la sinceridad en su tono.

—¿En serio?

—Claro. Yo crecí en un barrio, donde todos parecían tener un destino marcado: o trabajabas en la fábrica o terminabas en problemas. No había muchas más opciones. Supongo que, por eso, a mí dibujar y después llevarlo al tatuaje, me salvó. Aunque también me hizo sentir como si estuviera nadando a contracorriente todo el tiempo.

No esperaba esa confesión. La imagen que tengo de Ray, tan seguro de sí mismo, se tambalea ligeramente mientras escucho lo que me cuenta.

—¿Dibujar?

—Sí, siempre ha sido mi refugio. Desde niño, me permitió crear mi propio mundo cuando el que tenía a mi alrededor no me convencía.

—Eso suena... increíble.

—Lo es. Pero también es solitario a veces.

Asiento, porque le entiendo mejor de lo que querría. Seguimos caminando, y el sendero por el que paseamos nos lleva hasta un pequeño puente que cruza un arroyo. El agua fluye con un murmullo constante y, por un momento, nos detenemos a observarla.

—¿Y tú? —me pregunta de repente, inclinándose ligeramente sobre la barandilla del puente—. ¿Qué era lo que te hacía escapar cuando eras niña?

Pienso en su pregunta y en la honestidad que hay detrás de ella y, por un instante, me siento vulnerable.

—Leer. Me sumergía en los libros como si fueran portales que me transportaban a otros mundos. Perdiéndome entre sus páginas, podía ser cualquier cosa, estar en cualquier lugar... Me sentía libre, aunque fuera solo por un rato.

Ray me observa con atención. Su mirada tiene una intensidad que me hace apartar los ojos, incómoda con la idea de que pueda ver más de lo que quiero mostrarle.

—Tiene sentido —dice finalmente, y su tono es tan cálido que me relaja—. Eres como un libro, Amber. Con muchas capas y secretos esperando ser descubiertos.

Me río, intentando quitarles peso a sus palabras.

—Eso suena demasiado poético para alguien como yo.

—Quizá... aunque solo estoy diciendo lo que pienso.

Tras mi respuesta, ambos nos quedamos en silencio, aunque ese rato sin palabras, no me resulta incómodo. Al contrario, ese silencio es como un hilo invisible que nos conecta mientras seguimos caminando. Poco a poco, las barreras entre nosotros parecen desvanecerse, aunque todavía siento esa reticencia dentro de mí a bajar la guardia del todo.

Llegamos a un claro rodeado de árboles altos. El sol, pálido pero constante, ilumina el lugar con una luz que parece darle un toque de cuento de hadas. Ray se detiene y me mira con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome de repente expuesta ante su mirada.

—Nada. Solo me gusta verte así, relajada —me responde y me sonrío.

—No estoy relajada.

—Claro que sí. Aunque no quieras admitirlo.

Ante su insistencia, una sonrisa se dibuja en mis labios. No sé qué es, pero hay algo en Ray que tiene el poder de desarmar mis defensas, aunque yo intente con todas mis fuerzas evitarlo, y eso me desconcierta.

Durante el camino de vuelta al castillo charlamos de cosas sin importancia: anécdotas de su infancia, mis recuerdos en el castillo, incluso de películas que nos gustan y durante ese rato, me olvido de todo lo complicado de esta decisión, de las expectativas y también de mis miedos.

Cuando el castillo aparece a lo lejos, me invade una mezcla de alivio y tristeza. No quiero que este momento termine, pero sé que la realidad nos espera al cruzar esas puertas.

Ray se detiene de repente y al girarme para saber por qué se ha parado, me doy cuenta de que me está mirando. Su expresión es tan relajada, que me resulta inesperada.

—¿Qué pasa? —le pregunto con desconcierto.

Él da un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros.

—Nada. Solo pensaba que podrías ser mi desastre favorito.

Sus palabras me toman por sorpresa, y no sé si reír o enfadarme por su descaro. Pero antes de que pueda responder, él me sonríe. En ese momento, esa sonrisa parece tener la capacidad de desmontar cualquier argumento que tenga en mente.

—Va, vamos...—le respondo para aligerar esa tensión que, de nuevo, se ha instalado entre él y yo.

Echamos a andar de camino al castillo, aunque algo ha cambiado entre nosotros y empiezo a pensar que, tal vez, dejar de resistirme a lo que siento por él no sería tan malo después de todo.

Capítulo 16

Ray

La puerta del estudio se cierra tras nosotros con un leve chasquido, aislándonos del bullicio de Leith, que sigue latiendo en la calle. Amber deja su bolso sobre uno de los sillones y pasea la mirada por el lugar como si lo viera por primera vez. Sus ojos se detienen en la pared, donde cuelgan los bocetos enmarcados, mis dibujos favoritos, y me doy cuenta de que su presencia aquí hace que este lugar, que es mi espacio durante la mayoría de las horas del día, parezca diferente, casi mágico.

—¿Té o café? —le pregunto para sacarla de su ensimismamiento mientras contempla concentrada cada una de las imágenes que tiene frente a ella. Amber sonríe de medio lado, ese gesto suyo que parece decir «No tienes que esforzarte tanto».

—Un té estaría bien —responde mientras se quita el abrigo y lo deja cuidadosamente sobre el mismo sofá donde ha dejado su bolso.

Voy hacia la pequeña cocina que tenemos al fondo del local. Cojo la tetera, la lleno de agua y la pongo al fuego, mientras busco en la alacena la cajita de té que compré hace semanas y que nunca he llegado a abrir. Mientras el agua hierve, intento organizar mis pensamientos. Hoy no es un día cualquiera. Llevo semanas, desde que hicimos nuestro pacto, planeando este momento. Y ahora que Amber está aquí, todo parece desmoronarse dentro de mi cabeza.

Cuando regreso con las dos tazas humeantes, una en cada mano, veo que está observando un boceto que tengo sobre la mesa. Es un diseño que está en proceso, es un dragón que se enrosca en torno a una rosa. Sus dedos rozan el papel con delicadeza, como si pudiera sentir la fuerza del dibujo a través de sus yemas.

—Este es nuevo, ¿verdad? —pregunta sin apartar la mirada del papel que tiene delante.

Asiento mientras dejo las tazas sobre la mesa.

—Sí. Estoy experimentando con algunos detalles en las escamas. Aún no estoy seguro de si llegará a funcionar de la misma manera que lo hacen dentro de mi cabeza... —me río mientras le cuento.

Ella me mira y veo cómo sus ojos brillan con una mezcla de admiración y curiosidad.

—Pues yo creo que funciona —me dice asintiendo con convicción—. Tienes una manera de captar la fuerza y la fragilidad al mismo tiempo que me resulta increíble. Es como si tus dibujos tuvieran vida propia.

Su comentario me golpea de lleno. Amber no suele regalar cumplidos, así como así, y cuando lo hace, sabes que lo dice en serio. Me aclaro la garganta, intentando disipar el nudo que se acaba de formar en mi pecho.

—Gracias. Significa mucho para mí que digas eso.

Después de mi frase, ambos nos quedamos en silencio y mirándonos a los ojos. Me mira con

una profundidad, que no puedo sostener, por lo que decido que ha llegado el momento. Me acerco a una de las estanterías y saco el cuaderno que he estado escondiendo como un tesoro. Las tapas están un poco gastadas, pero el interior está lleno de lo que realmente es importante.

—Quiero enseñarte algo —le digo acercándome de nuevo hasta ella. Al escucharme, levanta la mirada, intrigada, y la posa en lo que tengo entre las manos.

Coloco el cuaderno sobre la mesa y lo abro por la página que he repasado mil veces en mi mente. El boceto de ella aparece frente a nosotros, un retrato a lápiz que captura una expresión, que no sé si alguna vez la he visto mostrar en la realidad o si simplemente la he imaginado. En el dibujo, Amber parece vulnerable y poderosa al mismo tiempo, como si todo lo que le hace ser ella estuviera concentrado en esos trazos.

Se queda quieta, demasiado quieta, y por un instante pienso que he cometido un error al mostrárselo. Luego, lentamente, alarga la mano y roza el papel con los dedos, igual que hizo con el boceto anterior.

—¿Esta... soy yo? —pregunta en un susurro.

Asiento, incapaz de hablar. Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que ella puede oírlo.

—Es precioso... ¿Cuándo lo has hecho?

—Durante los días que estuvimos en el castillo de tu familia —respondo finalmente—. Necesitaba hacer algo con todo lo que estaba sintiendo, y... bueno, esto salió de mi cabeza.

Ella se gira hacia mí, y en sus ojos veo algo que nunca había visto antes: una mezcla de gratitud, sorpresa y algo más que no soy capaz de poner en palabras.

—No sabía que... —comienza, pero su voz se quiebra y deja la frase a medias.

—Que te veía así —termino por ella su frase. Amber asiente, tragando saliva. Me armo de valor y continúo—. Es mi manera de expresar cosas que no sé cómo decir en palabras.

Ella cierra los ojos por un instante, como si estuviera procesando lo que acaba de escuchar. Luego vuelve a mirarme y esta vez su expresión es pura vulnerabilidad.

—Ray... —susurra y no estoy seguro de si es una pregunta, una declaración o una petición.

El silencio vuelve a envolvernos, pero esta vez siento que el aire que hay entre nosotros es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Amber baja la mirada hacia el dibujo y, sin levantarla, murmura:

—No sé si puedo manejar lo que siento por ti.

Sus palabras me dejan paralizado. Durante un segundo, todo lo que soy y todo lo que quiero parecen converger en este momento. Pero antes de que pueda decir algo, levanta la mirada y, con una sonrisa tímida, cierra el cuaderno y se pone de pie.

—Deberíamos ordenar el estudio. No puedo dejar que trabajes en medio de este caos —dice, cambiando el tema de manera tan abrupta que me cuesta seguirle el ritmo.

La observo mientras comienza a recoger las hojas sueltas de la mesa. Por un momento, pienso en detenerla y en pedirle que hablemos, que no dejemos esto en el aire. Pero algo en su expresión me dice que necesita tiempo para todo eso, y tal vez... yo también lo necesito.

Mientras trabajamos codo con codo, no puedo evitar robarle miradas. Hay algo en la manera en que se mueve, en la facilidad con la que se ha integrado en mi espacio, que hace que todo esto me parezca diferente, porque Amber ha cambiado algo dentro de mí, y siento que ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 17

Amber

El sonido de los tacones resonando contra el suelo de madera del recibidor me pone los nervios de punta. La elegancia de su caminar y la seguridad con la que cierra la puerta tras de sí bastan para que pueda reconocerla sin haberla visto. Mi madre. Victoria Collins en todo su esplendor, irrumpiendo en mi vida como si le perteneciera, como si no hubiera cruzado el país para plantarse aquí, en mi casa y sin avisar.

—Amber, querida —dice con esa voz suya tan medida, mezcla de dulzura y autoridad—. Esta ciudad te está haciendo perder el rumbo.

Respiro hondo y me giro hacia ella con la mayor calma que puedo fingir. Está impecable, como siempre. El abrigo camel sin una sola arruga, su melena rubia recogida en un moño que parece desafiar la gravedad, y esa mirada suya, capaz de hacerte sentir como una niña de cinco años que acaba de romper un jarrón caro.

—Mamá —respondo, manteniendo un tono de voz neutral—. Esto es una sorpresa.

—Eso parece. ¿Es así como vives aquí? ¿En este... lugar?

Deja la frase en el aire, pero su expresión lo dice todo. Su mirada recorre el apartamento como si fuera una exposición de arte que no logra entender. El mobiliario industrial, las paredes de ladrillo visto y los libros apilados en los rincones no encajan con sus estándares de perfección.

—Me gusta este lugar —le digo mientras me cruzo de brazos. No le daré el gusto de justificarme.

—Amber, cielo. Sabes que podrías tener algo mejor. Algo adecuado a... bueno, a lo que eres. ¿Y ese hombre?

Ese hombre. Lo dice como si Ray fuera una anomalía, un error que necesita ser corregido. Mi corazón late con fuerza, pero mantengo la compostura.

—Ese hombre tiene nombre, mamá. Se llama Ray y es mi pareja.

—¿Tu pareja? —alza una ceja perfectamente perfilada—. Querida, he escuchado los rumores. He visto las fotos. Estás... viviendo con él, compartiendo tu vida con alguien que no está a tu altura. ¡Un tatuador, Amber!

—Un tatuador que tiene más talento en sus manos que muchos de los hombres que tú consideras *adecuados* —respondo, sin poder evitar que mi voz suba un poco de tono.

Mi madre me mira con incredulidad, como si acabara de decirle que me he unido a un circo ambulante y voy a vivir viajando en una caravana de ciudad en ciudad.

—Esto no es lo que planeé para ti. Tenías un futuro brillante, contactos, oportunidades...

—¿Un futuro brillante? ¿El que tú querías para mí? ¿O el que yo quería? —Las preguntas quedan flotando en el aire, cargada de reproches que nunca me había atrevido a decirle.

Por primera vez, veo un destello de duda en su mirada, pero dura poco. Se endereza y

adopta su habitual postura de reina del hielo.

—Amber, entiendo que quieras experimentar, que necesites... rebelarte. Pero ese chico no es para ti. Es evidente. Solo quiero lo mejor para ti, y él no puede dártelo.

—No puedes decidir eso. Ni sobre él ni sobre mí. —Mi voz es firme, más de lo que esperaba.

Mi madre no me responde enseguida y el silencio se vuelve bastante incómodo, al menos, para mí. Se sienta en el sofá, con la gracia estudiada de alguien que sabe que siempre será el centro de atención, pero con cierto gesto de desagrado. Estoy convencida de que piensa que el sofá debe estar lleno de chinches o de fluidos corporales... Conociéndola, seguro que debe estar pensando cualquier barbaridad.

—Hablemos con calma, cielo. No quiero que malinterpretes mis intenciones —me dice enderezando la espalda y poniéndose su carísimo bolso sobre las rodillas.

—Tus intenciones son claras, mamá. Quieres que vuelva a casa y que encaje en el molde que has creado para mí. Pero yo no soy esa persona a quien crees que puedes manipular y moldear a tu gusto, ni quiero serlo.

Mi madre me observa con frustración y tal vez también con algo de miedo, aunque ella nunca admitiría algo tan humano.

—Esto no tiene que ser una confrontación, Amber. Podemos encontrar una solución, que sea óptima para ambas.

Antes de que pueda responder, la puerta del apartamento se abre y Ray aparece, con su chaqueta de cuero y esa actitud despreocupada que parece encender todos los circuitos de alarma de mi madre. Sus ojos verdes pasan de mí a ella, y su expresión cambia a una de cautela.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, aunque su tono indica que ya conoce la respuesta.

Mi madre se levanta, ajustándose el abrigo como si necesitara protegerse de algo.

—Hola —le responde con una sonrisa tensa.

—Señora Victoria, me alegra verla de nuevo. —Ray extiende la mano, pero mi madre solo lo mira, como si pensara que si lo toca podría contaminarla de alguna manera.

—Mamá, ¡por favor! —exclamo, sintiendo cómo la indignación me trepa por el cuello.

Ray baja la mano, sin parecer afectado. Pero yo lo conozco lo suficiente como para notar la tensión en su mandíbula y la forma en la que su postura se vuelve rígida.

—No quiero incomodar a nadie —dice Ray, dirigiéndose a mí. Pero sus ojos se detienen en los míos, buscando alguna señal de que estoy bien.

—No incomodas a nadie—respondo, y me giro hacia mi madre—. ¿Verdad, mamá?

Ella suspira, como si estuviera lidiando con dos niños obstinados.

—Cielo, hablaremos más tarde. Esta no es la situación adecuada.

—No, mamá. Hablemos ahora. Porque quiero hacer algo por mí misma, no por ti —le contesto con todo el valor que he podido reunir en este momento.

Tras escucharme, mi madre me mira como si no me reconociera, y tal vez sea verdad. Se queda quieta, como si estuviera procesando lo que acaba de escuchar. Sus ojos azules, idénticos a los míos, se entrecierran levemente, pero no sé si es por decepción o porque está calculando su próximo movimiento. Con Victoria Collins nunca se sabe.

—Amber, querida —comienza con esa dulzura cargada de veneno que conozco tan bien en su voz—, no quiero que hagas algo de lo que después te acabes arrepintiendo. Las decisiones tomadas de manera impulsiva suelen ser las más costosas.

—¿De forma impulsiva? —repito, incrédula—. Mamá, llevo meses aquí, trabajando y construyendo algo que me hace feliz. ¿Te parece que me comporte de manera impulsiva?

—Lo que me parece es que estás confundida —responde dando un paso hacia mí—. Este lugar, estas personas, no son como tú. Tú eres mi hija, Amber Collins, y perteneces a un entorno muy diferente a este —finaliza su frase mirando a su alrededor con una mueca de asco, que no es capaz de disimular.

Ese entorno del que mi madre habla implica cenas con gente que no soporto, fiestas donde todo es apariencias y conversaciones vacías. Un mundo donde mi madre brilla como una estrella y yo siempre he sido su sombra.

—No soy solo tu hija, mamá. También soy una persona que está aprendiendo a decidir por sí misma. Y Ray es parte de mis decisiones.

Mis palabras parecen sacarla de quicio y, en ese momento, siento cómo su máscara de calma se resquebraja y, por un instante, veo una emoción real en su rostro. Pero no es suficiente para detenerla.

—¿Parte de qué, Amber? ¿De esta fantasía bohemia? ¿De renunciar a todo lo que podrías tener por... esto? —Levanta una mano para señalar el apartamento con un desdén evidente.

Antes de que pueda responder, Ray da un paso adelante y empieza a hablar. La fuerza tranquila en su voz llena la sala.

—Con todo el respeto, señora Collins, Amber no está renunciando a nada. Está eligiendo lo que quiere. Hay una gran diferencia.

Su tono es calmado, pero firme. No está alzando la voz, pero sus palabras resuenan como si lo hiciera. Por primera vez, parece que mi madre está escuchando algo que no esperaba. Desde luego, Ray no es el tipo de persona a la que ella puede intimidar fácilmente.

—¿Elegir lo que quiere? —repite ella, con una risa amarga—. ¿Y qué es exactamente lo que ella quiere, Ray? ¿Un apartamento pequeño y una vida mediocre? ¿Es eso lo que puedes ofrecerle?

—Lo que Amber quiere no depende de mí ni de nadie más —responde él, sin vacilar—. Pero lo que puedo ofrecerle es alguien que cree en ella y la respeta. ¿Puede decir usted lo mismo?

La tensión en la habitación es palpable. Mi madre lo mira como si estuviera a punto de responder con algo cortante, pero se contiene. En cambio, me dirige su atención nuevamente.

—Amber, cielo. Esto no es amor. Es una fase. Una que te costará muy cara si sigues adelante.

—¿Amor? —pregunto con ironía—. Tú no sabes nada sobre lo que siento. Pero si algo tengo claro es que estoy cansada de que trates de controlar mi vida. No voy a volver a casa, ni tampoco voy a ser la persona que tú quieres que sea. Simplemente voy a ser yo, aunque te cueste aceptarlo.

Ray se mantiene a mi lado, sin decir nada más, pero su presencia lo dice todo. Está aquí, apoyándose y permitiéndome luchar mis propias batallas. Y eso es más de lo que mi madre ha hecho por mí nunca.

Victoria Collins suspira profundamente, como si estuviera cargando sobre su espalda todo el peso del mundo. Mira el carísimo reloj que luce en su muñeca y luego me dirige una última mirada, fría y distante.

—Muy bien, Amber. Si eso es lo que quieres... Pero recuerda esto: cuando todo esto fracase, no esperes que esté ahí para recoger tus pedazos.

Se gira hacia la puerta y la abre con un movimiento rápido. Antes de salir, se detiene y añade:

—Espero que pienses en lo que te he dicho. Tal vez aún puedas evitar arruinar tu vida.

Y con eso, se marcha. La puerta se cierra detrás de ella, dejándonos en silencio. Al comprobar que, al fin, se ha marchado, respiro hondo, intentando procesar lo que acaba de suceder. Mi pecho sube y baja con rapidez, como si hubiera corrido un maratón. Ray está a mi lado, observándome con una mezcla de preocupación y admiración.

—Lo siento —le susurro—. No deberías haber tenido que escuchar eso.

—No te disculpes —responde él, acercándose hasta mí—. Ha sido... interesante, por decir algo.

No puedo evitar reírme, aunque sea un poco. Ray tiene esa habilidad de desarmar cualquier situación tensa con una frase sencilla. Levanto la mirada hacia él y veo algo en sus ojos que me da fuerza.

Capítulo 18

Ray

Amber se queda inmóvil unos segundos, mirando hacia la puerta por donde su madre ha desaparecido y yo la observo de reojo, tratando de descifrar sus pensamientos. Es como si todo el aire de la habitación se hubiera cargado de tensión.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

Ella se gira hacia mí y, por un momento, veo en sus ojos una mezcla de agotamiento y rabia. Se pasa una mano por el pelo, echándose hacia atrás los mechones de su larga melena rubia, que se le han caído hacia delante. Me dan ganas de decirle que se ve bien así, pero no es el momento.

—No lo sé. —Su voz suena temblorosa, pero se aclara la garganta rápidamente, como si no quisiera que me diera cuenta.

Camina hacia el sofá y se deja caer, hundiendo la cara entre sus manos. Me acerco, dudando y, finalmente, me siento a su lado, lo bastante cerca para que sepa que estoy ahí, pero sin invadir su espacio.

—No tienes que decir nada si no quieres —añado, consciente de que no soy el mejor dando discursos reconfortantes.

Ella deja escapar una risa corta y seca, aunque no tiene nada de humor.

—Eso sería fácil, ¿no? Hacer como que nada ha pasado y seguir adelante. Pero estoy cansada, Ray. Cansada de sentir que nunca soy suficiente para ella y de que siempre haya algo de mí que le decepciona.

—Amber... —empiezo, pero no sé muy bien cómo seguir.

Sus ojos se alzan hasta los míos, y hay algo tan crudo en ellos que me deja sin palabras.

—¿Sabes lo peor de todo esto? Que una parte de mí todavía quiere complacerla, demostrarle que puedo ser lo que ella espera. Aunque la otra parte... —Se interrumpe, mordiéndose el labio—. La otra parte quiere gritarle que se vaya al infierno y que me deje en paz.

—No tienes por qué elegir entre esas dos partes —respondo, sorprendiéndome a mí mismo con lo firme que suena mi voz—. Puedes ser quien quieras. Y si eso no le gusta, es su problema, no el tuyo.

Ella me mira con una intensidad que me deja clavado en el sitio. Luego, como si algo en mis palabras hubiera hecho clic en su cabeza, asiente lentamente.

—Gracias —dice al fin y, aunque es solo una palabra, hay algo en su tono que me hace sentir que he dicho lo correcto.

Nos quedamos en silencio, aunque creo que ninguno de los dos se atreve a decir en voz alta lo que está sintiendo en este momento. Finalmente, soy yo quien lo rompe.

—¿Sabes? Creo que hay algo que debería contarte.

Amber frunce el ceño, claramente sorprendida.

—¿Contarme? ¿De qué se trata?

Me levanto del sofá y empiezo a caminar por la estancia, intentando organizar mis pensamientos. No es fácil hablar de esto, pero después de lo que acaba de pasar, siento que no puedo seguir guardándomelo.

—Es sobre mi pasado —empiezo, metiéndome las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. No suelo hablar de ello, pero creo que debería contártelo.

Ella me observa con atención y eso me invita a continuar.

—Hace unos años... estuve en una relación. Pensé que era seria, que ella era la persona con la que podía llegar a construir algo de verdad. Pero resultó que no—. Me detengo un momento, buscando las palabras adecuadas para describir lo que vino después—. Ella me engañó. Y no con cualquiera, sino con mi mejor amigo.

Amber se lleva una mano a la boca, sorprendida.

—Ray, lo siento mucho.

—No, no pasa nada —le digo rápidamente, sacudiendo la cabeza—. Fue hace tiempo y ya lo he superado. Pero lo que quiero que entiendas es que... eso me cambió. Me hizo cuestionarme muchas cosas, incluso mi confianza en los demás.

Me detengo frente a la ventana, mirando hacia la calle como si el paisaje pudiera darme la fuerza que necesito para seguir hablando.

—Fue el arte lo que me salvó. Otra vez. Como lo hizo cuando era un crío y mi mundo se derrumbaba. Dibujar, pintar, tatuar... es mi forma de encontrar sentido a mi vida, cuando todo lo demás parece estar perdido.

Cuando me giro para mirarla, sus ojos brillan de emoción, y soy consciente de que he dicho más de lo que pensaba. Pero no me arrepiento. Hay algo en ella que me hace querer ser honesto, incluso con las cosas que preferiría enterrar.

—Ray... eso es... —Se interrumpe, buscando las palabras—. No sabía que habías pasado por algo así.

—No tenías por qué saberlo —respondo con una media sonrisa—. Pero quería que lo supieras ahora.

Amber se levanta del sofá y se acerca a mí. Su proximidad me pone nervioso, pero en el buen sentido. Es como si su mera presencia llenara el vacío que suelo sentir cuando pienso en mi pasado.

—Gracias por contármelo —me dice y su voz es tan suave que apenas es un susurro—. Y siento mucho que hayas tenido que pasar por eso.

—Lo importante es que estoy aquí ahora —respondo, tratando de restarle importancia. Pero ella sacude la cabeza, negándose a dejarlo pasar.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees, Ray. Y mucho más valiente.

Su mano se posa brevemente sobre mi brazo, y ese simple gesto hace que mi pecho se sienta más ligero. No estoy seguro de qué significa todo esto, pero sé que no quiero que termine.

—Ven —le digo, señalando hacia mi mochila, que está apoyada contra la pared—. Quiero enseñarte algo.

Amber me sigue, curiosa, mientras saco un par de fotografías cuidadosamente protegidas en una funda de plástico y se las doy, observando su reacción.

—Es un mural —explico, mientras ella examina las imágenes—. Lo estoy pintando en el taller de un amigo, cuando tengo tiempo.

—¿Es...? —Empieza a decir, pero se interrumpe, mirando las formas y colores con detenimiento.

—Eres tú —termino por ella, con una sonrisa torcida—. Bueno, no exactamente tú, pero estás ahí. En los colores, en las líneas... Tú haces que esto tenga sentido.

Amber alza la mirada y veo que sus ojos están llenos de algo que me golpea como un puño en el estómago. Es algo entre la gratitud, el asombro y... ¿la ternura? Nunca me habían mirado así.

—Ray... —Su voz es un susurro, como si las palabras fueran demasiado frágiles para decirlas en voz alta—. Es precioso. Yo... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. —Sonrío, aunque mis manos están tensas dentro de los bolsillos. Mostrarle esto es como abrir una puerta que siempre mantengo cerrada, pero no me arrepiento. Si alguien debía verlo, era ella.

Amber vuelve a observar las fotografías, y su dedo traza las líneas del mural como si pudiera sentir la textura del pincel sobre la pared a través de la imagen. Cada detalle que he puesto ahí tiene un significado, aunque no se lo he explicado y tampoco tengo claro si necesito hacerlo.

—¿Cómo...? —empieza a hablar y luego se detiene, dándole vueltas a la pregunta en su cabeza—. ¿Cómo supiste que era yo?

—Porque te observo... —La respuesta sale de mi garganta antes de que pueda contenerla, pero no la retiro—. Te veo más allá de lo que tú misma te permites ver. Y eso me inspira.

Sus mejillas se tiñen de un rosa suave y veo cómo aprieta los labios, tratando de controlar la emoción que amenaza con desbordarse desde sus ojos. Es una de las cosas que admiro de ella: esa lucha constante por mantener el control, incluso cuando está a punto de perderlo.

—No sabía que significaba tanto para ti —murmura.

Mis ojos buscan los suyos y cuando finalmente se encuentran, es como si el tiempo se detuviera. No hay ruido, ni distracciones. Solo estamos ella y yo, y este momento que parece demasiado frágil para durar.

De repente, Amber aparta la mirada y suelta una risa nerviosa.

—Esto es demasiado intenso para una tarde cualquiera, ¿no crees? —bromea, pero noto como su voz tiembla ligeramente.

—Quizá. Pero no veo por qué debería ser un problema.

Ella se cruza de brazos, como si necesitara un escudo y vuelve a mirarme, pero esta vez añade a su gesto una sonrisa tímida que no sé cómo interpretar.

—Gracias por enseñármelo, Ray. Es... mucho más de lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas? —pregunto sin contener mi curiosidad.

Amber duda, como si no estuviera segura de si debería responder.

—No lo sé. Supongo que... algo menos personal.

—Bueno, lamento decepcionarte, pero no sé hacer las cosas de otra manera. —Mi tono es más ligero esta vez, intentando aliviar la tensión que aún flota en el aire entre nosotros.

Ella ríe, y el sonido es como una ráfaga de aire fresco después de una tormenta.

—Decepcionarme no es algo que hagas a menudo, Sutherland —me dice y sus palabras me calientan el pecho.

—Eso es bueno saberlo. —La miro y me río.

El momento se alarga, pero no se rompe. No quiero que se rompa. Hay algo en este silencio, en esta conexión entre nosotros, que hace que todo lo demás parezca irrelevante.

—Ray... —Empieza a decir, y luego se detiene, como si las palabras fueran demasiado difíciles de formar en su garganta.

—¿Sí?

—Nada. Olvídalo. —Sacude la cabeza, pero sus ojos me dicen que no es ese *nada*, que pretende hacerme creer.

Me acerco un paso más hacia ella, acortando la distancia entre nosotros. No quiero presionarla, pero tampoco quiero que retroceda.

—No tienes que decirlo si no estás lista. Pero cuando lo estés, aquí estaré.

Ella asiente con la mirada fija en el suelo. Luego, sin previo aviso, se pone de puntillas y planta un beso suave en mi mejilla. Es tan rápido que casi no lo siento, pero deja una huella indeleble en mi piel.

—Gracias... Por todo. —Su voz es apenas un susurro antes de girarse y dirigirse hacia su habitación.

La veo desaparecer tras la puerta, y me quedo ahí, con las fotografías del mural aún en la mano y el corazón latiéndome como un tambor en medio del pecho. No sé qué significa esto, ni qué va a pasar después, pero, tengo la sensación de que estoy en el camino correcto.

Me quedo mirando las fotos, la imagen de su cara proyectada en colores vivos y formas que capturan su esencia de una manera que las palabras no podrían. Ella es mi musa, mi caos y mi calma. Todo a la vez.

«Tú haces que esto tenga sentido», murmuro, repitiendo mis propias palabras como si fueran un mantra. Porque es verdad. Ella hace que todo tenga sentido.

Y no pienso dejar que esto termine aquí.

Capítulo 19

Amber

Desde aquí arriba, parece que la ciudad entera respira en un compás lento, casi íntimo. Ray camina a mi lado, en silencio, mientras el sonido de nuestros pasos sobre el sendero de grava que lleva a la cima de Calton Hil nos acompaña. Hay algo en su calma que contrasta con el caos que siento girar dentro de mí a toda velocidad.

—Este lugar siempre me ha parecido mágico —comento por no estar en silencio.

Ray se detiene a pocos metros de un banco y me observa, inclinando ligeramente la cabeza, como si estuviera evaluando mis palabras.

—No sabía que creías en la magia.

—No lo hago. Pero este sitio... —Miro a mi alrededor y tomo aire mientras intento controlar los latidos de mi corazón—. Tiene algo especial, ¿no crees?

Él no me responde de inmediato. En lugar de eso, se sienta en el banco, apoyando los brazos en el respaldo y dejándose caer hacia atrás como si estuviera en el salón de casa. La chaqueta de cuero cruje con el movimiento, y ese pequeño sonido se suma al coro de la noche: el viento, las voces lejanas de algún grupo de turistas y el murmullo de nuestras respiraciones.

—Sí, lo tiene. —Finalmente me responde y su mirada se pierde en las luces que iluminan la ciudad—. Por eso he venido hasta aquí contigo.

Me quedo de pie frente a él, sintiéndome de pronto demasiado expuesta y vulnerable. Es extraño cómo, con Ray, un simple comentario suyo puede descolocarme por completo.

—¿Contigo? ¿Eso significa que traes aquí a todo el mundo? —bromeo, intentando aligerar la tensión que empieza a formarse en mi pecho.

—No. —Su respuesta es tan directa y firme, que me corta la risa antes de que pueda siquiera empezar—. Solo a las personas que realmente me importan.

Al escuchar lo que me acaba de decir, siento que algo en mi interior da un vuelco. Hay una intensidad en sus palabras y en la forma en que me mira, que me hace estremecer. Me siento a su lado, dejándome caer con cuidado en el banco, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper este momento. No sé qué decir, así que dejo que el silencio haga el trabajo por mí.

—¿Sabes? Cuando era niño, solía venir aquí a imaginar que podía ser otra persona. —Su confesión me pilló por sorpresa y le miro de reojo. Está con la mirada perdida en el horizonte, pero su expresión es diferente. Más suave, quizás.

—¿Otra persona? —repito y me giro para mirarle.

—Sí. Alguien que no estuviera tan perdido como yo lo estaba —me cuenta y se encoge de hombros, como si lo que acaba de decirme no fuera importante, aunque yo sé que lo es—. Alguien que tuviera la vida resuelta.

No sé qué decir. Nunca había visto a Ray así, tan dispuesto a mostrar las grietas que guarda

bajo esa imagen de seguridad y desinterés que da al resto del mundo.

—No creo que estés perdido. —le respondo casi un susurro.

—Eso es porque no me conoces del todo.

—Tal vez no. Pero lo que conozco de ti me gusta.

Ray se gira hacia mí y, por un momento, sus ojos verdes me atrapan.

—Amber, yo...

—¿Tú qué? —Le animo a continuar, aunque mi corazón late con fuerza.

Se pasa una mano por el pelo, frustrado, y aparta la mirada.

—Olvidalo —me responde negando con la cabeza.

—No, Ray. No pienso hacer eso. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, y eso parece sorprenderle.

—Es solo que... —Suspira, como si cada palabra que dice fuera un esfuerzo para él—. Contigo es diferente. Todo es diferente.

No sé cómo responder a eso. Hay tantas cosas que querría decirle en este momento, pero ninguna me parece suficiente.

—¿Por qué siempre haces que me sienta así? —pregunto, más para mí misma que para él.

—¿Así cómo?

—Como si estuviera a punto de saltar al vacío sin saber si hay algo que me va a sostener.

Ray me observa durante un largo rato y luego, con un movimiento lento, levanta una mano y la coloca sobre la mía. Su contacto es cálido, reconfortante, pero también tiene un peso que me hace temblar.

—Porque yo siento lo mismo.

Las palabras flotan entre nosotros, cargadas de una sinceridad que no esperaba.

—Ray...

—No, no tienes que decir nada. —Me interrumpe, pero su tono no es brusco. Es suave, casi suplicante—. Solo quería que lo supieras.

Pero sí que quiero decir algo. Necesito hacerlo.

—Yo también siento algo por ti.

Lo digo rápido, como si temiera que el momento pudiera escapar si no me doy prisa. Su expresión cambia de inmediato y veo cómo la tensión que notaba en sus hombros se disuelve, al menos un poco.

—¿De verdad?

—¿Acaso parezco del tipo de personas que dicen cosas solo por decirlas? —le pregunto mirándole a los ojos.

Ray suelta una risa suave y su sonido me calma.

—No, no lo eres.

Entonces, se inclina hacia mí y el mundo parece detenerse en ese instante suspendido en el tiempo. Cuando sus labios rozan los míos, un calor indescriptible me envuelve, como si todo lo que me rodea se desvaneciera. Al principio, el beso es suave, casi temeroso, como si ambos estuviéramos explorando un terreno desconocido y saboreando el momento. Pero poco a poco, una intensidad creciente se apodera de nosotros. Sus labios se mueven con una mezcla de delicadeza y pasión contenida, como si estuviera poniendo en ese contacto todo lo que no se atreve a decir en palabras.

El corazón me late con fuerza, tanto que creo que él podría notarlo. Mis manos, todavía apoyadas en su pecho, captan el ritmo frenético del suyo, sincronizándose con el mío en una melodía que sólo nosotros dos entendemos. Sus dedos se deslizan con cuidado hasta mi cara,

acariciando mi mandíbula con una ternura que consigue que me falte el aire. Mis ojos se cierran, porque el peso de lo que siento es demasiado.

Con nuestro beso, también siento una mezcla de emociones que me abruma: una seguridad que nunca había conocido, un deseo que amenaza con consumirlo todo y una conexión que va más allá de lo físico. Es como si, por primera vez, alguien estuviera viendo cada rincón de mi alma y aceptándolo sin reservas. Cuando finalmente nos separamos, el aire frío de la noche golpea mis labios, pero el calor que él ha dejado en ellos sigue ardiendo. Respiro entrecortadamente, buscando recuperar el aliento, mientras mis dedos permanecen inmóviles sobre su pecho, sintiendo cómo su corazón late con la misma intensidad que el mío.

—Ya no me importa si funciona o no. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, pero no me arrepiento—. Solo quiero intentarlo contigo.

Ray me mira, y su sonrisa es suficiente para iluminar toda la ciudad.

—Entonces intentémoslo.

Capítulo 20

Ray

El taller está oscuro cuando llegamos. Sólo la débil luz de una farola cercana atraviesa las ventanas altas, proyectando sombras alargadas sobre las paredes. Amber permanece a mi lado, en silencio, pero noto cómo sus ojos se mueven de un lado a otro, explorando cada rincón. La sensación de traerla aquí, a un espacio que para mí es casi tan íntimo como mi propio cuerpo, me llena de nervios y expectativas, que no sé si se llegarán a cumplir.

—Esto es impresionante —murmura mientras sus dedos recorren el borde de una mesa llena de pinceles y latas de pintura—. ¿Vienes a pintar aquí a menudo?

—Cuando necesito despejar la cabeza. —Cierro la puerta del local y dejo las llaves sobre un banco de trabajo. Mi amigo me prestó este espacio cuando empecé a explorar otros medios más allá de los tatuajes, y desde entonces se ha convertido en una especie de refugio para mí.

—Nunca imaginé que también pintarás, cuadros, quiero decir. Sobre papel sí que lo sé, porque te he visto muchas veces hacerlo en casa... —dice, girándose hacia mí con una sonrisa que me desarma.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Mis palabras salen de mi garganta con un tono ligero, aunque lo cierto es que Amber me conoce mejor que nadie, pero aún hay partes de mí que he mantenido ocultas, no por desconfianza, sino por miedo a exponerme demasiado ante ella.

Amber no me responde, pero su sonrisa se mantiene mientras se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de una silla. Lleva un jersey oscuro y vaqueros ajustados, ropa sencilla que no debería llamarme la atención, pero en ella todo me parece especial. Intento no mirarla durante demasiado tiempo, para no dejar que mi mente divague, pero es imposible no notar cómo tenerla junto a mí hace que parezca que todo esté más vivo.

—Quiero enseñarte algo —le digo al fin, tomando aire para tranquilizarme.

Amber alza las cejas, interesada, y me sigue mientras atravieso el taller hasta un rincón al fondo del local, donde he estado trabajando durante semanas. El mural está cubierto con una lona que apenas disimula los colores vibrantes que se esconden debajo. Me detengo frente a él y le hago un gesto para que se acerque.

—¿Qué es? —me pregunta con curiosidad, pero también con cautela.

—Es algo que empecé a pintar después de conocerte.

Ella me mira sorprendida, pero no dice nada. Así que, tomo aire y tiro de la lona con cuidado, y el ruido del material arrastrándose por el suelo llena el aire, seguido por el silencio más absoluto.

El mural que aparece frente a nuestros ojos ocupa toda la pared, una explosión de colores y formas que se entrelazan para crear algo único. No es un retrato convencional; no he intentado

capturar su rostro ni sus rasgos físicos. He intentado plasmar con la pintura lo que ella me hace sentir: una mezcla de caos y calma, de intensidad y ternura. Hay tonos cálidos que evocan su risa, trazos fuertes que representan su determinación, y detalles sutiles que sólo, alguien que la conoce de verdad, podría identificar.

—Ray... —susurra, llevándose una mano a la boca.

No puedo descifrar su expresión y, por un instante, el miedo me invade. ¿Y si no le gusta? ¿Y si he ido demasiado lejos? Pero entonces sus ojos se llenan de lágrimas, y su sonrisa se ensancha de una forma que me deja sin aliento.

—Es... increíble. Nunca había visto algo así.

—Es lo que siento por ti —admito en apenas un murmullo.

Amber da un paso hacia adelante y levanta la mano para rozar la superficie del mural. Sus dedos recorren las texturas de la pintura, y yo sigo cada movimiento con los ojos, notando cómo su respiración se acelera.

—Nunca nadie ha hecho algo así por mí —me dice sin apartar la mirada de la obra.

—Nunca nadie me había inspirado tanto.

Mi confesión me deja expuesto, pero no me importa. Este momento es de los que cambian todo, lo sé, y no quiero ocultarle nada. Amber se gira hacia mí, y en sus ojos hay algo que nunca había visto hasta ahora: una amalgama de vulnerabilidad y certeza que me deja sin palabras.

—Ray... —comienza, pero su voz se rompe.

La interrumpo, no porque no quiera escucharla, sino porque no puedo resistirlo más. Me inclino hacia ella, dejando que mis manos encuentren las suyas, y la beso. Es un beso lento y profundo, lleno de ternura. Sus labios son suaves y, cuando sus dedos se entrelazan con los míos, siento que solo existimos ella y yo.

Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento y en silencio.

—Ya no me importa si funciona o no —dice ella poco después con la voz temblorosa—. Sólo quiero intentarlo contigo.

Sus palabras son como una ráfaga de aire fresco, como si algo dentro de mí, algo que había estado contenido durante años, finalmente se liberara.

—Amber —murmuro, llevando una mano a su mejilla—, creo que nunca te he dicho esto, pero estoy enamorado de ti.

Amber sonrío y me atrae hacia ella, apoyando su frente contra la mía, y durante unos minutos, nos quedamos así, simplemente disfrutando de la cercanía, de este instante.

—Ray, esto es... —Comienza a hablar, pero se detiene, sacudiendo la cabeza como si no pudiera encontrar las palabras adecuadas—. No sé cómo describirlo, pero nunca me había sentido así.

—Yo tampoco.

Le tomo la mano, guiándola hacia una de las sillas del taller. Nos sentamos juntos, observando el mural y, mientras hablamos, siento que algo ha cambiado entre nosotros. Ya no hay dudas ni barreras que nos separen.

Capítulo 21

Amber

Cuando cruzamos la puerta de nuestro piso, me invade una mezcla de nerviosismo y excitación que me cuesta controlar. Mis manos están todavía entrelazadas con las de él, como si ninguno de los dos quisiera romper la conexión que hemos creado esta noche. Su risa baja resuena en el pasillo mientras intenta alcanzar el interruptor de la luz sin soltarme, y yo sonrío al verlo tan... relajado.

—No necesitas verme para saber dónde estoy, ¿verdad? —le digo en un tono juguetón, mientras él finalmente consigue iluminar la estancia.

Ray gira la cabeza hacia mí y, por un momento, sólo me mira. Sus ojos verdes tienen ese brillo especial que me hace sentir que soy la única persona en el mundo. Es una intensidad que debería intimidarme, pero que en su lugar hace que mi corazón se acelere.

—Ni, aunque estuviera ciego, dejaría de encontrarte.

Su declaración me deja sin palabras, y antes de que pueda procesar lo que me acaba de decir, sus labios están sobre los míos. No es un beso apresurado, sino uno cargado de significado, lento y profundo, como si quisiera transmitirme todo lo que siente. Mi cuerpo responde de inmediato, acercándose al suyo como si nos hubiéramos sincronizado.

El pasillo del piso esta noche parece más pequeño de lo normal, como si el espacio no pudiera contener la tensión sexual que hay entre nosotros. Mis manos recorren la línea de su mandíbula, bajan por su cuello y se detienen en su pecho. Cuando mis manos llegan a esa altura, noto su corazón latiendo con fuerza, y eso me hace sonreír contra sus labios.

—¿Aquí? —pregunto en un susurro cuando noto que sus manos buscan mi cintura, acercándose aún más a él.

—No creo que lleguemos mucho más lejos —responde con una risa entrecortada.

La idea de hacer el amor con Ray en nuestro propio piso, el lugar donde tantas veces hemos compartido risas, películas y discusiones absurdas, tiene algo de especial. Pero mientras él me guía hacia el salón, me doy cuenta de que hay un pequeño inconveniente.

—¿Tu cama o la mía? —bromeo, intentando aliviar la tensión con un toque de humor.

Ray se detiene un segundo y arquea una ceja con esa expresión de desafío que tanto me gusta.

—¿Y si nos quedamos en territorio neutral?

No tengo tiempo de responder antes de que me levante en brazos y me lleve hasta el sofá. La risa se me escapa antes de poder evitarlo y, por un instante, todo parece tan natural, que casi olvido que esto es nuevo para los dos. Me deja caer suavemente sobre los cojines, y la cercanía de su cuerpo sobre el mío hace que el aire se vuelva más denso. Sus manos recorren mi cara, mi cuello y luego bajan lentamente hasta mi cintura. Cada caricia me recuerda cuánto ha cambiado

nuestra relación en tan poco tiempo, algo que me hace tremendamente feliz y afortunada. A pesar de que si hace unos meses me hubieran dicho que entre nosotros sucedería algo así, me habría carcajeado y tomado por loco a quién fuera que me lo dijera.

—Amber... —murmura en un susurro—, dime si esto no está bien.

Le miro directamente a los ojos, esos ojos de color esmeralda que me arrancan un suspiro cada vez que se clavan en mí, y niego con la cabeza.

—Ray, esto está más que bien.

Mi respuesta parece desatar algo en él, porque su boca busca la mía con más intensidad esta vez. Sus labios son firmes, seguros y cada movimiento que hace parece diseñado para hacer que mi cuerpo responda al suyo. Sus manos comienzan a explorar mi cuerpo, primero de forma tímida, como si estuviera memorizando cada una de mis curvas y mis recovecos, y luego continúa con más confianza. Yo hago lo mismo, dejando que mis dedos se pierdan entre su pelo, en su cuello tatuado y en la línea de su espalda, sintiendo la fuerza contenida bajo sus músculos fuertes y su piel suave adornada con tinta repartida de forma elegante por todo su cuerpo.

El ambiente en el salón cambia. Las risas iniciales se desvanecen, dando paso a una atmósfera cargada de deseo y emoción. El sofá, ese espacio tan cotidiano, donde hemos compartido cientos de películas y kilos de palomitas, esta noche se convierte en el escenario de algo único, algo que ninguno de los dos había planeado, pero que ambos deseamos más que nada.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo, esta vez con la voz más grave.

—Si sigues preguntándome, voy a pensar que eres tú el que no está seguro.

Mi respuesta le hace sonreír, pero no por mucho tiempo, porque sus labios vuelven a buscar los míos. Esta vez, su beso es más profundo y urgente, y cuando sus manos encuentran la piel bajo mi jersey, siento cómo mi cuerpo se estremece bajo su tacto.

El resto de nuestra ropa desaparece lentamente, entre risas nerviosas y caricias que se son como una mezcla perfecta de torpeza y pasión. Cuando finalmente no queda ninguna prenda entre nuestros cuerpos, me doy cuenta de que no hay marcha atrás. Pero en lugar de asustarme, la idea me llena de una calma inesperada.

Ray me mira, y en su expresión veo algo que nunca había visto en nadie: devoción. No es sólo deseo, ni atracción física. Es algo más profundo, algo que hace que mi corazón lata con tanta fuerza que temo que él pueda notarlo.

—Eres preciosa —murmura, y su voz tiene un temblor que me hace pensar que él también está sintiendo lo mismo que yo y con la misma intensidad.

Cuando finalmente dejamos que la tensión que llevábamos acumulando durante semanas estalle, es como si solo existiéramos nosotros dos, rodeados por un aire cargado de deseo. Ray me toma de la cintura con fuerza, pero también con cuidado, y me eleva como si fuera lo más frágil y valioso que ha sostenido nunca. Su mirada, ardiente y fija en la mía, parece desnudarme más rápido que sus manos, que ya están explorando la piel que ha quedado al descubierto. Su boca devora la mía con una intensidad, que me roba el aliento. Nuestro beso no es dulce ni contenido. Es fuego, es hambre y ansia del uno del otro. Sus labios se mueven sobre los míos con urgencia, y cuando su lengua se encuentra con la mía, siento un calor, que me recorre desde la nuca hasta los dedos de los pies, anidándose en mi sexo que cada vez está más mojado y anhelante de él. Mis manos se deslizan por su pecho y estiran de su camiseta hacia arriba, y cuando sus músculos cubiertos de tatuajes quedan expuestos a la luz tenue del salón, no puedo evitar detenerme un momento para admirarlos.

—¿Me estás estudiando? —me pregunta con una sonrisa ladeada, que apenas oculta el

deseo en su voz.

—Quizás —respondo, arrastrando la yema de mis dedos por la línea definida de su abdomen, disfrutando del estremecimiento que recorre su cuerpo.

Él no me da tiempo a replicar más. Con un movimiento hábil, me tumba en el sofá y se coloca sobre mí. El cuero bajo mi espalda es frío al principio, pero pronto desaparece de mi mente cuando siento el calor de su cuerpo presionándose contra el mío. Sus manos, fuertes y firmes, se deslizan por mis muslos, subiendo poco a poco, deteniéndose justo donde la tela de mi ropa interior comienza. Me acaricia con devoción y sé que esta noche será diferente a cualquier otra que haya podido vivir a lo largo de mi vida. Cuando sus dedos finalmente se deslizan bajo la tela, mi cuerpo responde antes de que mi mente pueda procesarlo. Un gemido suave escapa de mis labios, y él sonríe contra mi cuello antes de morderlo ligeramente, enviando un escalofrío directo a mi espalda.

La paciencia que había mostrado hasta ahora parece desmoronarse. Sus manos se vuelven más audaces y seguras. Se deshace de la ropa interior, que aún llevo con una destreza que me hace sonreír entre jadeos, y pronto ambos estamos desnudos bajo la luz tenue del salón de nuestro piso. Siento su piel cálida contra la mía, su respiración irregular mientras explora cada rincón de mi cuerpo como si fuera un mapa que necesitara memorizar. Me regala sus caricias desde mi cuello hasta mi ombligo. Cuando llega a la altura de mi pubis, empieza a repartir besos por mis ingles y sigue descendiendo sin prisa, pero con ganas infinitas de perder su lengua entre mis pliegues. Mi clítoris lo recibe erecto y altanero, por lo que Ray lo lame con fruición, mientras juega con sus dedos en mi entrada, que lo acoge húmeda y caliente. Su hábil lengua continúa sin dar tregua a mi centro de placer, por lo que poco después, y sin poder hacer nada por evitarlo, una espiral de éxtasis me invade y acabo estallando en un orgasmo explosivo y delicioso.

Después de recuperar el resuello, mientras él continúa acariciándome, se coloca sobre mí, poniendo sus brazos a los lados de mi cuerpo. Agarra su erección con una de sus manos y la guía hasta mi entrada, que la recibe con ansia y anhelo infinito. Ray es lento al principio, como si quisiera alargar el momento. Pero la urgencia que ambos sentimos pronto toma el control, y sus movimientos se vuelven más rápidos e intensos. Cada embestida y cada roce de su piel contra la mía me acerca a un lugar donde nada más importa. Mis uñas se clavan en sus hombros tatuados, mi cabeza cae hacia atrás, y lo único que escucho es el sonido de nuestras respiraciones mezclándose.

—Amber... —gime mi nombre y el simple sonido de su voz, rota y cargada de deseo, es suficiente para llevarme al límite de nuevo.

Él continúa sin darme tregua con acometidas feroces y profundas. Yo me dejo llevar concentrándome en disfrutar, mientras me pierdo en su mirada color esmeralda. Poco después, me abraza y se levanta conmigo ensartada en su tremenda erección. Camina unos pasos hasta que me recuesta sobre la mesa que tenemos en el salón. Recuesta mi espalda sobre la madera y yo relajo mis piernas y coloco mis pies sobre sus hombros. Él empieza a penetrarme de nuevo con ansia, mientras con una mano agarra uno de mis pechos, que a estas alturas están aún más sensibles y continúa regalándome acometidas profundas. Con la mano que tiene libre acaricia mi clítoris de nuevo y yo no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar por el placer que me provoca. Estallo otra vez en un nuevo orgasmo, mientras siento cómo me penetra con más urgencia y ansia. Poco después, él acaba estallando dentro de mí, mientras susurra mi nombre entre jadeos.

Cuando todo termina y nuestros cuerpos finalmente se detienen, el silencio que queda en el salón es abrumador y lleno de significado. Ray se apoya contra mi abdomen y siento cómo su

pecho sube y baja mientras intenta recuperar el aliento. Yo giro la cabeza para mirarle, y la sonrisa que se forma en mis labios es tan auténtica que me sorprende.

—¿Qué? —pregunta él, con una sonrisa ladeada.

—Si hubiera sabido que eras tan bueno follando, no me habría hecho tanto de rogar.

Él suelta una carcajada profunda y sincera que hace vibrar mi pecho contra el suyo. Me atrae hacia él, pasando un brazo alrededor de mi cintura, y besa mi frente con una ternura que contrasta con la pasión que acabamos de compartir.

—Entonces me alegra que no lo supieras —murmura—. Porque creo que esperar por esto ha hecho que todo sea aún mejor.

Capítulo 22

Amber

La cafetera emite un zumbido acompasado mientras observo el reflejo de mi cara en la ventana de la cocina. Todavía no me acostumbro a este giro inesperado de los acontecimientos. Ray y yo. Nosotros. Incluso decirlo en mi cabeza suena raro, como si fuera algo que no terminara de encajar del todo con la realidad que he conocido hasta ahora. Pero aquí estoy, con una taza de café caliente entre las manos, intentando darle sentido a todo.

—¡Amber! —La voz de Ray me sobresalta y casi derramo el café sobre la encimera. Me giro y lo veo aparecer en el umbral de la puerta de la cocina con esa sonrisa suya, que hace que mi estómago parezca una montaña rusa. Lo observo y lo veo guapísimo. Lleva la chaqueta de cuero y unos vaqueros desgastados, como si estuviera a punto de salir en una sesión de fotos para una revista. Trago saliva mientras disfruto de las vistas antes de responderle.

—¿Ya te vas al estudio? —le pregunto, intentando mantener un tono casual mientras dejo la taza de café a un lado.

—Sí. Logan y Fiona quieren hablar sobre el proyecto contigo. Por fin se han decidido a tomarse en serio eso de las redes sociales. —Hace una pausa, inclinándose ligeramente hacia mí—. Aunque no creo que ninguno de ellos sepa cómo funciona TikTok, y mucho menos cómo grabar un buen vídeo.

Río entre dientes y niego con la cabeza.

—Bueno, para eso estoy yo, ¿no? Diseñadora gráfica, experta en marketing digital y, según parece, el último recurso de los desastres tecnológicos.

Ray sonrío más ampliamente y se acerca a mí para darme un beso en los labios. Su gesto es tan natural y cálido que casi me olvido de que hace apenas unos días esto hubiera sido impensable que ocurriera entre él y yo.

—Gracias. Significa mucho para mí que quieras ayudarme con esto. —Su voz tiene un matiz de sinceridad que hace que no pueda dejar de sonreír.

—Vamos a hacerlo genial. —Le sonrío, intentando transmitirle la misma confianza que siento. Y aunque mi cabeza sigue plagada de dudas, algo en su forma de mirarme me hace creer que todo saldrá bien.

El estudio de tatuajes está lleno de vida cuando llego. Logan está sentado en el mostrador, tamborileando los dedos contra la madera al ritmo de una canción de rock que suena desde los altavoces. Fiona está revisando unas muestras de tinta en la esquina, con el ceño fruncido como si estuviera resolviendo un acertijo.

—¡Por fin llegas! —dice Logan, alzando las manos en un gesto teatral—. La estrella del día ha llegado.

—No exageres. —Le lanzo una mirada divertida mientras dejo mi bolso sobre una silla—. Vosotros sois los artistas aquí, yo solo vengo a hacer que más gente lo sepa.

—Pues necesitamos un milagro, entonces. —Fiona se une a nosotros, cruzando los brazos sobre su pecho. Sus ojos, siempre analíticos, me estudian por un momento antes de asentir—. Aunque si alguien puede convertir este caos en algo funcional, eres tú.

La reunión comienza con una lluvia de ideas desordenada. Logan propone vídeos cortos mostrando el proceso de tatuar, mientras que Fiona insiste en la importancia de resaltar las historias detrás de cada diseño. Ray, que ha estado observando en silencio desde un rincón, interviene solo cuando siente que algo no encaja. Y yo, con mi cuaderno abierto y un bolígrafo en la mano, intento capturar cada una de sus propuestas.

—Podríamos hacer un sorteo para atraer más seguidores —sugiero, mirando a los tres—. Algo como «Gana tu primer tatuaje» o «Deja que los mejores artistas de Leith cuenten tu historia a través del arte».

—Eso suena bien. —Ray asiente mirándome a los ojos—. Aunque no creo que pueda participar.

Logan suelta una carcajada y Fiona le da un codazo.

—Eres un caso perdido, Ray. Pero bueno, por suerte tenemos a Amber para equilibrar las cosas.

La reunión dura más de lo esperado, pero al final salimos con un plan claro. Decidimos grabar vídeos mostrando el trabajo diario en el estudio, resaltando la pasión y la creatividad que hay detrás de cada tatuaje. También planificamos una sesión de fotos para mostrar el equipo y el ambiente del lugar.

Cuando finalmente todo está organizado, me siento en una silla cerca de la entrada, observando cómo Ray vuelve a su mesa de trabajo. Tiene un lápiz en la mano y su cuaderno de bocetos abierto frente a él. Su concentración es absoluta, y puedo ver la tensión en sus hombros mientras traza líneas precisas sobre el papel. Me acerco hasta él en silencio, apoyándome en el marco de la puerta para no interrumpirle. La luz que entra por la ventana cae sobre su cara, resaltando los ángulos de su mandíbula y la intensidad de sus ojos verdes. Está tan absorto en lo que hace que no se da cuenta de mi presencia hasta que hablo.

—¿En qué trabajas?

Levanta la mirada y me dedica una sonrisa ladeada.

—Es un diseño nuevo. Algo... diferente.

Me acerco más y miro por encima de su hombro. El dibujo es impresionante, una mezcla de curvas y detalles intrincados que parecen cobrar vida en el papel. Pero lo que realmente me deja sin palabras es el tema central: una figura femenina que, aunque estilizada, me resulta inconfundiblemente familiar.

—¿Soy yo? —pregunto, sorprendida.

Ray asiente, cerrando el cuaderno con cuidado antes de volverse hacia mí.

—Tú inspiras esto... Todo esto tiene sentido gracias a ti.

Mi corazón late con fuerza mientras sus palabras se clavan en el centro de mi pecho. Por un momento, me quedo sin saber qué decir. Solo puedo mirarle, intentando procesar lo que significa lo que acaba de admitir.

Cuando finalmente hablo, mi voz es apenas un susurro.

—Si hace unos meses alguien me hubiera dicho que mi compañero de piso sería el amor de

mi vida, me habría reído en su cara.

Ray sonríe, tomando mi mano y entrelazando sus dedos con los míos.

—Bueno, supongo que la vida tiene formas extrañas de sorprendernos.

Capítulo 23

Ray

El estudio de tatuajes está en calma, bañado por la tenue luz de las lámparas que Fiona insiste en llamar *luz ambiental*. El bullicio del día ha terminado y las voces de los clientes, el sonido de las agujas zumbando y las risas que llenan el espacio durante las sesiones han dado paso a una quietud cómplice. Estoy sentado junto al mostrador, organizando los materiales para mañana, cuando escucho a Amber reírse de algo que Fiona acaba de decir.

—Es en serio. Ni un solo tatuaje. ¿Puedes creértelo? —dice Fiona, mientras recoge su chaqueta de cuero rojo, muy entallada y acorde con su estilo pin-up, y se la coloca sobre los hombros, con la gracia de quien sabe que todas las miradas suelen girarse hacia ella.

—Pensaba que eso era casi un requisito para trabajar aquí —responde Amber, con una sonrisa de carmín rojo, que parece iluminar cualquier lugar en el que esté.

Me inclino hacia el marco de la puerta que separa el estudio principal de la trastienda. Desde mi posición puedo ver cómo Logan, siempre discreto, está apoyado contra la pared con los brazos cruzados. Tiene esa expresión de quien está acostumbrado a que le hagan la misma pregunta una y otra vez.

—No hace falta llevar tatuajes para ser buen tatuador —dice Logan, encogiéndose de hombros—. De hecho, diría que eso me hace más objetivo. Puedo ver el arte por lo que es, sin proyectar mis propios gustos.

—Tú te lo pierdes, tío—comenta Fiona, alzando las cejas y poniéndole una mano en el brazo—. Pero algún día te voy a convencer para que dejes que te haga al menos uno pequeño.

Logan sacude la cabeza y se despide con un gesto de la mano, antes de salir del estudio. Fiona no tarda en seguirlo, pero no sin antes lanzar una mirada hacia Amber y hacia mí.

—Disfrutad de vuestra noche tranquila —nos dice con un tono de voz que deja entrever mucho más de lo que sus palabras dicen. Luego cierra la puerta tras ella, dejando el eco de sus tacones resonando por el pasillo.

Amber se vuelve hacia mí y apoya las manos en el borde del mostrador.

—Creo que Fiona quiere que sepamos que lo sabe todo sobre nosotros.

—Fiona sabe todo de todos —respondo, dejándome caer en el taburete junto a ella—. Y si no lo sabe, se lo imagina —añado y lanzo una carcajada.

Amber sonríe y se cruza de brazos, ladeando la cabeza. Su larga melena rubia, siempre algo despeinada, cae sobre uno de sus hombros. La miro, y algo en su expresión hace que el cansancio que sentía hace un momento desaparezca. Es como si el tiempo se ralentizara cuando estamos así, solos en el estudio.

—Entonces, ¿es cierto que Logan no lleva ni un solo tatuaje? —quiere saber.

—Ni uno —le respondo—. Es raro, ¿no?

—Un poco. Pero tiene sentido lo que dice. Aunque no deja de sorprenderme.

—Lo que es más sorprendente es que Fiona no haya conseguido convencerlo. Ella siempre se sale con la suya.

Amber se ríe y el sonido de su risa llena el estudio de una calidez inesperada. La observo mientras se gira y camina hacia el centro de la sala, donde las camillas de tatuar vacías parecen esperar pacientemente a los clientes del día siguiente. Su mano roza uno de los brazos de las camillas, y sus ojos recorren el espacio con curiosidad.

—Este lugar tiene algo especial —dice, casi para sí misma—. No sólo por los tatuajes, sino por lo que representa.

Me levanto y camino hacia ella, deteniéndome a su lado. Su presencia siempre ha tenido un efecto tranquilizador en mí, pero esta noche siento algo diferente. Quizá sea porque ahora las cosas entre nosotros han cambiado y ya no hay secretos ni barreras.

—¿Quieres ver algo especial de verdad? —le pregunto, inclinándome lo suficiente como para que nuestras miradas se encuentren.

Ella asiente, con una mezcla de curiosidad y anticipación en sus ojos. La guío hacia la trastienda, donde guardo mis materiales y algunos de mis proyectos personales. En una de las paredes, cubierto por una tela negra, está un dibujo para un tatuaje en el que he estado trabajando durante semanas. Mi corazón late con fuerza mientras retiro la tela para revelar mi boceto.

Al ver lo que hay detrás de la tela que acabo de quitar, Amber se queda sin palabras. Sus ojos recorren cada detalle del diseño, y puedo ver cómo sus labios se entreabren ligeramente, como si estuviera tratando de procesar lo que está viendo. La imagen es un reflejo de ella, pero también de nosotros. Es una combinación de colores y formas que intenta capturar lo que siento cuando estoy con ella, lo que significa para mí.

—Ray... —susurra, sin apartar la mirada del mural—. Esto es... increíble.

—Es mi forma de intentar mostrarte lo que no siempre soy capaz de decir con palabras. Cuando esté acabado he decidido tatuármelo en el antebrazo —me cuenta mostrándome una parte de su brazo izquierdo que tiene sin tatuar—. Así siempre lo tendré a la vista.

Ella me observa mientras hablo y, antes de que pueda reaccionar, se lanza a mis brazos. Su beso es intenso y urgente, y yo le correspondo con la misma pasión. En cuestión de segundos, el mundo exterior desaparece y sólo existimos nosotros.

Nuestros cuerpos se mueven con una sincronía que parece casi natural, como si hubiéramos estado esperando este momento durante mucho tiempo. La trastienda, con su desorden habitual de materiales y bocetos, se convierte en nuestro refugio. La mesa de trabajo cruje ligeramente cuando la levanto para sentarla sobre ella, pero a ninguno de los dos nos importa. Le beso el cuello hasta descender hasta sus clavículas, que beso con devoción. Después sigo descendiendo hasta llegar a su escote. Desabrocho su blusa y saco sus pechos por encima del sujetador para lamerlos. Amber suspira y emite pequeños jadeos, mientras se agarra de mis hombros con fuerza. Sigo lamiendo sus pechos con fruición, mientras hago ascender mis manos por sus piernas hasta el borde inferior de su minifalda tejana. Sonrío al meter una de mis manos bajo su falda y encontrarme con sus braguitas húmedas. Aparto hacia un lado el encaje de la prenda e introduzco uno de mis dedos en su sexo, que me recibe húmedo, palpitante y caliente. Sonrío y alzo la mirada para clavarme en sus ojos, que me observan llenos de deseo. En ese momento, sé que está preparada para recibirme, por lo que libero mi erección y apartando un poco más hacia un lado el encaje de sus braguitas, me clavo en ella de una sola y certera estocada. Amber gime de forma profunda al notar cómo me he adentrado en ella de forma decidida. Al llegar hasta lo más hondo de su sexo, me paro y la miro de nuevo a los ojos.

—¿Te hago daño? —le pregunto para asegurarme de que todo está bien por su parte.

—¿Daño? —se ríe—. Me vuelves loca, ¡sigue y no te pares! —me ruega entre risas de nuevo.

—¡A sus órdenes! —le respondo moridéndome el labio inferior para acto seguido empezar a mover mis caderas, mientras me agarro de sus piernas para mantenerla cerca de mí y vuelvo a besarla con ansia.

Sus manos exploran mi espalda, mientras las mías se deslizan por sus piernas, atrayéndola hacia mí. La sensación de sus paredes calientes y húmedas contra mi sexo envarado y caliente es como un fuego que no quiero apagar. Bombeo dentro de ella con ansia, con ganas de que no se acabe nunca y estar siempre dentro de ella. Sus jadeos son cada vez más seguidos, hasta que sus pezones erectos me avisan de que va a estallar de placer en cualquier momento. La beso y cuando el espiral de gozo que la invade explota en un potente orgasmo, aprovecho para aumentar el ritmo de mis acometidas y acabo explotando yo también.

Cuando finalmente nos detenemos, ambos estamos sin aliento. El silencio que nos rodea está lleno de significado, como si las palabras fueran innecesarias en este momento. Amber apoya su frente contra la mía, y nuestras respiraciones se mezclan.

—Si hace un tiempo alguien me hubiera dicho que estaría en tu estudio de tatuaje haciéndolo contigo, no lo habría creído —dice, con una sonrisa que ilumina su rostro.

—Y si hace unos meses alguien me hubiera dicho que iba a follarme de forma tan salvaje a mi compañera de piso, tampoco lo habría creído —respondo, besándola suavemente una vez más, mientras ambos nos reímos.

Capítulo 24

Ray

Cuando abro la puerta del estudio, el sonido de las agujas zumbando contra la piel de los clientes y el aroma a tinta y desinfectante me envuelven al instante. Este es un lugar caótico, lleno de energía y vida, con las paredes cubiertas de arte y los muebles desgastados por el uso. Pero para mí es más que un espacio de trabajo; es una extensión de quién soy, una especie de refugio donde el mundo exterior no tiene cabida y todo está lleno de mi esencia. Hoy, sin embargo, todo me parece diferente, porque Amber está aquí conmigo, sentada junto a mi mesa de dibujo, observando los bocetos que he acumulado a lo largo de los años. Tenerla junto a mí me da una calma extraña, como si su sola existencia equilibrara el ruido constante que hay dentro de mi cabeza. Ella lleva su portátil, pero parece más interesada en mis dibujos que en lo que sea que tenga que hacer para hacer magia en las redes sociales.

—No tenía idea de que guardabas tantos bocetos —me dice tomando uno de ellos con cuidado entre las manos.

—Algunos son solo ideas —respondo, inclinándome sobre la mesa para alcanzar un rotulador—. Otros no llegaron a ser lo que esperaba.

—Este —murmura, sosteniendo un dibujo frente a la luz—. Este es precioso, Ray.

La forma en que dice mi nombre, con esa mezcla de admiración y sinceridad, me hace mirarla durante unos segundos más de lo necesario. Entonces, la puerta del estudio se abre de golpe y Fiona entra como un torbellino.

—¡Buenos días, chicos! ¡Espero no estar interrumpiendo nada comprometedor! —exclama con una sonrisa traviesa cubierta con carmín rojo, mientras se quita la chaqueta de cuero, revelando un vestido ajustado con un estampado de cerezas.

—Siempre tienes una forma discreta de llegar... —le respondo, girándome hacia ella.

Fiona es todo lo opuesto a Amber: extrovertida, desinhibida y siempre deseando ser el centro de atención. Pero las dos parecen llevarse bien, algo que, lo admito, me sorprende y me alivia al mismo tiempo.

—Querida, ven conmigo —dice Fiona, tomando a Amber del brazo y arrastrándola hacia su espacio de trabajo—. Tienes que ver este diseño que estoy preparando. Es para un cliente que quiere un tatuaje al estilo pin-up, pero con un toque moderno. ¿Qué opinas?

Las dos se inclinan sobre el boceto, conversando animadamente. Aprovecho para encender mi máquina y preparar el equipo para mi próximo cliente, pero no puedo evitar lanzar miradas furtivas hacia ellas. Amber parece relajada, cómoda incluso, y yo no puedo evitar sonreír mientras las observo.

Poco después, Logan entra al estudio. Alto, de cabello oscuro y ojos calculadores, siempre lleva consigo un aire de misterio que desconcierta a la mayoría de la gente. Es curioso que un

tatuador como él no tenga ni un solo tatuaje en su cuerpo, pero nunca se lo he cuestionado. Logan hace las cosas a su manera, y eso incluye mantener su piel como un lienzo en blanco.

—Buenos días —saluda con su habitual tono serio. Luego, al ver a Amber, esboza una leve sonrisa—. ¿Ya te han convencido para que te hagas un tatuaje?

Amber se ríe, y ese sonido es para mí como una melodía que llena el espacio.

—Todavía no. Pero nunca digas nunca —le responde moviendo las cejas de manera cómica.

Logan asiente y se sienta en su esquina habitual, sacando su cuaderno de bocetos. Es un tipo de pocas palabras, pero su talento habla por él. Mientras trabaja en silencio, Fiona sigue charlando con Amber, contándole anécdotas sobre clientes excéntricos y sesiones memorables.

En un momento, Fiona se inclina hacia Amber y, en voz baja, le dice algo que no alcanzo a escuchar. Amber sonríe, pero también parece un poco avergonzada. Poco después, Fiona y Logan deciden marcharse a desayunar y nos dejan solos en el estudio.

—Tus compañeros son geniales —me dice, acomodándose en el taburete frente a mí.

—Somos como una familia extraña, pero sí, son geniales —le respondo, apagando la máquina y limpiando mi área de trabajo.

Amber se levanta y comienza a explorar el estudio, observando las herramientas y los materiales con cuidado. Cuando llega al espacio, donde guardo mis bocetos más personales, se detiene.

—¿Esto es nuevo? —pregunta, sosteniendo un dibujo que he estado trabajando en secreto durante las últimas semanas.

—Sí, es para un cliente que quiere tatuarse la silueta de una mujer en el antebrazo y me he inspirado en ti —. Me aclaro la garganta, sintiendo una extraña mezcla de orgullo y vergüenza por saberme descubierto por ella.

Ella me mira y veo en su mirada un brillo, que no sé muy bien de dónde viene.

—Es precioso, Ray.

Se acerca un paso más, y de repente el espacio entre nosotros parece demasiado pequeño. Su mano roza la mía y, antes de que pueda detenerme, la atraigo hacia mí. Nuestros labios se encuentran, y el beso es como una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo.

El mundo exterior desaparece. A nuestro alrededor no hay máquinas zumbando, ni bocetos dispersos... Solo estamos nosotros, explorando algo que ha ido creciendo entre nosotros.

Sin romper el beso, la guío hacia la trastienda, donde el caos habitual ha dado paso a una intimidad inesperada. La forma en que me toca, con una mezcla de ternura y urgencia, hace que me sienta vivo de una manera que nunca había experimentado antes. Es como si cada caricia suya arrancara capas que había usado para protegerme durante años, dejando al descubierto algo más puro y real de mí. Amber me mira con una mezcla de vulnerabilidad y determinación que me desarma por completo.

—No quiero perder esto, Ray —susurra, como si estuviera compartiendo un secreto demasiado frágil para ser dicho en voz alta.

Acercó mi frente a la suya y cierro los ojos por un instante mientras dejo que sus palabras se asienten en mí. No necesito pensar en mi respuesta porque ya la llevo dentro.

—No lo perderemos —le digo con firmeza, sosteniendo su mirada—. Porque esto no es algo que se encuentre dos veces.

Capítulo 25

Amber

Cuando abro la puerta y veo a mi madre plantada al otro lado, con su impecable abrigo de lana gris y su habitual expresión de desdén y superioridad, una parte de mí quiere cerrarla de golpe. Pero no lo hago. Porque, aunque ella sea un torbellino de juicios y expectativas, sigue siendo mi madre, y algo en mi interior insiste en que debo recibirla.

—Hola, mamá —le saludo intentando sonar neutral.

Ella entra al piso sin esperar a que la invite. Su mirada se desliza por el recibidor y la sala de estar como si estuviera inspeccionando un lugar, que ni siquiera merece su atención. Deja su carísimo bolso sobre el pequeño aparador junto a la puerta y se cruza de brazos.

—¿De verdad continúas viviendo aquí? —pregunta con un tono que podría helar el aire.

Cierro la puerta y respiro hondo antes de responder.

—Esta es mi casa y me gusta.

Ella suelta una risa breve, aunque sin pizca de humor.

—¿Tu casa? Esto parece más bien un refugio improvisado. Muebles baratos, paredes sin decorar... Amber, ¿tienes idea de cuánto me he gastado en tu educación? Y ahora la desperdicias viviendo en un lugar tan vulgar como este... —Señala con un gesto de la mano el sofá de segunda mano que Ray y yo encontramos en una tienda de antigüedades y que, para mí, tiene más encanto que cualquier pieza de diseño.

—Lo que tengo aquí me hace feliz, mamá. Eso es lo que importa.

Arquea una ceja y deja escapar un sonoro suspiro, como si mis palabras fueran una muestra de mi completa falta de razón. Luego se gira hacia mí y su mirada azul, tan igual a la mía, se clava en mis ojos.

—¿Feliz? Amber, cielo, ¿cómo puedes ser feliz aquí? Mira a tu alrededor. Todo esto... no es lo que imaginé para ti. Y luego está... él.

—¿Ray?

—Sí, Ray. Ese hombre lleno de tatuajes que parece un cartel andante. No entiendo qué ves en él, ni por qué te empeñas en sabotear tu futuro con alguien así.

Mi paciencia, que ya pendía de un hilo, está a punto de romperse. Me cruzo de brazos y doy un paso para acercarme un poco más a ella.

—Ray es mucho más que eso, pero dudo que te interese saberlo. Estás demasiado ocupada juzgando solo por las apariencias como haces siempre —resoplo mientras niego con la cabeza.

—Las apariencias importan. ¿O todavía no lo has aprendido después de tantos años? En el mundo real, la impresión que das es fundamental para todo.

—Pues te aseguro que Ray tiene una primera, segunda o cuarta impresión buenísima... ¡Y me impresiona todos los días!

Al escucharme deja escapar otro suspiro, como si estuviera lidiando con una adolescente rebelde.

—Hija, estoy aquí porque te quiero. Porque quiero lo mejor para ti. Y él... él no es lo mejor.

—¿Y qué es lo mejor para mí, según tú? ¿Volver a casa, aceptar un trabajo que odie y casarme con alguien que apruebes?

Mi madre me observa en silencio por un momento y, por primera vez, veo algo parecido a la duda en su gesto.

—Amber...

—No, mamá. Esto no se trata de ti. Se trata de mí y de lo que quiero para mi vida. Estoy cansada de intentar cumplir con tus expectativas.

Al escucharme, da un paso hacia mí y coloca una mano en mi brazo.

—Hija, sólo quiero que seas feliz.

—Y yo quiero lo mismo, pero en mis propios términos.

El silencio que se instala entre ella y yo está lleno de todo lo que no nos decimos. Finalmente, mi madre asiente, aunque su expresión sigue siendo tensa.

—Lo pensaré. Pero espero que tú también lo hagas.

Sin esperar mi respuesta, recoge su bolso y se dirige a la puerta. La cierro cuando sale del piso y me quedo allí, con la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza.

Camino hacia la cocina y me apoyo contra la encimera, intentando ordenar mis pensamientos. Todo lo que mi madre me ha dicho resuena dentro de mi cabeza, llenándola de dudas y preguntas a las que ahora mismo no quiero responder.

Cuando escucho la puerta abrirse de nuevo, mi cuerpo se tensa. Pero esta vez, la voz que me llama es la de Ray.

—¿Amber? ¿Estás bien?

Me giro hacia él, y al ver la preocupación en su cara, algo en mí se desmorona. Antes de que pueda decir nada, cruza la cocina en dos zancadas y toma mis manos entre las suyas.

—Me he cruzado con tu madre. No tienes que decidir nada ahora —me dice con voz baja y firme— Pero quiero que sepas algo: estoy aquí para quedarme.

Sus palabras, tan simples y llenas de significado, me envuelven como un abrazo. Por primera vez desde que mi madre atravesó el quicio de la puerta de casa hace un rato, siento que puedo respirar de nuevo.

Capítulo 26

Ray

Desde el momento en que Amber me confesó lo que su madre le había dicho durante su visita inesperada, sentí la necesidad de hacer algo. No soy un tipo que se pierda en conversaciones largas, ni en discursos grandilocuentes, porque hay momentos en los que los gestos dicen mucho más que las palabras. Y Amber se merece todos los gestos que pueda darle.

Así que aquí estoy, cargando una cesta de picnic mientras ella me sigue por un sendero adoquinado que lleva a uno de mis rincones favoritos de Edimburgo. El cielo está despejado, y aunque el frío de esta época del año cala hasta los huesos, no parece importarle. La miro por encima del hombro y veo cómo su bufanda de lana gris enmarca su cara y sus mejillas ligeramente sonrojadas por el viento le hacen parecer aún más bonita de lo que es. De hecho, ahora mismo, hay algo en su expresión que me desarma, una mezcla de curiosidad y esperanza, que hace que aún me parezca más especial.

—¿Seguro que no me vas a decir adónde vamos? —me pregunta, intentando sonar molesta, aunque sus ojos delatan la diversión que siente.

—Paciencia, Collins —respondo, usando ese tono de voz que siempre consigue que ruede los ojos—. Te prometo que merecerá la pena.

Finalmente, llegamos al punto más alto de Calton Hill, un lugar que siempre me ha dado paz. Desde aquí se puede ver toda la ciudad: los tejados antiguos, las luces parpadeantes de los coches y, en la distancia, las colinas que parecen proteger Edimburgo como un abrazo silencioso. Extiendo una manta en el suelo y coloco la cesta a un lado.

—¡Sorpresa! —exclamo extendiendo los brazos como si acabara de revelar un tesoro escondido.

Amber se queda quieta, mientras con su mirada recorre el paisaje antes de posarse de nuevo en mí. La sonrisa que me dedica en ese momento es todo lo que necesito para saber que he acertado.

—Es precioso, Ray. Esto es aún más bonito de día. Además, nunca habíamos llegado hasta esta altura... —dice sorprendida y sin dejar de mirar a nuestro alrededor.

Me encojo de hombros mientras me siento en la manta y empiezo a sacar el contenido de la cesta: bocadillos, una botella de vino tinto, fresas y chocolate.

—Supongo que esperaba el momento adecuado.

Ella se sienta a mi lado, cruzando las piernas bajo su abrigo. Coge una copa de la cesta, mientras abro la botella, y durante un rato nos dedicamos a disfrutar del silencio. Hay algo mágico en compartir un momento así, sin palabras, solo acompañados por el sonido del viento y nuestras respiraciones acompasadas.

—Gracias por esto —dice finalmente—. Necesitaba algo así después de... ya sabes.

La miro, y veo cómo desvía la mirada hacia sus manos, que juegan con la copa de vino. Sé que se refiere a su madre, a las cosas que le dijo y a las dudas que intentó sembrar en ella. Me inclino hacia delante y tomo su mano entre las mías.

—Amber, no tienes que cargar con eso sola. Yo estoy aquí, y no voy a irme a ningún sitio.

Sus ojos vuelan hasta los míos y, por un momento, parece que está a punto de decir algo, pero en su lugar asiente y aprieta mi mano. Justo en ese instante, sé que es el momento adecuado para darle mi segunda sorpresa. Así que saco un pequeño cuaderno de bocetos de la cesta y se lo entrego.

—¿Qué es esto? —pregunta, abriéndolo con cuidado.

Cuando lo abre, ve que hay un boceto en el que he estado trabajando durante semanas. Es una versión de nosotros dos, sentados en este mismo lugar, en el que estamos ahora mismo con la ciudad extendiéndose a nuestros pies. El trazo es sencillo, pero cada línea está llena de significado para mí.

Amber lleva una mano a sus labios, sorprendida.

—Ray, esto es... increíble. ¿Cómo has...?

Me encojo de hombros, sintiendo un leve rubor en las mejillas.

—Lo hice porque quería capturar lo que siento cuando estoy contigo. Eres tú quien hace que todo tenga sentido, Amber. Eres... mi musa.

Ella se queda en silencio mientras sus ojos brillan por las lágrimas contenidas. Cuando finalmente habla, su voz es un susurro.

—Gracias por hacerme sentir tan especial...

Me acerco más a ella y me inclino hasta que nuestras frentes se tocan.

—Te quiero, Amber. Como nunca he querido a nadie en mi vida.

Esas palabras salen con una facilidad de mi garganta que me sorprende, pero no hay ni un ápice de duda en ellas. Y cuando me responde, su voz está cargada de una emoción que me atraviesa como un rayo.

—Y yo te quiero a ti, Ray. Siempre te querré.

El beso que compartimos después de esas palabras es diferente a todos los anteriores. No es solo pasión; es un compromiso silencioso de que, pase lo que pase, seguiremos eligiéndonos el uno al otro.

Nos quedamos en Calton Hill disfrutando de nuestro picnic y hasta que el frío se vuelve insoportable, hablando de todo y de nada, haciendo planes para un futuro que de repente parece mucho más brillante ante nuestros ojos.

Mientras recogemos nuestras cosas para volver a casa, ella se detiene y me mira, con una sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

—¿Crees que podremos hacer que esto funcione? ¿A pesar de todo?

La tomo de la mano y la acerco a mí.

—No tengo dudas, Amber. Si estamos juntos, podemos con todo.

Y en ese momento, con la ciudad iluminada como testigo, sé que no podría estar más seguro de mis palabras.

Capítulo 27

Amber

Cuando llegamos a casa, el silencio cómplice entre Ray y yo lo dice todo. La caminata en Calton Hill nos ha dejado helados, pero también con esa sensación de plenitud que solo surge cuando compartes algo único con alguien que de verdad te importa.

Me saco mis botas junto a la puerta mientras Ray cierra tras de sí. El calor del piso es un contraste abrumador con el aire gélido, que nos ha acompañado durante las últimas horas, y noto cómo mis dedos entumecidos empiezan a recobrar la sensibilidad. Me abrazo a mí misma, intentando recuperar algo de calor. Ray me observa, apoyado contra la puerta, con esa mirada que me hace sentir como si fuera lo único importante en el mundo para él. Se quita la chaqueta de cuero y la cuelga en el perchero de manera descuidada. Luego da un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros.

—Estás helada —dice con suavidad, mientras coloca sus manos sobre mis brazos y las desliza hacia abajo, creando un rastro de calor donde me toca.

Asiento, incapaz de encontrar palabras en este momento. Hay algo en la forma en que me mira, una mezcla de ternura y pasión contenida, que me hace olvidar el frío que me invade y centrarme únicamente en él.

—Vamos —dice finalmente, tomando mi mano—. Un baño caliente nos vendrá bien.

No discuto, porque me parece la mejor propuesta que me podría hacer en este momento. Me dejo guiar hacia el baño, agradecida por su idea. Cuando abre el grifo de la ducha, el vapor comienza a llenar el espacio, envolviéndonos en una nube cálida que contrasta con el frío que aún siento en mi piel. Ray se gira hacia mí, y sus manos van directamente a los botones de mi abrigo.

No hay prisas, ni tampoco palabras innecesarias. Cada uno de sus gestos es intencionado, cargado de significado. Me quita el abrigo y, luego, su mirada desciende hasta mi jersey. Puedo sentir cómo su respiración se vuelve más profunda mientras me ayuda a deshacerme de las capas de ropa, hasta que me quedo frente a él, con la piel expuesta al calor del vapor y a su atención.

Cuando empieza a desvestirse, le observo. Cada uno de sus movimientos suyo es hipnótico, desde cómo se quita la camiseta, revelando sus tatuajes, hasta la forma en que deja caer los vaqueros al suelo. Su cuerpo es una obra de arte viva, pero lo que realmente me conmueve es la forma en que me mira, como si fuera yo quien debería estar en un pedestal.

Entramos juntos en la ducha y el agua caliente cae sobre nosotros, eliminando cualquier rastro del frío exterior. Ray toma un frasco de gel y lo vierte en sus manos antes de frotarlo suavemente sobre mis hombros. Sus dedos se deslizan con una delicadeza que contrasta con su apariencia, explorando mi piel con una mezcla de devoción y deseo.

—Estás perfecta así —murmura y su voz, profunda y ronca, resuena en mi pecho.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras me envuelvan. Sus manos bajan por mis brazos, recorriendo cada una de mis curvas, y luego vuelven a subir, deteniéndose en mi cuello. Su pulgar acaricia la línea de mi mandíbula antes de inclinar mi rostro hacia él. Cuando nuestros labios se encuentran y nos damos un beso lento y lleno de una ternura que hace que mis piernas tiemblen. El agua sigue cayendo, creando un telón de fondo que parece aislarnos del resto del mundo. Ahora son mis manos las que se deslizan por su pecho, explorando las líneas definidas de sus músculos y los tatuajes que cubren su piel. Cada uno de mis movimientos es un reconocimiento de todo lo que Ray significa para mí.

Cuando su boca se separa de la mía, sus labios empiezan a trazar un camino por mi cuello y mi clavícula, dejándome sin aliento. Mis dedos se enredan en su pelo, y me inclino hacia él, buscando más. La manera en que me toca, con una combinación perfecta de pasión y cuidado, me hace sentir como si estuviera flotando.

Nos movemos en perfecta armonía, como si nuestros cuerpos hubieran estado esperando este momento desde siempre. Cada movimiento suyo parece encajar perfectamente con el mío, como si alguna fuerza invisible nos hubiera diseñado para complementarnos. Cuando finalmente me penetra, lo hace sin prisa y con una devoción palpable, que va más allá del simple deseo. Se adentra entre mis pliegues de forma decidida, pero con suavidad, mientras mi cuerpo se adapta a su sexo, robusto y grueso.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, cálida y constante, enmarcando este momento como si el mundo entero se redujera a esta ducha, a este instante y a nosotros entregándonos el uno al otro regalándonos el mayor de los placeres. Las gotas resbalan por su piel, dibujando líneas que mis ojos siguen, mientras mis manos exploran su espalda fuerte y ancha. Sus músculos se tensan bajo mis dedos, pero no de manera brusca, sino como una respuesta controlada, una muestra de lo mucho que está sintiendo en este momento.

Sus manos me sujetan con firmeza, como si temiera que pudiera desvanecerme si no me mantuviera cerca de él. Mi cuerpo responde a sus caricias, a la manera en que sus dedos se mueven por mi piel, despertando cada centímetro de mí. Cada roce y cada movimiento, está lleno de una mezcla perfecta de ternura y pasión, como si estuviera empeñado en grabar este momento en mi memoria.

En este momento solo somos él y yo, perdidos el uno en el otro, en un mar de sensaciones que se entrelazan y se intensifican con cada segundo. Sus labios encuentran los míos una vez más, en un beso profundo y hambriento, que parece transmitir todo lo que no hemos dicho. Mi respiración se mezcla con la suya, creando un ritmo que solo nosotros entendemos. Nuestros jadeos se acompañan mientras él sigue regalándome acometidas decididas y profundas que dilatan mis paredes para adaptarse a su tamaño. Me toma en brazos, mientras yo rodeo sus caderas con mis piernas y apoya mi espalda contra los azulejos de la pared de la ducha. Me agarro a sus hombros y le miro a los ojos. Me dejo llevar por el placer que me regala su sexo y sus dedos en mi clítoris. Estallo en un profundo orgasmo que me hace gritar su nombre entre jadeos. Él, al verme explotar de placer, me imita soltando un jadeo desde lo más profundo de su garganta, mientras su leche invade mis paredes.

Después de haber alcanzado el clímax a la vez, el tiempo parece detenerse. La intensidad del momento nos envuelve, llevándonos a un lugar donde no existe nada más que la conexión entre nosotros. Su frente descansa contra la mía, ambos jadeantes y todavía con nuestros cuerpos unidos y vibrantes por la energía de lo que acabamos de compartir.

Me quedo ahí, con mis brazos alrededor de su cuello y su respiración cálida acariciando mi rostro. En ese instante, no hay dudas ni miedos, solo una certeza absoluta: este hombre es mi

ancla en medio de cualquier tormenta.

Nos quedamos bajo el agua, abrazados, mientras el calor nos envuelve y el vapor sigue llenando el baño. Mis dedos dibujan patrones invisibles en su espalda, y siento su respiración acompasada contra mi cuello.

—Te quiero —susurro, sin apartar mi cabeza de su pecho.

Ray me rodea con sus brazos, estrechándome contra él.

—Y yo a ti, Amber. Más de lo que puedo expresar con palabras.

Nos quedamos así, dejando que este momento se alargue, sin prisas ni necesidad de nada más que nuestra mutua compañía. El agua empieza a enfriarse, pero ninguno de los dos parece dispuesto a moverse.

Cuando finalmente salimos de la ducha, envueltos en toallas, nuestras miradas se encuentran y compartimos una sonrisa cómplice. Por lo visto, la noche está lejos de terminar.

Capítulo 28

Amber

La música vibra en el aire, acompañada con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de copas. El estudio de tatuajes ha cambiado por completo su atmósfera habitual para convertirse en el escenario de una fiesta que desborda energía y estilo. Los focos dirigidos hacia las paredes iluminan las obras de arte de Ray, Logan y Fiona, mientras los invitados se mueven frente a ellos para admirar los detalles. Los tatuajes han dejado de ser simples diseños sobre piel para convertirse en una declaración de creatividad y fuerza.

Ray está a mi lado, con su mano rozando la parte baja de mi espalda. Ese gesto, cálido y protector, me ayuda a mantener los pies en la tierra. Me siento fuera de mi elemento, rodeada de *influencers*, modelos y artistas del tatuaje, que parecen tener una seguridad innata en ellos mismos. Yo, lejos de sentir esa seguridad y a pesar de mis esfuerzos, no puedo evitar ajustar el borde de mi vestido una y otra vez.

—¿Estás bien? —me pregunta Ray, inclinándose hacia mí para que pueda escucharle entre el ruido que nos rodea.

—Estoy bien —le aseguro, aunque estoy convencida de que mi sonrisa no es tan convincente como me gustaría.

—Amber —dice con esa voz suya, grave y reconfortante—. Esta noche es tanto tuya como nuestra. Sin ti, todo esto no habría sido posible. Así que, relájate y disfruta...

Le miro y hay algo en la sinceridad de sus palabras que consigue calmarme. Respiro hondo y dejo que esa tranquilidad me envuelva. Mis manos dejan de jugar con el vestido y, en su lugar, tomo una copa de vino de la bandeja que lleva uno de los camareros y que pasa cerca de donde estamos.

—Gracias —le digo, y esta vez mi sonrisa es real.

Fiona se acerca a nosotros con la elegancia desenfadada que la caracteriza. Su vestido rojo, ajustado y cubierto de lentejuelas, brilla bajo las luces. Lleva un peinado retro que complementa su estética pin-up, y su confianza en sí misma parece llenar la sala.

—¡La estrella de la noche! —exclama, dirigiéndose a mí—. Amber, esto está siendo un éxito total.

—Aún queda mucha noche —respondo, intentando sonar modesta.

—Tú siempre tan humilde. —Fiona me guiña un ojo antes de girarse hacia Ray—. Logan y yo necesitamos tu ayuda con unos clientes. Parece que alguien se ha entusiasmado demasiado con el whisky y quiere hacerse un tatuaje ahora mismo.

Ray suelta una carcajada y asiente, dejando un beso rápido en mi mejilla antes de seguir a Fiona. Lo observo mientras se aleja y veo que incluso en un evento como este, Ray sigue siendo el mismo: auténtico, entregado y completamente ajeno al impacto que tiene sobre los demás.

Decido dar una vuelta por el local, saludando a los invitados y comprobando que todo esté en orden. Mi papel como diseñadora gráfica y creadora de la nueva imagen del estudio no solo ha sido reconocido, sino también alabado por varios de los presentes. Eso me llena de un orgullo que rara vez permito que aflore en mí.

De pronto, siento una presencia familiar a mi espalda. Me giro, y mi corazón se hunde al instante. Mi madre está de pie en la entrada, observando la escena con la misma expresión analítica que usa para evaluar un cuadro que no termina de convencerla.

—¡Mamá! —exclamo, incapaz de ocultar mi sorpresa.

Ella se acerca con paso seguro hacia mí, vistiendo un conjunto elegante y sofisticado y perfectamente combinado con sus altísimos zapatos de salón y su carísimo bolso a juego. Por un instante, deseo que el suelo me trague.

—Amber, querida. ¿Es así como pasas tus noches ahora? —me dice paseando su mirada sobre los invitados y el decorado del estudio—. Esto es... interesante.

Intento no dejarme llevar por su tono condescendiente, pero mi paciencia también tiene un límite.

—Es más que interesante, mamá. Es importante. Ray y sus compañeros han trabajado muy duro para que esto sea posible. Y yo también.

Al escucharme, alza una ceja, como si estuviera evaluando mis palabras. Antes de que pueda responder, Ray regresa y se detiene al darse cuenta de su presencia. Su expresión pasa de la sorpresa a la cautela en un instante.

—Señora Collins —le dice, inclinando ligeramente la cabeza—. Es un placer volver a verla.

Mi madre le observa durante unos segundos, que a mí se hacen eternos, antes de ofrecerle una sonrisa que, aunque educada, tiene un doble filo evidente.

—Ray —responde—. Veo que sigues trabajando en este... *campo*.

—Así es, y continuo disfrutando cada momento de ello —responde él, sin perder la compostura.

La tensión entre ambos es palpable, y yo no puedo evitar moverme para interponerme ligeramente entre ellos. La idea de que mi madre pueda decir algo hiriente a Ray me pone en alerta, pero entonces ocurre algo inesperado.

—Amber parece feliz —dice mi madre, dirigiendo su mirada hacia mí—. Hace mucho tiempo que no la veía así.

Sus palabras me toman por sorpresa y, por un momento, no sé qué responder. Ella rara vez reconoce algo positivo y mucho menos en un contexto como este, que no puede controlar.

Ray también parece sorprendido, aunque se recupera rápido.

—Eso es todo lo que quiero, señora Collins. Que Amber sea feliz.

Mi madre asiente, como si estuviera procesando algo importante. Luego, sin previo aviso, le extiende la mano. Ray la toma con firmeza, y yo contengo la respiración mientras ambos intercambian un apretón que parece sellar una tregua temporal.

La noche transcurre sin más sobresaltos, aunque sigo observando a mi madre de reojo cada vez que se mezcla con los invitados. A pesar de sus reservas, parece mantener una actitud cívica, lo que es un alivio considerable para mí.

Cuando finalmente la fiesta termina y nos despedimos de los últimos invitados, Ray y yo caminamos de regreso a casa bajo el cielo estrellado de Edimburgo. Mi cabeza sigue dando vueltas a la actitud de mi madre, pero la calidez de la mano de Ray en la mía me ancla al presente y me hace olvidar ese momento de tensión de la noche, al menos, por el momento.

—Esto es solo el comienzo —me dice—. ¿Estás lista para todo lo que viene?

Le miro y sonrío, sintiendo una certeza que no había experimentado antes.
—Contigo siempre estoy lista.

Capítulo 29

Logan

El estudio está en silencio. La clase de silencio que aparece cuando la fiesta se ha terminado y solo quedan los restos del caos: vasos desechables medio vacíos, servilletas arrugadas esparcidas sobre las mesas y el leve olor a cerveza mezclado con el de la tinta fresca. Me paso una mano por la nuca y suspiro, observando la escena como si fuera un cuadro incompleto. Fiona se ha ido hace rato, junto con los otros tatuadores y la avalancha de clientes e *influencers* que han venido a la fiesta. Ahora todo parece demasiado tranquilo. Me pondría a recoger esto, como siempre hago, para dejarlo medianamente decente, pero estoy cansado. Además, siempre soy yo a quién le toca mantener el local recogido y ordenado, porque si tengo que esperar a que lo hagan Ray o Fiona... Resoplo y niego con la cabeza.

Recojo un par de bocetos, que alguien ha dejado olvidados sobre el mostrador, y suelto un resoplido... me apuesto lo que sea a que debe haber sido Fiona, porque siempre va dejando todo esparcido por ahí. Luego se queja de que no encuentra nada, pero cómo lo va a encontrar si cualquier día pierde la cabeza. Bufo con resignación y coloco los bocetos en una de las carpetas apiladas junto a la máquina de café. Justo en ese momento, siento que mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco y leo un mensaje que, precisamente, es de Fiona:

Fiona:

Tengo una amiga de la infancia que ha vuelto a Edimburgo después de años en el extranjero.
Necesita alquilar una habitación,
y he pensado que podrías ayudarla
alquilándole esa que tienes llena de trastos en tu casa.

Frunzo el ceño. La habitación a la que se refiere no es más que un trastero lleno de cosas que no uso desde hace años: cajas con productos para pintar, una bici que lleva siglos sin pisar la calle y un sofá cama que probablemente se desmoronaría si alguien intentara sentarse en él.

¿Por qué Fiona cree que quiero alquilar esa habitación? Además, no me gusta compartir mi espacio, y mucho menos con una desconocida. Ni siquiera respondo al mensaje, así que guardo mi teléfono en el bolsillo y continúo ordenando el caos que hay a mi alrededor.

Unos minutos después, justo cuando estoy a punto de apagar las luces del local para irme a casa, escucho el sonido de la puerta abriéndose. Me giro rápido, esperando ver a Fiona porque, ¿quién más podría ser a estas horas? Seguro que se ha olvidado cualquier cosa y regresa a por ella. Pero en lugar de Fiona, es una chica que no he visto nunca. Tiene el pelo oscuro, rizado, y lleva una carpeta llena de papeles bajo el brazo. Viste de forma sencilla, con un abrigo gris y unas botas desgastadas por el uso, pero hay algo en su porte que llama la atención. Quizá sea su

sonrisa, tan cálida como impactante, o la manera en que sus ojos recorren el lugar como si estuviera analizando cada detalle del local.

Se acerca hasta donde estoy con paso seguro y decidido, como si ya conociera el camino, mientras la observo sin moverme del sitio. Por alguna razón, me cuesta articular palabra para preguntarle quién es y qué hace a estas horas aquí.

—Hola, soy Ellie Bennet —me dice, extendiendo una mano hacia mí. Su voz tiene un tono firme, pero no agresivo. Como si estuviera acostumbrada a presentarse en situaciones extrañas.

La miro un segundo antes de estrechar su mano. Tiene la mano helada, supongo que por el frío que hace a estas horas en la calle, aunque su apretón es decidido.

—Logan —respondo de forma seca, porque no estoy seguro de qué más decir.

Ellie me observa, ladeando ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando descifrar algo.

—Fiona me ha dicho que tienes una habitación que podrías alquilarme —añade, sin rodeos.

Ahí está. Esa sensación de incomodidad que odio tanto. No me gusta que me presionen para tomar decisiones rápidas y, mucho menos, cuando esas decisiones tienen que ver con mi casa. Me cruzo de brazos, intentando mantener el control de la situación.

—No alquilo ninguna habitación —respondo, con un tono más brusco de lo que pretendía —, y menos a alguien como tú.

Su expresión cambia al instante. Su sonrisa desaparece y sus cejas se arquean, como si no pudiera creer lo que acabo de decirle.

—¿Alguien como yo? —repite, cruzándose de brazos también y clavando sus ojos en los míos—. Pues menos mal que Fiona dijo que eras un tío razonable —resopla.

Me quedo callado, porque no estoy seguro de cómo responder a eso. Además, hay algo en su actitud que me descoloca. No parece intimidada, ni siquiera molesta. Más bien parece disfrutar de esta incómoda conversación, como si le divirtiera mi resistencia.

Sin esperar permiso, empieza a caminar por el estudio, mirando los bocetos y las herramientas con interés. De vez en cuando, levanta un dibujo y lo examina con cuidado, como si estuviera en una galería arte.

—Cuando entras en sitios ajenos, ¿siempre te comportas como si fueran tuyos? —pregunto, intentando recuperar algo de control sobre la situación.

Ellie se gira hacia mí y sonrío de nuevo. Esa sonrisa...

—Solo cuando me interesa lo que veo. ¿Esto también lo has hecho tú? —señala un boceto que dejé a medio terminar en el mostrador esta mañana.

Asiento, intentando no parecer demasiado afectado por su presencia.

—Parece que tienes talento —comenta, dejando el papel en su sitio y volviéndose hacia mí —. Qué irónico que alguien tan cerrado sea capaz de crear algo tan expresivo y con tanta fuerza.

No estoy seguro de si eso ha sido un cumplido o una crítica velada, pero prefiero ignorarlo. Me apoyo contra el mostrador, me cruzo de brazos y la observo mientras sigue explorando el local. Hay algo en ella que me irrita y me fascina a partes iguales.

—Mira —empiezo, frotándome la frente—, no sé qué te ha contado Fiona, pero esa habitación de mi casa no está disponible. Además, es más bien un trastero, y no creo que sea el lugar adecuado para que nadie pueda instalarse.

Ellie se detiene y me mira directamente. Sus ojos oscuros tienen un brillo desafiante que no esperaba.

—Eso no te corresponde a ti decidirlo, ¿no crees? Podría echarle un vistazo y decidir por mí misma.

Abro la boca para replicar, pero me quedo sin palabras. ¿Por qué siento que está ganando esta pequeña batalla sin siquiera esforzarse? Antes de que pueda reaccionar, Ellie deja su carpeta sobre el mostrador y se acerca un paso más.

—Dame una oportunidad, Logan —dice con un deje de firmeza y desafío en su voz—. Si no funciona, me iré y no volverás a verme, ni a saber de mí. Pero si funciona, podrías darte cuenta de que no es tan malo compartir tu espacio con alguien como yo —añade con una sonrisa de suficiencia.

Me quedo mirándola, evaluando sus palabras y esa seguridad que parece brotar de cada gesto suyo. No me gusta la idea. Ni un poco. Pero, por alguna razón, tampoco quiero decirle que no directamente. De hecho, hay algo en Ellie Bennet que me dice que, si la dejo entrar en mi mundo, las cosas nunca volverán a ser iguales.

Y eso me aterra tanto como me intriga.

Antes de cerrar este libro, por favor, si nos dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, nos ayudas mucho a que podamos seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine y Rosie Promise

Nota de las autoras

Querida lectora,

Si has llegado hasta aquí, déjanos que te demos las gracias. Deseemos que hayas disfrutado de nuestra historia y la hayas amado tanto como nosotras mientras las escribíamos.

Si te gustan mis historias, os animamos a que le des una oportunidad a nuestras otras novelas publicadas. Mientras, nosotras seguimos trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo nuestras nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine y Rosie Promise

¿Dónde puedes encontrarnos?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: <https://sarahvalentine.substack.com/>

Instagram: [@sarahvalentine_escritora/](#)

TikTok: [@sarahvalentine_escritora](#)

Facebook: [Sarah Valentine](#)

Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora:
[facebook.com/sarahvalentine_escritora](facebook.com/sarahvalentine_escritora)

Mi grupo de lectoras VIP: [Las Valentinas de Sarah Valentine](#)

En mi mail: sarahvalentine_escritora@gmail.com

Rosie Promise

Instagram: [@rosiepromise_escritora](#)

TikTok: [@rosiepromise_escritora](#)

Facebook: Rosie Promise

En mi mail: rosiepromise_escritora@gmail.com

Tenemos un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Ray y Amber, te animamos a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie: *Corazón sin tinta*. Esta es su sinopsis:

Ellie Bennet es el **caos con piernas**: una artista apasionada, con más pintura en las manos que en los lienzos y una habilidad especial para hacer que todo sea un poco... **impredecible**. **Logan Miller**, en cambio, **es un tatuador meticuloso, que no tiene un solo tatuaje en su piel** y que lleva el **orden** grabado en su ADN. Cuando **Ellie se cruza en su vida** —y en su piso—, las **chispas** no tardan en volar.

Compartir techo con Logan significa lidiar con sus **estrictas reglas de convivencia**, su obsesión por las líneas perfectas y, para rematar, un **carácter** que parece tan **frío** como las calles de **Edimburgo** en invierno. Pero **Ellie no se rinde fácilmente**, y si para romper sus barreras tiene que convertir el salón en un **campo de batalla de colores**, que así sea.

Entre murales inacabados, secretos que nadie se atreve a confesar y una **atracción tan intensa que podría derretir la tinta de los tatuajes**, Ellie y Logan descubrirán que, a veces, el amor no sigue un boceto predefinido.

Corazón sin tinta es **una comedia romántica** que te hará reír, suspirar y creer que hasta el lienzo más complicado puede convertirse en una obra maestra.

¡Prepárate para una lectura tan ardiente como emotiva! *Corazón sin tinta*, la segunda entrega de la chispeante **serie Tinta y corazón**, nos lleva al corazón de las Highlands con una buena dosis de emociones, pasión y humor. Escrita a cuatro manos por **Sarah Valentine y Rosie Promise**, dos autoras de **novela romántica contemporánea** que han unido fuerzas para crear historias que te harán suspirar, reír y enamorarte (al menos, de sus historias).

Y, ahora, empieza a leerlo:

Corazón sin tinta

Serie Tinta y corazón, 2

Capítulo 1

Ellie

La puerta del taxi se cierra con un golpe sordo mientras arrastro mis tres maletas hacia la entrada del edificio. Están cargadas de lo que considero mi vida entera: además de mi ropa y mis zapatos, también hay pinturas, pinceles, carpetas con bocetos, una cafetera que adoro y un millón de cachivaches que Fiona insiste en llamar *trastos*.

Me paro frente a la puerta y suspiro. Estoy a punto de compartir piso con Logan, un completo desconocido que, según mi amiga, tiene menos paciencia que un reloj de arena roto. Pero ahora que tengo la oportunidad de conseguir una habitación con una ubicación estupenda y a un precio de risa o eso espero, no pienso desperdiciarla.

Empujo la puerta y entro al edificio. Su estilo antiguo y sobrio me recuerda a las películas que solía ver en Los Ángeles, donde los personajes vivían en apartamentos diminutos con paredes grises. Ay... Los Ángeles... la ciudad de los sueños la llaman, aunque a mí me destruyó todos los que tenía... Buf, ahora no quiero volver a pensar en eso, porque he regresado a Edimburgo para empezar una nueva vida y no voy a perder ni un minuto en echar la vista atrás. Así que cojo aire profundamente y subo las escaleras del portal, arrastrando mis pesadísimas maletas e intentando no tropezar con mis propios pies y los escalones desgastados por los años. Al entrar en el ascensor, después de meter mis maletas en su interior, lanzo un suspiro de alivio. Cuando llego a la puerta del piso de Logan, respiro hondo y pulso el timbre.

Logan abre casi al instante, como si me estuviera esperando sentado al otro lado de la puerta. Entonces lo veo frente a mí, alto, con el cabello oscuro perfectamente peinado hacia atrás y una expresión de abrumador desinterés. Sus ojos recorren mis maletas y luego mi cara con una mezcla de escepticismo y resignación.

—Llegas puntual —me dice como saludo, cruzándose de brazos. Su voz es profunda, como un susurro ronco que no busca ser amable.

—Siempre —respondo con una sonrisa, que intenta suavizar el ambiente y me encojo de hombros.

—Pasa —me indica girándose hacia el interior del piso sin preocuparse por echarme una mano con las maletas.

Al adentrarme compruebo que el apartamento es espacioso pero frío, me recuerda a esa frialdad aséptica de los hospitales. Las paredes son de un blanco impoluto, los muebles minimalistas y funcionales, y no hay ni un solo elemento decorativo que sugiera que aquí vive alguien. Las ventanas grandes dejan entrar mucha luz, pero incluso eso parece calculado.

—Es... muy limpio —comento sin mucho más que decir mirando a mi alrededor, mientras dejo mis maletas junto al sofá gris que parece haber salido de un catálogo de muebles.

Logan levanta una ceja.

—Tengo normas —añade sin preámbulos y acto seguido veo cómo se mete la mano en el bolsillo trasero de su vaquero y saca un papel pulcramente doblado y me lo da—. Léelo. Si no estás de acuerdo, podemos cancelar esto aquí mismo.

Tal y como tengo el papel entre las manos, lo abro y lo leo en silencio. Es una lista de normas escritas a mano con letra firme y ordenada.

«Nada de desorden en las áreas comunes.
Nada de ruido después de las diez de la noche.
No tocar mis cosas sin permiso».
Al llegar al final, sonrío.

—¿De verdad no puedo poner algo de decoración en el salón? —le pregunto, aguantándome la risa.

—No, eso sería provocar desorden en las áreas comunes. Además, esto no es un museo de arte —responde—. Me gusta el orden.

—Claro, orden. Eso explica por qué este sitio parece la sala de espera del dentista.

Logan me lanza una mirada que podría partirme en dos, por lo que no me atrevo a decir nada más. Así que, recojo mis maletas y sigo sus indicaciones hasta la habitación que me ha alquilado.

El dormitorio es pequeño y básico, casi espartano. Frente a mí hay una cama individual con sábanas blancas, un escritorio pequeño, más bien diría diminuto, y un armario que parece tener más años que yo, aunque está pulcramente limpio. Las paredes están vacías, como el resto de las todo el piso, y hay una única ventana, que al asomarme compruebo que da un estrecho callejón. Lanzo un suspiro e intento decirme que podría ser peor. Al menos ahora ya no tendré que dormir en el sofá de Fiona y mi espalda me lo agradecerá.

—Gracias por el *tour* —le digo mientras dejo las maletas junto al armario.

Logan asiente y se apoya en el marco de la puerta.

—Si tienes alguna pregunta, no dudes en... —hace una pausa, como si estuviera reconsiderando lo que va a decir—. Bueno, en realidad, intenta no tener preguntas. Será mucho mejor.

Sin saber qué responderle a su última frase, le miro intentando no parecer que me invade esta sensación de no comprender su manera de comportarse. Cuando se marcha, cierro la puerta y me dejo caer sobre la cama. Está claro que convivir con Logan va a ser un reto, pero si algo siempre me ha caracterizado, es que no me rindo fácilmente.

Unas horas después, tras haber deshecho una de las maletas y haber decidido ignorar las otras dos por el momento, salgo al salón. La austeridad del lugar me resulta agobiante. Las paredes blancas parece que me suplican que les dé algo de vida, color, algo que haga que parezca que alguien vive aquí. Así que, sin pensármelo, regreso a mi habitación y abro una de las dos maletas que tengo aún por deshacer. En ella encuentro una caja de cartón que traje conmigo llena de pequeños objetos: una guirnalda de luces, algunas postales con imágenes muy *aesthetics* y un par de cojines con estampados de colores vivos. Aprovechando que Logan no está, empiezo a cambiar un poco el aspecto del comedor. Coloco las luces alrededor del marco de la ventana, distribuyo los cojines en el sofá y pongo las postales en una pequeña repisa.

Cuando termino, me cruzo de brazos, contemplo el resultado y sonrío. Ahora el salón parece un lugar donde alguien vive de verdad, no un catálogo de muebles fríos y sin alma. Estoy tan orgullosa de mi trabajo que no escucho la puerta abrirse.

—¿Qué demonios has hecho aquí? —pregunta Logan al cerrar la puerta de entrada con voz firme, aunque con incredulidad.

Al escucharlo, me giro y me encuentro con su expresión de sorpresa y desagrado y su mirada fija en las luces y los cojines, como si acabara de descubrir que el piso ha sido invadido por los alienígenas.

—He hecho que este lugar parezca que está habitado —respondo, con una sonrisa que

intenta restar importancia a su evidente enfado—. Vamos, Logan, admítelo. Ahora está mucho mejor.

—No tenías derecho a tocar nada —replica, cruzándose de brazos—. Esto no estaba en el acuerdo y, además, te has saltado las normas a la primera de cambio.

—Tú querías orden. Yo he traído estilo. Ganamos los dos —le digo con la mejor de mis sonrisas, aunque parece que no surge efecto, porque me mira con una expresión de desconcierto total. Me da la sensación de que está luchando por encontrar las palabras adecuadas, hasta que finalmente, se lleva una mano al puente de la nariz y suspira.

—Esto no va a funcionar —dice, más para sí mismo que para mí.

—Claro que sí —respondo, dando un paso hacia él—. Solo necesitas acostumbrarte a añadir algo de personalidad en tu vida. Y para eso estoy yo aquí.

La tensión entre nosotros es palpable, aunque tengo la certeza de que debajo de esa imagen de tipo duro y estructurado que pretende dar, hay algo más. Algo que estoy decidida a descubrir y a cambiar.

Logan resopla, niega con la cabeza y se marcha hacia su habitación sin decir nada más. Yo, en cambio, me quedo sola en el salón, observando el resultado de mi esfuerzo, sonriendo para mí misma. Puede que, en este momento, no lo admita, pero estoy segura de que, con el tiempo, verá que un poco de color no le hace daño a nadie.

Capítulo 2

Logan

El caos. Esa es la palabra que invade mi mente mientras contemplo lo que Ellie ha hecho con el salón. No han pasado ni veinticuatro horas desde que cruzó la puerta de este piso con sus tres maletas, y ya parece que un huracán haya arrasado mi casa. La maleta abierta, con ropa asomando por los bordes, parece un animal herido desangrándose en el suelo. También hay libros apilados de forma inestable junto a la mesa, una planta que no recuerdo haber visto antes colocada sobre mi estantería minimalista, y algo que parece una lámpara hecha a mano iluminando el desastre. No es una exageración decir que mi casa nunca había estado así.

Respiro hondo y me cruzo de brazos, apoyándome contra el marco de la puerta, mientras la observo revolver el contenido de una caja de cartón, que prefiero no saber de dónde ha salido. Su pelo rizado se mueve con cada gesto enérgico que hace, como si incluso él tuviera su propio caos interno. Ellie no parece consciente de mi presencia, ni de lo molesto que estoy, y eso me da unos segundos para intentar procesar cómo algo tan pequeño como ella puede generar tanto desorden.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunto finalmente, sin poder evitar el tono de incredulidad de mi voz.

Ellie levanta la mirada y me lanza una sonrisa tan despreocupada, que me irrita aún más, pese a que intento controlarme.

—¿Qué? Oh, sí. Bueno, casi todo. Todavía tengo algunas cosas en el apartamento de Fiona, pero no te preocupes, ya me organizaré. Prometo traer mis cosas lo antes posible —me cuenta con una de sus encantadoras sonrisas.

«Ya me organizaré». Esa frase resuena dentro de mi cabeza como una promesa vacía. No hay nada en su manera de actuar que sugiera que el orden forma parte de su vocabulario. En otro intento fallido de calmarme, me paso una mano por el pelo y suelto un suspiro. No estoy preparado para esto. Nunca he sido bueno compartiendo mi espacio, y menos con alguien tan... expansiva.

—Ellie, esto es un piso, no un trastero —le aclaro, esforzándome por mantener la calma—. No puedes llegar e invadir todo el espacio con tus cosas, aquí también vivo yo y desde hace bastante más que tú.

—No estoy invadiendo nada —responde, volviendo a centrarse en la caja—. Solo estoy... asentándome.

—Asentándote —repito, como si probar la palabra en mi boca pudiera darle sentido.

Al escucharme, se gira hacia mí, con un pincel en una mano y una pequeña maceta en la otra.

—Sí, asentándome. No te preocupes, Logan, tengo todo bajo control —añade guiñándome un ojo de manera amigable.

«Bajo control». Esa expresión me hace querer reírme y gritar al mismo tiempo. Pero antes de que pueda responder, veo otra cosa en el suelo llama mi atención. Es un cuadro, parcialmente escondido detrás de una de sus maletas. No sé por qué razón, pero me detengo a mirarlo. Es abstracto y está lleno de colores vivos, que parecen moverse si los observas durante demasiado tiempo. Quiero apartar la mirada y no mostrar interés, pero hay algo en ese cuadro que no me permite hacer como si no existiera.

—¿Te gusta? —me pregunta de repente, y me doy cuenta de que me he quedado inclinado sobre el cuadro más tiempo del que debería. Me enderezo rápido, intentando recuperar algo de dignidad.

—No estaba fisgoneando —le respondo apresurado.

—Claro que no —me contesta con una sonrisa que me dice que no me cree en absoluto—. Solo estabas examinando mi cuadro porque... ¿te interesa el arte?

—Está en medio del salón —me defiende—. No he podido evitar verlo.

Ellie ladea la cabeza y me observa con una expresión que parece desafiarte a algo, aunque no sepas exactamente a qué.

—¿Y? ¿Qué opinas? —quiere saber cruzándose de brazos frente a mí.

Me cruzo de brazos también como ella y la miro a los ojos antes de hablar.

—No está mal —respondo finalmente, porque no pienso darle el gusto y admitir que me ha impresionado.

—¡No está mal! —exclama, como si acabara de insultarla—. Vaya crítica más elaborada. Seguro que si te comportas así con tus clientes deben sentirse genial —añade con ironía.

—Es arte abstracto —replico, encogiéndome de hombros—. Nunca he sido demasiado fan.

—Ah, claro, porque todo tiene que ser limpio, ordenado y predecible para ti, ¿verdad?

Su tono sarcástico me irrita, pero antes de que pueda responder, coge el cuadro y lo sostiene frente a mí.

—¿Sabes lo que pasa con el arte abstracto? —pregunta con esa chispa en los ojos que parece encenderse cada vez que está a punto de provocarme—. No está hecho para ser entendido. Está hecho para ser sentido.

La miro y luego hago lo mismo con el cuadro. No quiero admitirlo, pero tiene razón. Esta pintura, de alguna manera, me ha hecho sentir algo que, aunque lo intento, no soy capaz de poner en palabras.

—Bueno, pues felicidades —le respondo con sarcasmo—. Has conseguido hacerme sentir algo. Ahora, ¿puedes recoger tus cosas y dejarlas en tu habitación, por favor?

Ellie suelta una carcajada breve y vuelve a dejar el cuadro donde estaba.

—Eres imposible. Pero tranquilo, voy a organizarme... Mañana.

—«Mañana» —repito, sacudiendo la cabeza. Por lo visto, para esta mujer, *mañana* siempre

parece ser la solución para todo.

La observo mientras vuelve a su caja y continúa sacando más cosas de ella. Libretas, pinceles, más macetas... Cada objeto que saca parece encajar en su caos personal, un caos que por mucho que me esfuerce en evitar, me hace sentir invadido.

¿Qué debe pensar ella de mí? Probablemente opina que soy un maniático del orden, un tipo aburrido y metódico. Pero lo que no sabe es que mi orden es lo único que logra mantenerme cuerdo.

Mientras intento procesar todo esto, Ellie se levanta de repente y camina hacia la cocina. Decido aprovechar que se marcha del salón para recoger al menos algo de lo que ha ido dejando por en medio. Empiezo con los libros, que los ordeno por tamaño y los apilo en un rincón donde no estorben. Después cojo el cuadro de nuevo y lo coloco más cerca de la pared, para que no acabe en el suelo y pisado por accidente.

Cuando Ellie regresa, me pilla en plena faena.

—¿Qué haces? —me pregunta poniéndose las manos en las caderas.

—Intentar que mi casa no parezca una zona de guerra —respondo sin mirarla.

—Deja eso, Logan. Tengo un sistema.

Me giro para mirarla, levantando una ceja.

—¿Un sistema? Esto no es un sistema —le respondo mirando al caos que hay a mi alrededor— Es un caos organizado, en el mejor de los casos.

Ella sonríe, como si acabara de recibir un cumplido.

—Exacto. Caos organizado. Esa es mi especialidad.

Me quedo mirándola, intentando decidir si está bromeando o si realmente cree de verdad lo que acaba de decir. Al final, opto por rendirme.

—Solo te pido, que no invadas el resto de la casa, por favor —le ruego señalando sus maletas—. Y te suplico, que no vuelvas a poner plantas en mi estantería.

Ellie asiente con una sonrisa que no me inspira demasiada confianza, pero que tengo que tragar a la fuerza.

—Prometido —responde alzando su mano derecha para ponerla a la altura de su corazón, pero hay algo en su tono que me dice que no va a cumplirlo.

La observo mientras vuelve a revolver en sus cajas, y pienso que esto solo es el principio. Un principio muy complicado y que no parece que vaya a mejorar.

Capítulo 3

Ellie

El aire helado de Edimburgo me golpea la cara mientras Logan camina delante de mí con su característica postura relajada. Su chaqueta oscura y su andar seguro lo hacen destacar entre la multitud de transeúntes que se cruzan en nuestro camino. Yo intento mantenerme a su ritmo, pero mis botas resbalan ligeramente en el adoquinado mojado, y un par de veces tengo que aferrarme a la solapa de mi abrigo para evitar que el viento lo arranque de mi cuerpo.

—¿Estás segura de que quieres venir? —me pregunta por encima del hombro, con tono neutro, pero con un destello de impaciencia, algo que parece inherente a él.

—Por supuesto que sí. ¿No querías demostrarme que soy una ignorante por no entender tu arte? Pues aquí estoy. Ilumíname —respondo con una sonrisa que sé que le molesta, por lo que es un arma que he aprendido a usar desde que llegué a su vida.

Logan suelta un bufido, que bien podría ser una risa reprimida. Así que decido interpretarlo

como una pequeña victoria. Me fascina su habilidad para mostrarse completamente inexpresivo, salvo por esos pequeños gestos que, si sabes descifrarlos, lo delatan. Aunque admito que, la mayor parte del tiempo, Logan es como un rompecabezas muy difícil de descifrar.

Después de un rato de caminar intentando alcanzar la velocidad de las largas piernas de Logan, el estudio de tatuajes aparece frente a nosotros tras doblar una esquina. Su fachada, que parece haber sido pintada recientemente, es sobria y tiene letras negras que rezan: *Ink & Soul*, el nombre del estudio. Me sorprende que no sea más llamativa, considerando que es un lugar dedicado al arte. Logan abre la puerta y, sin siquiera mirar si lo sigo, entra con esa confianza abrumadora que siempre lo acompaña. Cuando llego a la puerta, que ya se ha cerrado después de que haya pasado, la empujo con un poco más de esfuerzo que él y entro al estudio.

El interior del local está impecablemente limpio, aunque no de una manera clínica, sino acogedora. Las paredes están adornadas con cuadros y bocetos, algunos enmarcados y otros simplemente clavados con chinchetas. También hay una estantería llena de libros y revistas, que ocupa un rincón, y a su lado una máquina de café, que desprende un aroma cálido y reconfortante. Me fijo en una mesa que parece haber sido improvisada como expositor; sobre ella hay un par de catálogos y algunos frascos pequeños de tinta que brillan bajo la luz de las lámparas.

—Bienvenida a mi mundo —me dice Logan, extendiendo los brazos en un gesto teatral que, sinceramente, no esperaba de él.

—Pensé que sería más... caótico —comento, dejando que mi mirada recorra cada rincón de la sala en la que estamos.

—Es un espacio de trabajo, no un circo. Algunos tenemos un mínimo de disciplina.

Su comentario está claramente dirigido a mí, pero el tono que ha utilizado es tan neutro, que me cuesta discernir si es una crítica real o simplemente su forma habitual de hablar. Antes de que pueda responder, aparece Fiona desde la trastienda. Con su melena pelirroja y su inconfundible estilo pin-up, que es tan llamativo como su sonrisa, que se ensancha al verme.

—¡Ellie! —dice Fiona al verme, acercándose con pasos decididos y extendiendo los brazos como si no me hubiera visto en años, aunque hace solo unos días que dejé su sofá para instalarme en casa de Logan—. No sabes lo que te he echado de menos.

—Yo también, aunque he de reconocer que ahora duermo mucho mejor —bromeo, devolviéndole el abrazo. Al escucharme, Fiona suelta una carcajada y me da un leve empujón en el brazo.

—Me alegra que hayas sobrevivido a tu primer encuentro con el ogro —dice, lanzándole a Logan una mirada burlona que él recibe con su habitual seriedad.

—Ogro, no. Cansado, tal vez —responde él, cruzándose de brazos y arqueando una de sus cejas oscuras.

—Cansado de que me esfuerce en buscarte compañeras de piso ideales, seguro —replica Fiona, con una sonrisa traviesa. Luego me mira de nuevo—. ¿Qué tal te va con este? ¿Te gruñe mucho?

—No, pero creo que hace todo lo posible por no hacerlo —respondo, lo bastante alto como para que Logan me oiga. Fiona se ríe, encantada, mientras él suelta un leve resoplido que parece confirmar mi teoría.

—De todos modos, tengo que decirte que estoy impresionada —comenta Fiona, apoyándose en el mostrador—. Conseguir que Logan acepte alquilarte esa habitación es todo un logro. Este hombre es más difícil de convencer que una pared...

—Y tanto, tiene pinta de ser muy cabezón —añado, mirando de reojo a Logan, mientras

Fiona estalla en carcajadas.

—Exacto. Cabeza dura y carácter de lija. Pero no te preocupes, Ellie, creo que podrás con él.

—¿Podemos hablar de algo que no sea de mí? —pregunta mi compañero de piso con un tono seco, que logra que Fiona disfrute más de la situación.

—Está bien, está bien. Vamos a hablar de arte. Ellie, ¿has visto lo que este tipo hace aquí? —pregunta Fiona, señalando algunos de los bocetos que hay expuestos en la pared.

—Aún no me ha enseñado nada, pero ya he estado curioseando —respondo mientras me acerco a los paneles que cuelgan de las paredes que nos rodean. Examino algunos de los dibujos clavados con chinchetas, sorprendida por el detalle y la expresividad que transmiten.

—¿Esto también es tuyo? —pregunto, señalando uno de los más elaborados.

—Sí —responde Logan, como si le costara un esfuerzo titánico cada una de las palabras que dice.

—Es impresionante. No entiendo cómo alguien que parece tan... minimalista en su forma de vivir puede crear algo tan lleno de vida —comento, sin apartar la vista del dibujo.

—Te lo dije—interviene Fiona, con una risa divertida—. Esta chica va a hacer temblar los cimientos de tus convicciones más profundas.

—No soy un edificio —le responde Logan, lanzándole una mirada de advertencia a la pelirroja.

—No, pero bien que te has blindado como uno —contraataca ella, guiñándome un ojo de forma divertida, que casi me hace reír.

Él ignora el comentario de Fiona y se vuelve hacia mí, claramente incómodo con el rumbo que ha tomado la conversación.

—¿Ya has terminado tu inspección? —me pregunta él, con un tono seco que no logra disimular del todo su nerviosismo.

—Todavía no —respondo, dedicándole una sonrisa inocente mientras me acerco a otro panel, donde hay colgados más bocetos—. ¿Tienes más trabajos como estos?

—Tengo un estudio lleno —contesta, aunque no parece entusiasmado con la idea de compartir más detalles sobre lo que hace.

—Pues deberías enseñármelos. Es una pena que algo tan bueno se quede escondido —comento, observando otro dibujo con atención.

—Deberías tatuarte algo —dice Logan de repente, como si esa fuera la respuesta a todo. Su tono casual me deja momentáneamente descolocada.

—¿Qué? —pregunto, girándome hacia él.

—Algo que demuestre que tienes carácter —añade, con una sonrisa burlona que hace que Fiona estalle en carcajadas.

—¡Esa idea me encanta! —exclama Fiona, visiblemente emocionada—. ¿Qué dices, Ellie? ¿Te atreves?

Logan me mira directamente, con ese aire de superioridad que parece ser su sello personal. Me cruzo de brazos, fingiendo plantearme su propuesta, mientras evalúo la mejor manera de devolverle la jugada.

—No lo sé... ¿Crees que estás a la altura para tatuarme? —le respondo, con una sonrisa que pretende provocarlo. Al escucharme, su expresión cambia, aunque no consigo saber si es frustración o diversión lo que se esconde tras esos ojos tan serios.

Fiona observa la escena como si estuviera viendo el inicio de un combate y, por la forma en que Logan me sostiene la mirada, estoy casi segura de que esta batalla no ha terminado, al

contrario, solo acaba de empezar.

Continúa leyendo aquí:

[Sigue leyendo aquí.](#)